

COLECCION UNIVERSAL

————— N.ºs 634 y 635 —————

GOTTFRIED KELLER

Los hombres
de
Seldwyla

NOVELAS BREVES

TOMO II

La señora Régula Amrain y su hijo menor.
Los tres honrados peñeros.—El gato y el
hechicero (fábula).



Precio: Una peseta

MADRID, 1922

Gottfried Keller.

LOS HOMBRES DE SELDWYLA

TOMO II

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1922.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

R. 473.030
GOTTFRIED KELLER

Los hombres de Seldwyla

NOVELAS BREVES

TOMO II

La señora Régula Amrain y su hijo menor.
Los tres honrados peñeros.—El gato y el
hechicero (fábula).

La traducción del alemán ha sido hecha
por Luis López Ballesteros y de Torres



MADRID, 1922

Talleres "Calpe" Larra, 6 y 8.—MADRID

LA SEÑORA RÉGULA AMRAIN Y SU HIJO MENOR

Régula Amrain era la mujer de un seldwylense desaparecido de la ciudad algún tiempo después de su matrimonio y dueño de una cantera situada en los alrededores, cuya explotación había dirigido con el mismo mal resultado con que en Seldwyla acostumbraba a terminar toda clase de negocios. Esta cantera, de la que se sacaba una excelente piedra, hubiera dado grandes rendimientos en cualquier otro lado; mas en aquella ciudad se solía inaugurar la colección de deudas que pesaba sobre cada familia por la de las piedras con que se había construído la casa en que habitaba, y claro es que con esta costumbre no constituía ningún negocio la posesión de una cantera. Mas a pesar de ello siempre había gente dispuesta a emprender la explotación de las existentes cuando el que las poseía había llegado a la ruina, pues consideraban la empresa como un agradable y alegre trabajo que daba ocasión de andar todo el día de un lado para otro, charlando y tratando con todo el mundo, aunque de ello no se sacara ningún provecho. De este modo, las tales canteras parecían

un anfiteatro romano tallado en la roca, y en cuyo escenario iban sucediéndose con rapidez los dueños de ellas, expulsándose unos a otros.

El señor Amrain, hombre de aspecto importante, que necesitaba una gran cantidad de carne, pescado y vino para alimentarse y grandes piezas de seda para los estupendos chalecos rojos, a:ul celesté o a cuadros con que cubría su ancho pecho, había comenzado dedicándose a la fabricación de botones y pasándose hora tras hora sentado en su silla entregado a tan monótona tarea. Mas cuando con los años fué ensanchando y engordando, se hartó de aquella vida sedentaria, y en el momento en que sus ganancias le permitieron transformar su exterior comprándose un gran chaleco de rojo terciopelo, una gruesa cadena de oro y una sortija de sello, liquidó el taller de botonería y, en una importante reunión de los especuladores seldwylenses, adquirió la cantera citada. Con ella encontró la vida activa que buscaba. Provisto de una roja cartera llena de papeles y de un bastón en el cual se hallaba señalada con incrustaciones de plata una vara de medir, salía de paseo hacia la cantera cuando hacía buen tiempo. Llegado a ella tomaba, con el bastón descrito, la medida de las piedras sacadas, se limpiaba luego el sudor que brotaba en su frente, echaba una mirada al bello paisaje que desde allí se descubría, y regresaba a toda prisa a la ciudad para realizar en ella el verdadero negocio a que se dedicaba, consistente en el cambio de los papeles que llevaba en la cartera,

cambio que verificaba en las agradables y frescas habitaciones de las múltiples cervecerías de Seldwyla. Era, pues, como se ve, un perfecto y completo seldwylense, no dejándolo tampoco de ser en la inestabilidad de opiniones políticas, la cual constituyó el principio de su prematura ruina. En efecto, un capitalista de ideas conservadoras había aportado al negocio una importante suma, creyendo con esto ganar para su causa un fiel partidario; mas un día el señor Amrain, en un ataque de absoluta inconsciencia, dejó escapar conceptos sospechosos de liberalismo, que al hacerse públicos y llegar a oídos del conservador le hicieron indignarse muy justamente, dado que en nadie es más reprobable la versatilidad política que en un hombre grande, gordo y grave que luce un magnífico chaleco aterciopelado. El encolerizado favorecedor retiró su dinero de repente y cuando nadie lo esperaba, obligando a Amrain de este modo a abandonar la cantera y echarse a recorrer el ancho mundo.

Rara vez se verá que les vaya mal a los hombres gordos y de mucho peso, pues poseen en general el don de saber cuidar su cuerpo y satisfacer todas sus exigencias, y los alimentos necesarios para ello parecen ser potentemente atraídos por las magnéticas montañas de sus barrigas. Así, Amrain encontró su comida por todos los lejanos países que fué recorriendo y, si no logró hacer fortuna, pudo comer y beber en el extranjero casi tanto y tan bien como en su casa.

Pero los seldwylenses, que ya pensaban cuál de ellos sería más apto para encargarse temporalmente de la cantera, se vieron sorprendidos y defraudados al enterarse de que la mujer del fugado Amrain la había reclamado, posesionándose del negocio con la aportación de sus bienes dotales y declarando querer continuarlo después de satisfacer, en lo posible, las reclamaciones de los acreedores de su marido. Esto último lo hizo cuando supo que Amrain había traspasado ya el Atlántico y no era probable que volviese con facilidad. Se intentó disuadirla de su idea por todos los medios y hasta poner obstáculos a su realización; mas ella se mostró tan decidida y llevó adelante sus propósitos con tal actividad y acierto, que todo se estrelló ante su firmeza y llegó a constituirse en dueña absoluta de la cantera. Hizo que se trabajase en ella intensa y aplicadamente, bajo las órdenes de un capataz que buscó fuera de Seldwyla, y, por vez primera, fundó la empresa en una real producción y venta en lugar de en un ficticio comercio. Esto fué lo que más molestó a los señores seldwylenses, que emprendieron una nueva campaña contra Régula; pero ésta tenía, como mujer y madre ahorrativa, menos gastos que ellos y pudo resistir todás las tormentas y satisfacer los pagos que fundadamente le fueron exigidos. Claro es que para sostenerse a flote tuvo que permanecer día y noche en la brecha y proceder con gran decisión, astucia y firmeza.

Régula, que no había nacido en Seldwyla ni vi-

vido allí hasta después de su boda con Amrain, era una arrogante mujer, fresca y robusta, de obscura y firme mirada y espléndidos cabellos negros. De su matrimonio le quedaban tres hijos, de diez, ocho y cinco años, respectivamente, a los que consideraba de cuando en cuando con atenta gravedad, pensando si serían merecedores del esfuerzo que ella llevaba a cabo para mantener en pie su casa, dado que eran seldwylenses de nacimiento y no dejarían jamás de serlo. Pero como, al fin y a la postre, eran sus hijos, el amor propio y el amor de madre le infundían ánimo, haciéndola confiar en que lograría dirigirlos y encaminarlos por rumbos diferentes de los acostumbrados en Seldwyla.

Sumida en estos pensamientos se hallaba una noche sentada a la mesa, tras la cena, teniendo ante ella los libros de contabilidad y un montón de facturas. Los niños dormían en la vecina alcoba, cuya puerta quedó entornada al salir su madre, que, con una luz en la mano, había entrado a verlos, permaneciendo algún tiempo observando su sueño y contemplando sus caritas, sobre todo la del más pequeño, que era el que menos se le parecía. El tal diminuto personaje era, en efecto, tan rubio como su madre morena y tenía una chata naricilla, descaradamente remangada, mientras que la de Régula era recta y larga. Su boca no era tampoco fina y de labios apretados y estrechos, como la de aquélla, sino que hasta durmiendo formaba un saliente hociquito sensual, voluntarioso y terco. Todos estos rasgos eran de su padre y consti-

tuían precisamente lo que en la fisonomía de aquél había gustado más a Régula cuando se enamoró de él, y ahora le seguía enamorando en el rostro de su hijo, a pesar de inspirarle el temor de que a aquel parecido físico correspondiera una igual semejanza moral. Mas cuando determinados rasgos de un rostro nos han gustado hasta enamorarnos, no hay hierba mágica que nos los haga olvidar, y Régula, alegrándose de haber perdido de vista a su inútil marido, sentía al mismo tiempo un gran contento de que le hubiese dejado en su hijo menor un fiel retrato de su aspecto físico, que ella no se cansaba de contemplar.

En estos pensamientos la sorprendió el capataz que dirigía los trabajos en la cantera. Venía a examinar con Régula el estado del negocio y tratar con ella sobre algunos importantes asuntos referentes al mismo. Era este obrero un muchacho guapo y emprendedor, de cuerpo esbelto y vigoroso. Llevaba una vida arreglada y no carecía de una cierta penetración, que, unida a las excelentes cualidades de su maestra, le permitían conservar en buena marcha el negocio, confundiendo las inocentes asechanzas de los seldwylenses y haciéndolos avergonzarse de ellas. Pero, con todo ello, era hombre y, por lo tanto, pensaba en sí mismo antes que en nada, y en sus meditaciones había hallado que no estaría mal convertirse en patrono y dueño de la cantera, fundando así un tranquilo y apacible bienestar para los días venideros. Llevado por estos pensamientos se había permitido

insinuar varias veces a Régula, vagamente y con todo respeto, que pidiese la separación legal de su marido ausente.

Ella entendió bien sus indirectas; mas repugnaba a su orgullo separarse de su marido haciendo públicas las razones en que se fundaba para ello y denigrando así a un hombre a quien había querido, habiendo vivido con él y teniendo tres hijos suyos. Su cariño por los pequeños le prohibía entregar el mando de la casa a un hombre extraño a ellos y, además, quería poder legarles cuando fuesen hombres una herencia que no tuvieran que partir con nadie, herencia que pensaba reunir a pesar de todas las dificultades, para, al entregársela a sus hijos, hacerles ver cuán distintos de los de Seldwyla eran los usos y costumbres de su región natal. Mantuvo, pues, a raya al joven obrero, sin lograr con ello mas que empeorar la situación, porque aquél, al darse cuenta de su resistencia y de la firmeza de su carácter, se enamoró verdaderamente de ella, proponiéndose desde aquel instante conseguir sus aspiraciones, para lo cual varió de conducta, y en vez de pretender, como hasta entonces, la mano de su patrona y maestra, prescindió ahora de este requisito para ansiar su sola persona, y la seguía a todas partes siempre que podía, mirándola con ojos resplandecientes de amor. Esta transformación le fué favorable, dado que el verse adorada obliga y doblega mucho más a una persona que todas las ventajosas y honradas proposiciones matrimoniales. Aunque Régula no cambió

de actitud ni se enamoró de su pretendiente, le fué desde luego más difícil el rechazarle sin romper con él y perderle, cosas ambas que no deseaba ella, pues es sabida la afición que tienen las mujeres a conservar los amigos y partidarios que les son útiles, cuando ello puede conseguirse sin grandes sacrificios.

Al entrar el capataz en la estancia relucían sus ojos con un brillo desacostumbrado, debido a una botella de buen vino que había bebido en el curso de una conferencia celebrada con unos negociantes, en la cual había defendido valientemente los intereses de su ama. Mientras le daba conocimiento de lo tratado y hacía cuentas con ella la miró varias veces a hurtadillas, mostrándose distraído y excitado como el que se propone llevar a efecto inmediatamente algún oculto propósito. Régula separó un poco su silla y se puso en guardia, reprimiendo una fina sonrisa de burla por la repentina decisión emprendedora del joyen. Mas éste la cogió inopinadamente de las manos, tratando de atraerla hacia sí, y comenzó a hablarle en la misma media voz con que, a causa de los niños, que dormían en la alcoba vecina, habían mantenido su conversación anterior. Con ardientes y apasionadas palabras le rogó que no dejase pasar su vida en aquella soledad y abandono y que reflexionase y se entregase a él, que tan rendidamente la quería. Ella no osaba hacer ningún movimiento brusco ni levantar la voz, para no despertar a los pequeños; mas, llena de enfado, le conminó en voz

baja a soltarle las manos y salir en el acto de la casa. Pero él no la soltó, sino que, apretando aún más sus manos entre las suyas, le recordó con apremiantes palabras su juventud y su belleza y la simpleza que constituía el dejar que ambas cosas se perdieran sin que nadie, ni ella misma, las gozara. En los ojos del capataz, brillantes de astucia y de alegría de vivir, vió ella, con su mirada penetrante, que con aquella pasión sensual sólo se proponía él dominarla y hacerla cosa suya, dando término a su independencia. Con mirada burlona le dió a entender que había comprendido sus intenciones, mientras procuraba desasirse produciendo el menor ruido posible, cosa a que él se opuso desplegando una creciente fuerza y un más tierno apremio en sus palabras. De este modo luchó Régula un buen rato con el fuerte muchacho, sin que ninguno de los dos consiguiera llevar adelante su propósito ni se oyera más ruido que el crujir de la mesa cuando contra ella tropezaban y alguna ahogada exclamación o contenido suspiro. La honrada mujer se debatía entre el deber, representado por sus tres hijos, que dormían en la vecina alcoba, y los ardientes asaltos de la despierta vida. Apenas había cumplido treinta años y, abandonada hacía ya algunos por su marido, sentía aún en su sangre el fuego de la juventud, de manera que no es extraño que en aquella ocasión llegase un momento en el que cesó en sus esfuerzos con un hondo suspiro, pensando si valdría la pena el seguir fiel a sus trabajos y privaciones o, siendo

al fin y al cabo lo primero la propia vida, no sería más acertado obrar como todo el mundo y conceder, no al osado y audaz importuno, sino a su propia persona, aquello que le proporcionase alegría y descanso. Tal era en Seldwyla la conducta de casi todas las mujeres, y así marchaban las cosas, sin que nada grave aconteciese. Al surgir esta duda en su pensamiento temblaron sus manos entre las del obrero, que adivinando lo que en el ánimo de Régula sucedía multiplicó sus ataques, y hubiera quizá alcanzado la victoria a pesar de los reiterados esfuerzos de la valerosa mujer si en aquel instante no hubiera recibido ésta un inesperado auxilio. Con el grito, entre asustado y colérico, de «¡Madre, madre, ha entrado un ladrón!», se presentó en la estancia el menor de los niños, semejante a un pequeño San Jorge. Sus dorados rizos enmarcaban la carita, enrojecida por el sueño, y sus azules ojos resplandecían con una graciosa cólera, mientras que su hociquito se contraía con un gesto animoso y resuelto. La corta camisita, de nívea blancura, ondeaba como la túnica de un cruzado, y en sus manitas esgrimía el pequeño caballero la barra de una cortina, cuyo extremo, provisto de una gruesa bola dorada, dejó caer sobre la cabeza del obrero. Este se quedó aturdido un instante, rascándose el chichón que el golpe le había producido. Régula enrojeció y sujetó al chiquillo, exclamando:

—¿Qué te pasa, Federico? ¿No ves que es Florián y que no nos hace nada?

El niño se echó entonces a llorar amargamente, agarrándose a las rodillas de su madre, que lo tomó en brazos y salió del cuarto, abandonando con una mal contenida risa al confuso Florián, el cual, aunque hubiera dado con gusto una buena azotaina al intrépido chico, tuvo que poner a mal tiempo buena cara y retirarse sin decir palabra. Régula echó tras él el cerrojo y volvió al comedor sin soltar al niño, que rodeaba su cuello con un brazo, conservando aún en la otra mano la barra de la cortina con el dorado boliche dirigido hacia el suelo. Después de contemplar con un hondo suspiro la linda carita de su hijo le cubrió de besos y, cogiendo la luz, penetró en la alcoba para ver a los dos restantes. Estos dormían como marmotas, sin haberse dado cuenta de nada, con lo cual demostraban poseer, a pesar de parecerse a su madre, un espíritu menos vivo y despierto que el del pequeño, que era, en cambio, el retrato físico del padre y aquella noche había demostrado ser vigilante, sensible y valeroso, prometiendo llegar a ser como Régula se había figurado a su marido cuando se enamoró de él. Mientras la madre pensaba en aquel misterioso juego de la Naturaleza, sin saber si debía alegrarse de que aquel chiquillo, que tanto se parecía a su padre, demostrase cualidades que éste no había jamás poseído y mejores que las de los otros dos, que se parecían a ella y tan perezosa y descuidadamente dormían en sus camas, metió a Federiquín en la suya, lo arropó con cariño y decidió poner todo su cuidado y esmero en la educa-

ción del pequeño San Jorge para pagarle de su temprana caballería.

«Los otros dos dormilones—pensó—, que también son mis hijos, aunque no lo parecen por su embotada sensibilidad, viendo a éste en el buen camino le seguirán por él. Y si no, peor para ellos.»

A la mañana siguiente pareció haber olvidado el niño lo sucedido, y después, en los muchos años que vivió junto a su madre, no volvió ninguno de los dos a pronunciar palabra que a ello se refiriera. Mas Federico conservó de aquel incidente un vivo recuerdo, que no perdió nunca. Recordaba perfectamente haberse despertado cuando entró Florián en el comedor, pues a pesar de su poca edad tenía un sueño vigilante y ligero. Después había oído todas y cada una de las palabras de la conversación, que aunque no entendía claramente su sentido le pareció sospechosa, y le entró un gran desasosiego figurándose que su madre corría algún peligro; así es que en cuanto percibió el rumor de la ahogada lucha que en el comedor se desarrollaba se levantó y acudió en auxilio de Régula. Mas ¿quién le enseñó, al reconocer a Florián, que era él el peligro que amenazaba a su madre? Y ¿quién le sugirió la frase con que, haciendo ver que lo creía un ladrón, justificaba el golpe que le había propinado? Son éstas cuestiones que entran en el obscuro misterio de la intuición infantil.

Su madre cumplió su palabra y cuidó su educación de tal manera que, a pesar de vivir en Seldwyla, fué siempre un hombre honrado y de los

pocos que no abandonaron en aquella ciudad el camino recto en toda su existencia. Cómo hizo Régula para conseguirlo, es cosa difícil de decir, pues en realidad le educó lo menos posible y su obra consistió casi únicamente en hacer que aquel joven arbolillo de su misma madera fuera adoptando, al crecer, su misma derecha y recta forma. Las personas buenas y honradas encuentran mucho menos trabajo en educar bien a sus hijos que aquellas otras de torcida condición moral, las cuales difícilmente lo logran, como no lograría enseñar a leer a un niño un torpe analfabeto. En realidad su arte educativa consistía en hacer sentir a su hijo, sin estropearle con perjudiciales mimos, cuán grande era su cariño por él, despertando así en el niño, con el agradecimiento, el deseo de complacerla lo más posible y obteniendo que siempre que fuese a hacer algo pensase si ello podría producir un disgusto a su madre. Sin privarle de libertad, procuraba que estuviese a su lado el mayor tiempo posible, logrando que se asimilase su manera de pensar y proceder y que al poco tiempo no hiciera el hijo por su propia voluntad nada que no la complaciese. Le llevaba vestido con gran sencillez, pero siempre pulcramente y hasta con cierta elegancia, de modo que él se sentía cómodo y satisfecho con sus trajes y no se le daba ocasión de ocuparse de ellos o envanecerse de su gusto en el vestir ni tampoco de desear otros mejores. Parecida conducta observaba Régula con respecto a las comidas. Complacía en ellas todos los deseos

de los tres muchachos, cuando eran inocentes y poco costosos, y nadie comía nada de que no tuviesen todos su parte. Mas, a pesar del cuidado y abundancia que reinaba en la casa en esta cuestión, la trataba Régula con ligereza y sin concederle importancia ninguna, enseñando de este modo a Federico a no considerar la comida como lo más importante en este mundo y a no empezar a pensar, cuando se encontraba satisfecho, en manjares o vinos extraordinarios. La extremada importancia que la generalidad de las buenas amas de casa concede a los alimentos y a su preparación culinaria despierta en los niños aquella golosinería y desordenada gula que luego, cuando llegan a hombres, se convierte en tendencia a darse buena vida y a la prodigalidad. Particularmente en los pueblos de raza germana se considera como la más virtuosa y mejor ama de su casa a aquella que más ruido mete con sus platos y sartenes y a la que jamás se ve sin algo comestible entre las manos. No es, pues, maravilla ninguna que los señores germanos sean los mayores comilones de la tierra y coloquen toda su felicidad en una bien provista y dirigida cocina, olvidando cuán secundario es el comer en nuestro rápido paso por la vida. Régula siguió también esta marcha con respecto al dinero, que es otra de las cosas que los padres suelen tratar con una torpe veneración. En cuanto fué posible, dió cuenta a su hijo del estado de su fortuna, encargándole de vez en cuando de contar alguna suma y depositarla luego en el cajón en que

guardaba el dinero, y en cuanto el niño aprendió a conocer el valor de las monedas puso a su disposición una pequeña cantidad, dejándole en libertad de gastarla o aumentarla ahorrando. Si cometía alguna simpleza con el dinero o se apoderaba de algunos céntimos que no le correspondían, no se lo reprochaba como un espantoso crimen, sino que con pocas palabras le hacía ver la ridiculez y mezquindad de su proceder, avergonzándole por su acción, propia de un chiquillo tonto e inconsciente. Se mostraba en cambio muy severa para todo lo que fuese innoble o desvergonzado en gestos o palabras, faltas en que caía Federico escasas veces; pero cuando esto sucedía le regañaba dura y severamente, acompañando el sermón con algunos fuertes coscorrones, que hacían que el muchacho no olvidase ya nunca su pecado y el castigo recibido. En todas las cosas que hemos señalado se suele seguir por los padres un procedimiento totalmente opuesto. Si un niño subtrae unos céntimos o se apropia un objeto de sus hermanos, los padres se ven asaltados por un extraño temor de que el hijo se convierta en un criminal más adelante, como si por experiencia supieran que es de una gran dificultad no llegar a ser nunca ladrón o estafador. Lo que de cien casos en noventa y nueve no es mas que un capricho momentáneo del niño, perturbado en sus inclinaciones por el crecimiento, se convierte en terrible delito y no se le habla mas que de la horca y el presidio, como si el tierno arbolillo no estuviese asegurado, cuando lle-

gase a su completa razón, por el propio egoísmo, o aunque sólo sea por orgullo, de convertirse en un criminal. En cambio, ¡con qué suavidad se tratan y hasta fomentan en los hijos las pequeñas manifestaciones de la envidia, los celos, la vanidad, la presunción y el egoísmo! ¡Cuán difícilmente se dan cuenta los educadores de una prematura inclinación a la mentira o la hipocresía, mientras caen con clamores infernales sobre el niño que los sorprende con una infantil fantasía inofensiva, gritándole en los oídos el tronituante «¡No mentir!» y dejando confuso al pequeño genio imaginativo! Cuando Federico lanzaba alguna de estas mentiras sin consecuencias. Régula no hacía mas que decirle, mirándole muy asombrada:

—¿Qué es eso, monicaco? ¿Por qué cuentas esas tontas mentiras? ¿Crees que puedes engañar a los mayores y burlarte ya de ellos? Déjate de estupideces y ten cuidado no resultes tú el engañado.

Y si la mentira era para ocultar alguna falta cometida, le mostraba que no por ello quedaba ésta borrada, y sabía hacerle comprender, con severas, pero tiernas palabras, que se quedaría otra vez más tranquilo confesando franca y noblemente su pecado que tratando de ocultarlo mintiendo. No hacía tampoco la mentira motivo de castigo distinto del de la falta que con ella se había querido tapar, y de este modo consiguió en seguida que el muchacho comprendiese lo sin objeto y mezquino que era el mentir y no volviera a hacerlo, sintiéndose demasiado orgulloso para caer en tan bajo pecado.

En cambio, cuando mostraba la menor inclinación a atribuirse cualidades que no poseía o exagerar algo en su favor, le reprendía la madre con duro regaño, al que añadía algunos golpes si la cosa le había disgustado mucho. También cuando, viéndole jugar con otros chicos, le sorprendía en alguna trampa que le diese ventajas sobre ellos, le castigaba más que si le hubiese ocultado una gran falta.

Toda esta educación costaba apenas tantas palabras como las que aquí se han empleado para describirla, y se fundaba más en el carácter de la señora de Amrain que en un premeditado o estudiado sistema, por lo cual una gran parte de ella no podrá ser llevada a cabo por personas que no posean tal carácter, y otra parte, por ejemplo, la relativa a los vestidos, la comida y el dinero tampoco podrá ser puesta en práctica por la gente pobre, pues en donde no hay qué comer es muy natural que la comida se convierta en la principal preocupación de todos los instantes, y los niños que hayan sido educados en estas circunstancias no lograrán con facilidad dejar de considerar posteriormente la alimentación como cuestión principalísima.

Sobre todo durante la infancia del hijo fué muy pequeño el trabajo educativo de la madre, dado que, como ya hemos dicho, ponía en ello pocas palabras y sí el ejemplo de toda su persona, formándolo a su imagen y semejanza y haciéndole ser uno con ella. Si se nos preguntara cómo con tal

suavidad y poco trabajo se conseguían tales resultados, la contestación nuestra sería que el secreto consistía en el infinito amor con que Régula llevaba a cabo su empresa de imprimir su propia personalidad en la de su hijo, dejando que se asimilara sus instintos y sus principios morales.

Mas no tardó en llegar el día en que necesitó emplear algunos preceptos y vigorosas reglas educativas, y esto fué cuando el buen Federico, ya crecido, se tuvo por acabado de educar; pero su madre extremó entonces más que nunca su vigilancia, considerando aquel momento como el decisivo para que su hijo emprendiese un buen o mal camino. Sólo en escasas ocasiones tuvo que intervenir enérgica y decisivamente contra la joven independencia del muchacho, y siempre lo hizo tan a tiempo y con tal rapidez, claridad y precisión que nunca le falló el efecto que deseaba producir.

Próximo a cumplir los diez y ocho años, era Federico un guapo muchachito al que sus rubios cabellos y azules ojos daban un agradable aspecto. Su carácter era en extremo independiente y una gran seguridad de sí mismo se mostraba en todos sus actos. Después de haber trabajado en la cantera desde los catorce años, dirigía ahora la explotación con gran acierto, y aunque su rostro era grave e inteligente, se mostraba él jovial y nada presuntuoso. Lo que más complacía a la madre era su cualidad de tratar con toda clase de gentes sin dejarse influenciar por nadie ni adquirir nuevos usos y costumbres. Nunca le impidió salir y

tratar con otros muchachos de Seldwyla cuando notaba que se aburría de estar en la casa; mas, siempre atenta y vigilante, observó con gusto que en la manera de ser de los jóvenes seldwylenses no hallaba su hijo grandes atractivos, no agregándose nunca a ninguna pandilla, sino tratando con todos cuando quería matar un poco el tiempo y abandonándolos en cuanto no hallaba distracción entre ellos. También la satisfizo el ver que no se mostraba roñoso ni cicatero y que en las reuniones sabía convidar a una botella de buen vino sin que de ello resultase para él ningún daño, y que, además, nunca se logró complicarle en ningún negocio sospechoso o embrollado, a pesar de tratar con todos y comerciar en todas partes, sabiendo siempre huir de todo asunto poco claro, sin ser por esto desconfiado ni escamón. Tenía además conciencia de su valor personal, sin ser altanero, y sabía defenderse cuando era necesario. Régula se alegraba de ver todo esto, pensando que tal era el buen camino y que su hijo no era nada tonto.

Por entonces observó que Federico empezó a ruborizarse cuando se encontraba con alguna muchacha guapa y que hasta a las feas las consideraba atentamente con mirada crítica, turbándose cuando entraba en su casa alguna mujer ya hecha, pero bonita, llena y alegre, mientras que a hurtadillas se la comía con los ojos. De estos tres signos dedujo la madre dos cosas: primera, que todavía se conservaba puro, y segunda, que si existía para él algún peligro en vagabundear por el an-

cho camino de la ciudad, este peligro podía provenir tan sólo de las alegres damas de Seldwyla, y en seguida se dijo a sí misma: «¡Ya sé lo que tú buscas en la ciudad, bribonzuelo!»

Las bellas de Seldwyla no eran peores que sus maridos, y cuando habían pasado el tiempo de su alegre juventud daban término a sus locuras, para conservar algo que aquéllos hubieran también despilfarrado. Mas como a sus maridos les gustaba divertirse, no querían ellas quedarse atrás mientras su posición se lo permitiera, y ya se sabe que en el bello sexo todos los extravíos y ligerezas van a parar siempre a un mismo fin: a aquella vieja historia que tantas consecuencias trae consigo para la dicha o la desgracia de los hombres que le sirven de cómplices. Respecto a esta cuestión también se pasaba en Seldwyla más alegreménte que en otros sitios.

Estando así la señora de Amrain, con sus negros ojos muy abiertos, esperando con indignado temor cuándo y cómo se intentaría corromper a su hijo, se le presentó una ocasión de intervenir con su autoridad materna. En el Ayuntamiento de la ciudad se celebraba una fiesta con motivo de la boda de dos jóvenes pertenecientes al grupo más ruidoso y alegre de los que por entonces llevaban la voz cantante en Seldwyla. Como en otros lugares de Suiza, existía allí la costumbre de que en los bailes y banquetes que se celebraban después de una boda hubiese dos clases de invitados. Una, la de los que realmente lo estaban a dichos fes-

tejos, y otra, la de sus amigos o parientes que iban a verlos al lugar de la fiesta, llevando regalos jocosos con toda clase de bromas y versos alusivos. Para este fin se vestían con los más divertidos disfraces, en consonancia con los regalos de que eran portadores, y enmascarados entraban en la sala del banquete, situándose cada uno detrás de la silla de su amigo o pariente y haciéndole entrega de su obsequio después de pronunciar un discurso de circunstancias. Federico Amrain se había propuesto en esta ocasión llevar algunos regalos a una primita suya, y la madre no había tenido nada que objetar, dado que la muchacha era todavía muy joven y muy formal y modosita. Mas lo que atraía a Federico no era tanto su prima como un obscuro deseo de mezclarse por una vez con las alegres comadres de Seldwyla, cuya alegría cuando se hallaban juntas varias de ellas le había sido agradablemente descrita repetidas veces. No se había decidido a escoger disfraz ninguno para penetrar en la fiesta, y hasta que llegó el momento de ir no resolvió, siguiendo el consejo de algunos conocidos, vestirse de mujer. Régula había salido cuando llegó él corriendo a su casa con tal alegre propósito y lo puso en seguida en práctica. Sin suponer que hacía nada malo, atacó el armario ropero de su madre y lo revolvió todo, ayudado con gran regocijo por la criada, hasta encontrar y apropiarse las mejores y más elegantes ropas. Se puso el vestido mejor y más bonito de su madre, a aquel que ella sacaba solamente en las fiestas más seña-



ladas, y escogió, abriendo diversas cajas, el más lujoso cuello de encaje y lazos, cintas y demás adornos. Como complemento se colgó al cuello un collar y, a medio arreglar, corrió en busca de sus amigos, que entretanto habían también vestido sus disfraces. Allí completaron el de Federico, entre alegras risas, las dos hermanas de uno de sus compañeros, rizando preciosamente su rubia cabellera en un distinguido peinado y adornándole con el correspondiente seno levantado, propio de su femenina condición momentánea. Estando así sentado, dejando que las atrevidas muchachas cumplieran con su cometido, enrojeció una vez tras otra, y el corazón le latía apresurado ante la perspectiva de los placeres que se prometía, mientras que su conciencia empezó a dar señales de vida murmurándole por lo bajo que aquello que estaba haciendo no era quizá tan inocente e inofensivo como creía. Cuando, después, se dirigió con sus compañeros hacia el Ayuntamiento, llevando en la mano un cestito con los regalos, iba con los ojos fijos en el suelo y tan avergonzado y confuso como una verdadera muchacha, de manera que al aparecer en el festejo nupcial obtuvo un completo éxito, sobre todo con las mujeres allí reunidas.

Entretanto había regresado su madre a casa, viendo su armario ropero abierto y el saqueo verificado en todos los estuches y cajas que en él guardaba. Cuando se enteró bien del objeto de aquella revolución y de que el hijo que constituía toda su esperanza había salido a la calle vestido

con sus trajes, y precisamente con los mejores, tuvo unos momentos de cólera; pero luego cayó en una inquietud aún más grande, pues nada le parecía más propio para hacer entrar a un joven en la vida desordenada que el asistir vestido de mujer a una boda de Seldwyla. Esta preocupación le impidió tocar a la cena, que tenía a punto, y durante una hora anduvo de un lado para otro con la mayor zozobra, sin saber cómo arrancar a su hijo de los peligros que le amenazaban. Le repugnaba hacerle llamar inmediatamente, cosa que no dejaría de avergonzarle, temiendo además, no sin razón, que los demás le detuviesen o que él no obedeciera por voluntad propia. Y sin embargo sabía muy bien que aquella sola noche podía ser decisiva para él, empujándole por el mal camino. Por último, como no podía estar tranquila sin buscar algún remedio, decidió ir por sí misma a buscarle, ya que podía, sin que a nadie chocase, aparecer en los festejos y permanecer en ellos un rato. Se cambió rápidamente de ropa, escogiendo un traje un poco mejor que el que a diario llevaba, pero no muy de fiesta, para no demostrar una excesiva consideración a la alegre sociedad, y se dirigió hacia el Ayuntamiento, acompañada sólo de una criada, que iba ante ella alumbrando el camino con una pequeña linterna. Entró primero en la sala del banquete; pero éste y la diversión de la entrega de regalos habían terminado ya y los portadores de ellos se habían quitado sus disfraces, mezclándose con los demás invitados, no quedando

en el salón mas que algunos señores que bebían o jugaban a las cartas. Prosiguiendo sus pesquisas subió por una escalera que conducía a una antigua galería desde la cual se dominaba el salón de baile. Esta galería estaba llena de la genticilla que no pertenecía a la crema seldwylense, y a la que se permitía presenciar la fiesta como a los habitantes de una capital las bodas de su príncipe. Régula podía, por lo tanto, observar desde allí sin ser vista todo lo que pasaba en el baile, el cual transcurría con bastante animación y cuyo ridículo ceremonial etiquetero encubría en parte la general sensualidad voluptuosa. Por nada del mundo hubieran infringido los seldwylenses las reglas de la etiqueta en aquel baile, pues profesaban firmemente el proverbio de «Cada cosa a su tiempo», y si con poco trabajo podían ofrecerse el espectáculo de un baile, en su concepto, noble y distinguido, ¿por qué habían de permitir que no resultase así?

Federico Amrain no estaba al parecer entre los bailarines, pues cuanto más le buscaban los ojos de su madre menos le veían. Y cuanto menos le veían más deseos tenían de hallarle, ya no sólo por tranquilizarse, sino para ver realmente cómo se comportaba y si, en su tontería, no había añadido a su ligereza el ridículo de estar todavía vagando por sabe Dios dónde como una desenfadada mujerzuela vestida descuidadamente. En sus investigaciones llegó a un corredor lateral de la galería, que terminaba en una ventana cubierta con una cortina, ventana que daba a un pequeño cuarto de

estilo gótico que se utilizaba para las pequeñas reuniones de los concejales. Alzando un poco la cortina y mirando al interior, iluminado débilmente por unas antiguas arañas, vió una reducida reunión que parecía conversar allí tranquila y alegremente. Cuando hubo mirado con detención reconoció a siete u ocho mujeres casadas a cuyos maridos había visto, al entrar en el comedor, jugando a un tanto muy elevado. Estas mujeres estaban sentadas formando un estrecho semicírculo y tenían ante ellas otros tantos jóvenes, que les hacían la corte. Entre ellos tampoco se hallaba Federico, y su madre se alegró mucho de no encontrarlo allí, pues aquellas señoras no eran para desvanecer sus temores, dado que, cuando las fué mirando una por una, vió que todas ellas eran jóvenes y muy peligrosas, cada cual por su estilo, gozando todas en la ciudad de una fama, si no mala, por lo menos algo misteriosa, lo cual, dada la general tolerancia reinante, era ya asaz intranquilizador. Allí se hallaba la nada fea Lucía Anderan, a cuya vista se sentía uno seducido, sin saber a punto fijo en qué consistía su atractivo. Sabía ésta mirar durante un segundo con los ojos entornados a todos los jóvenes, uno tras otro, de una manera tan voluptuosa que encendía en sus corazones la chispa de un deseo lleno de esperanzas. Mas luego, con pública ostentación, dejaba cruelmente chasqueados a diez de ellos para con mayor impunidad y reposo hacer feliz al oncenno en una hora segura. Más allá estaba la apasionada Julia Haider, que

acariciaba con afán a su marido ante el mayor número posible de testigos y, mostrándose ardientemente celosa, le acusaba a cada momento de infidelidad, hasta que llegaba alguno que envidiaba la suerte del insensible marido y deseaba participar de aquella inmoderada pasión. Triste y silenciosa, se hallaba allí también Emelina Ackerslein, que era una mártir a quien su marido maltrataba porque no sabía hacer nada y descuidaba el gobierno de la casa. Su aspecto era pálido y doliente y siempre estaba pronta a caer en los brazos de aquel que quisiese consolarla. A su lado estaba la perversa Luisa Aufdermauer, que no cesaba de inventar chismes y producir disgustos, hasta que uno de los calumniados, lleno de indignación, la ponía en un aprieto solicitando una entrevista a solas para poner las cosas en claro y tomaba en dicha entrevista su venganza. Además de éstas había dos o tres otras avispidas criaturas que, sin que se pudiera precisar nada sobre ellas, hacían sencillamente todo lo que les venía en ganas, como, por ejemplo, la silenciosa Teresa Gut, que exteriormente aparecía llena de una gran indiferencia por todo, no miraba a derecha ni izquierda, no se metía con nadie y apenas respondía cuando se le hablaba, pero que cuando por casualidad se veía envuelta en una alegre aventura se echaba inesperadamente a reír como una loca y lo permitía todo. Por último, estaba allí la ligerísima Catalina Amhag, que siempre llevaba sobre sí una gran cantidad de misteriosas culpas.

Una vez que se hubo dado cuenta la señora Amrain de la calaña de aquella femenina reunión, quiso comenzar a dar gracias a Dios de que tampoco se hallase allí su hijo; mas de pronto descubrió una nueva figura femenil que hasta entonces no había visto y que no reconoció en el primer momento, a pesar de parecerle haberla visto antes de entonces. Era una mujer alta y arrogante como una amazona, con una cabeza toda rodeada de rubios rizos. Con aire graciosamente avergonzado y amoroso se hallaba sentada entre las alegres compañeras, que la distinguían con toda clase de atenciones. A la segunda mirada reconoció Régula simultáneamente a su hijo y su traje de seda violeta, viendo lo bien que le sentaba y teniendo que reconocer que se hallaba muy diestra y encantadoramente arreglado y tocado. Mas en el mismo instante vió que su vecina le besaba y que él transmitía aquel beso, siguiendo algún juego en el que se hallaban entretenidos, a la mujer que a su otro lado tenía, y consideró llegado el momento de hacer a Federico un servicio igual al que él le había hecho siendo un niño de cinco años.

Bajó, pues, la escalera sin perder momento y entró en el cuarto, saludando modesta y cortésmente a la sorprendida reunión. Todas se levantaron un poco confusas, pues aunque en Seldwyla se la censuraba y criticaba hasta la saciedad, no dejaba de inspirar respeto en todos los lugares en que aparecía. Los hombres la saludaron con sincera consideración, tanto mayor cuanto peores

eran, y como ninguna de las mujeres quería aparentar estar mal con la mujer mejor conceptuada de toda la ciudad, formaron todas, en cuanto se repusieron de su sorpresa, un ruidoso corro en derredor de ella. El más aturdido era Federico, que no sabía qué actitud tomar en aquella traza, pues su primer temor al ver aparecer a su madre fué el haber estropeado el vestido, y a esta causa atribuyó la grave mirada que aquélla le había dirigido. Aun no habían surgido en su cerebro reflexiones de otra clase, dado que en la general alegría parecía aquel disfraz cosa acostumbrada y permitida. Después que se hubieron sentado y hubo charlado Régula amablemente con ellos por espacio de un cuarto de hora, llamó a su hijo y le dijo que quería irse y que la acompañase hasta su casa. Al declararse él dispuesto a hacerlo le dijo en voz baja y ya con tono severo:

—Si quisiera que me acompañase una mujer hubiera dicho a Margarita, que ha venido conmigo, que se esperase. Hazme, por lo tanto, el favor de correr primero a casa y ponerte otros vestidos que te sienten mejor que éstos.

Entonces cayó Federico en que no estaba bien lo que había hecho. Enrojació profundamente y salió del Ayuntamiento. El ruido que la seda hacía a cada uno de sus pasos, el embarazo que sentía al enredarse la falda entre sus piernas y la mirada extrañada y recelosa que le echó el vigilante nocturno le hicieron darse cuenta de que sus vestiduras eran en todo impropias de un joven re-

publicano suizo, y no se explicaba cómo con ellas había podido aquella noche mirar a nadie cara a cara. Al llegar a su casa, estándose cambiando de traje, pensó que en aquel momento se hallaba su madre en la fiesta entre todas aquellas gentes, y esta idea le causó de repente tanto enfado y tanta inquietud que se dió toda la prisa posible para volver y sacarla de aquellos lugares, creyendo además prestar con ello un gran servicio a su honra y hacerse perdonar sus anteriores faltas. La señora de Amrain se despidió de la reunión y, grave y silenciosa, marchó hacia su casa al lado de su hijo. Cuando llegaron se sentó suspirando en su sitio acostumbrado y calló durante un buen rato. Después se levantó, cogió su vestido de seda, que estaba sobre una silla, y lo hizo pedazos, exclamando:

—Puedes tirarlo. Yo no he de volver a ponerme nunca.

—¿Por qué?—preguntó Federico, asombrado e intimidado de nuevo.

—¿Cómo podría yo—respondió ella—ponerme un traje con el cual ha estado mi hijo sentado entre mujeres disolutas, parecido a una de ellas?

Y rompiendo a llorar, mandó a su hijo a acostarse.

—¡Oh!—dijo éste al irse—. No creo que la cosa sea para tanto.

Mas no pudo conciliar el sueño, excitado por la idea de los interrumpidos placeres y por las palabras de su madre. Tuvo, pues, tiempo de refle-

xionar sobre lo sucedido, y acabó por hallar que su madre tenía en cierto modo razón, pero tan sólo porque también él despreciaba a la gente en cuyo trato acababa aquella noche de complacerse. Esta explicación le halagaba en su orgullo y le impidió ir más allá en sus reflexiones, y sólo después que a la mañana siguiente y durante algunos días más vió que su madre seguía triste y silenciosa se acercó más al verdadero fondo de la cuestión. No volvió a hablarse ni una sola palabra del suceso; pero Federico estaba salvado para siempre, pues ante su madre se avergonzaba más que ante todo el resto de las gentes.

Durante algunos meses no surgió motivo para nuevos cuidados, hasta que un día, en ocasión de hallarse en la casa una linda muchacha campesina que venía a ofrecerse como criada, se la encontró Federico y, después de mirarla sin recato, se acercó a ella y, olvidándose de todo, le acarició una mejilla. No había acabado de hacerlo cuando se asustó de su audacia y se marchó a la calle. Su madre se quedó atónita, y la muchacha, llena de rubor y de disgusto, se volvió hacia la puerta para marcharse de aquella casa sin siquiera decir lo que a ella la había traído. La señora de Amrain la retuvo, y después de alguna discusión la convenció de que quedara a su servicio. Pensó que había llegado el momento decisivo en que la situación tenía que doblarse o romperse y que ya no podía dominarse aquella sangre juvenil con el sistema de prohibición empleado hasta entonces. Por lo

tanto, se acercó a su hijo aquel mismo día mientras aquél merendaba a la sombra del tupido parral que crecía en la parte trasera de la casa, y desde donde se dominaba el valle y se divisaba la azul lejanía en que habitaban hombres distintos de los de Seldwyla. Echó su brazo por los hombros del joven y, mirándole cariñosamente a los ojos, le dijo:

— Querido mío: Continúa aún dos o tres años siendo bueno y obediente y yo te prometo traerte de mi pueblo la mujercita más linda y buena que puedas imaginarte.

Federico bajó los ojos enrojeciendo y, todo confuso, respondió enfurruñado:

— ¿Quién te ha dicho que yo quiero tener mujer?

— Debes tenerla — respondió ella — y, como te he dicho, tendrás una bien bonita y buena. Pero no la tendrás si no la mereces, pues yo me guardaré muy bien de hacer la desgracia de ninguna muchacha honrada y bien criada.

Con estas palabras, besó a su hijo, cosa que no había hecho desde mucho tiempo antes, y volvió a entrar en la casa.

Mas desde aquel momento un extraño estado de ánimo se apoderó de él y sus pensamientos se dirigieron desde aquella hora hacia una mujer buena y bonita como su madre se la había descrito, agradándole tanto esta idea que no volvió a mirar a ninguna mujer de Seldwyla. La ternura con que su madre le había sugerido tales imaginaciones dió a sus deseos una dirección más íntima y más noble y se sentía halagado de que se quisie-

ran para él tantas cosas buenas. Mas no esperó los dos años ni la intervención de su madre, sino que al poco tiempo comenzó a hacer excursiones los domingos, visitando en particular la tierra natal de su madre. Casi nunca, hasta aquel tiempo, había estado en ella, por lo cual fué recibido con tanta mayor amabilidad entre los amigos y parientes de Régula, que encontraron mucho agrado en la persona y trato del apuesto joven, considerándole además como una extraña maravilla, por ser un seldwylense bien encaminado, honrado y nada presuntuoso. Llegó a ser muy conocido en aquellos parajes, cosa que la madre supo y dejó que sucediera; pero lo que no sospechó es que mucho antes de que ella llegara a suponerlo se había echado con toda formalidad una novia que le había parecido conformarse en un todo a la imagen que su madre le había trazado de su futura mujer. Cuando lo supo la señora de Amrain empezó a indagar, llena de inquietudes, quién pudiera ser, y con gran asombro encontró que su hijo había acertado por completo y que sólo podía alabar su gusto y elección, así como la pura fidelidad y satisfecha alegría con que amaba el muchacho a la novia que había escogido. Quedó, pues, Régula tranquila y dispensada en esta cuestión de mantener su férula sobre el hijo o inventar sutiles astucias que lo mantuviesen en el camino recto.

Mas apenas se había salvado este escollo surgió otro que amenazaba ser aún más peligroso, dando a Régula una nueva ocasión de demostrar su inte-

ligencia y habilidad. Había llegado el tiempo en que Federico comenzó a ocuparse de política, viéndose impelido por ella, más que antes por otra ninguna cosa, a frecuentar la sociedad de sus conciudadanos. Era el muchacho un apasionado liberal, tanto por ser esto lo propio de su juventud, inteligencia y deseo de cumplir con todos sus deberes ciudadanos, como por ley hereditaria, pues aunque una observación muy superficial nos hiciera creer que la señora de Amrain poseía opiniones aristocráticas porque se veía obligada a despreciar a la mayoría de la gente entre la que vivía, era en ella más fuerte que ese desprecio el noble y elevado respeto a la personalidad de los demás, que constituye la esencia del liberalismo. El hombre liberal confía en un posible perfeccionamiento del mundo y de su propio espíritu y sabe defender virilmente este ideal de progreso, mientras que la reacción o el conservadurismo están fundados en la limitación y la tímida inmovilidad, cosas que difícilmente pueden coexistir con ningún sentimiento viril. Hace mil años comenzó una época durante la cual nadie era tenido por héroe y perfecto caballero si no era a la par un piadoso cristiano, pues en el cristianismo residía entonces la esperanza de un perfeccionamiento de la Humanidad. Hoy en día puede decirse que, por muy valiente y resuelto que se sea, no se será nunca un hombre completo si no se es al mismo tiempo liberal. La señora Régula, después de haberse equivocado respecto a las cualidades de su

marido había extremado sus exigencias con respecto a las virtudes masculinas y no podía dejar de incluir entre ellas al liberalismo. Ciertamente es que cuando Amrain la había pretendido hacía él gala de un juvenil radicalismo, del que presumía de la misma manera que un aprendiz con su primer reloj de plata, pero que, como se demostró más tarde, no era sino puramente superficial.

Aparte de estas razones de gusto influía en las opiniones de Régula el haber nacido en un lugar en el que desde época inmemorial era liberal todo el mundo, y que en el transcurso del tiempo se había señalado como un resuelto, enérgico y consecuente nido de ciudadanía, de tal modo que cuando corría la voz de que sus habitantes habían dicho o hecho esto o aquello arrastraban tras de sí a toda una comarca, ejerciendo con tal empuje una gran influencia política. Por lo tanto, cuando tenía Régula que fijar su opinión sobre algún problema de este género no escuchaba lo que se decía en Seldwyla, sino lo que opinaban en su lugar natal, y según ello orientaba su pensamiento.

Eran estas razones suficientes para que Federico fuera un buen liberal sin haber hecho grandes estudios sobre Derecho público. Pero lo que constituía un inmediato peligro para un juvenil entusiasta que vive en una nación donde está permitida la libre expresión de todas las opiniones políticas, era el poder convertirse en un agitador profesional, peligro más grande en Seldwyla, cuyos habitantes suelen tomar con más ardor tales cues.

tiones que en otros lugares suizos, en que se acostumbra a tratarlas y discutir las con toda calma, amplitud y comodidad en los agradables locales de las tabernas o cervecerías, sin que de estas conferencias salga nunca ninguna decisión activa. Si bien se mira, y procurando penetrar hasta el fondo de las cosas, también esta última manera de proceder supone un equivocado concepto de la política, pues no es dicha apacible y tranquila degustación de un vaso de buen vino o rubia cerveza lo que debe llevar a los ciudadanos a ocuparse de los asuntos públicos, sino precisamente, al contrario, es el recto ejercicio de los derechos políticos lo que les procura la paz necesaria para dedicarse a tranquilos placeres. No era aquel peligro que antes hemos señalado el que más podía amenazar a Federico, pues estaba ya muy acostumbrado al orden y al trabajo y, además, no le atraía gran cosa ninguno de los usos y costumbres seldwyleneses; pero sí en cambio podía correr el de llegar a ser uno de esos ociosos charlatanes que dicen continuamente la misma cosa, llenos de placer al escuchar sus propios discursos, defecto al que nada induce tanto en la edad juvenil como la admiración entusiástica por principios y opiniones que, siendo de utilidad común y conducentes al bien general, pueden exponerse fogosamente en todas partes sin recatarse de nada ni de nadie.

Mas cuando comenzó Federico a hablar día y noche de política, dándole vueltas sin cesar a una misma cosa y a adoptar aquella infantil conducta

consistente en aturdirse a sí mismo con ciegas afirmaciones y obrar como si las cosas fuesen cuales se desea y se afirma, le interrumpió su madre en medio de una ardiente perorata y le dijo:

—¿Qué significa ese continuo charlar sobre política? No tengo ganas de oírlo por más tiempo. Si no puedes callarte vete a la calle o a la taberna. Aquí en casa no quiero estar oyendo a todas horas ese inútil ruido.

Estas palabras fueron pronunciadas muy a punto. Federico enmudeció, sorprendido en la mitad de su discurso, y no supo qué contestar. Salió de su casa, y reflexionando acerca de lo sucedido comenzó a avergonzarse de tal manera que media hora después se hallaba rojo hasta la coronilla y curado de su charlatanería, acostumbrándose en adelante a ocuparse de política con menos palabras y más ideas: tanta impresión le había hecho el oír a una boca femenina calificarle de hablador y político de café.

Conseguido esto, se mostró con tanta mayor fuerza el peligro contrario, o sea el de caer en error por actividad política equivocadamente dirigida. Si los seldwylenses se mostraban muy versátiles en sus opiniones, permanecían en cambio invariables en la costumbre de tomar parte en todas las revueltas políticas de los cantones vecinos, y en cuanto se trataba en alguno de ellos de derrocar el régimen vigente, atemorizar a una débil mayoría o atacar con las armas en la mano a una testaruda minoría que se resistía a doblegarse se formaba

siempre en Seldwyla, fuesen cuales fuesen las ideas que se tratase de defender o combatir, un pelotón de gente armada que se dirigía hacia el lugar de la revuelta, unas veces por la noche, entre la niebla y por ocultos senderos, y otras a plena luz del día y por la carretera, según ventearan o no peligro en su camino. Hacían esto porque nada les parecía tan regocijante como vagar en buenos días por los campos unos sesenta o setenta compañeros bien armados con escopetas y provistos de gruesas y amenazadoras balas de plomo y de argénteos florines, destinados estos últimos a darse buena vida en las posadas en que entraban, y en las que con gran barullo y vaso en mano brindaban por nuevas empresas guerreras. Y como lo legal y lo apasionado, lo social y lo instintivo, lo instituído y lo revolucionario son factores que unidos sostienen la vida y la hacen progresar, no había que oponer nada a su conducta y sí sólo recomendarles cuidado con lo que con ella podían ocasionar. Mas en lo que de continuo veían los seldwylenses su particular mala estrella era en que en todas estas expediciones llegaban siempre demasiado temprano o demasiado tarde y a sitio distinto de aquel en que tenía lugar la revuelta: de manera que nunca conseguían ponerse a tiro con los contrarios, no gastando ni una sola de sus mortíferas municiones, a menos que en su retorno hacia Seldwyla, y después de muchas consultas y frecuentes libaciones, disparasen por gusto algunos cartuchos al aire. Pero esto les bastaba, pues en cierto modo

habían tomado parte en la cuestión y por toda la comarca se decía que los seldwylenses habían salido arrogantemente, formando un pelotón de hombres valientes, todos con sus escopetas al hombro y su reloj de oro en el bolsillo.

Cuando por vez primera oyó Federico Amrain hablar de una de estas expediciones, siendo ya lo suficientemente crecido para tomar parte en ella, corrió a su casa con el fin de prepararse, pues era ya la hora de partir y la tropa estaba a punto de emprender la marcha. Llegado a su casa se vistió con su mejor traje, cogió dinero bastante, se ciñó la canana llena de cartuchos y echó mano a su bien cuidado fusil de reglamento, pues pertenecía a la infantería de la milicia ciudadana en calidad de disciplinado y valiente cabo de fila y no pensaba en presumir con un arma costosa cuyo manejo desconociera, sino en cargar y disparar con afán su sencillo y poco pesado fusil en cuanto se presentara ocasión para ello, y en su alma no tenía más ansioso deseo que ver la última montaña o la última esquina que al ser pasadas dieran vista al odiado enemigo contra el cual romper el fuego.

No se llevó ni el más pequeño equipaje y apenas se despidió de su madre, que en silencio le contemplaba entre irritada e inquieta.

—Adiós—le dijo—. Mañana, o a lo más pasado mañana bien temprano, estaremos de vuelta.

Y así marchó, sin darle siquiera la mano, como si no fuese mas que a la cantera a vigilar a los trabajadores. Ella le dejó marchar sin hacerle obje-

ción alguna, pues le repugnaba poner barreras a la primera ex erior zación del valor del muchacho antes de que el tiempo y la experiencia le hubieran aleccionado en estas cuestiones. Por lo contrario, le vió partir desde la ventana, agradándole lo alegre y decidido que marchaba. Pero no llegó a asomarse, sino que permaneció en medio de la habitación, mirando desde allí cómo se alejaba. Además, era de carácter valeroso y no abrigaba muchos cuidados por su hijo, sobre todo sabiendo el fin que todas aquellas expediciones de Seldwyla alcanzaban.

Federico llegó, en efecto, a la mañana siguiente muy temprano, y entró casi a escondidas en la casa, un tanto avergonzado. Estaba cansado de la traspasada, enfermo del mucho beber y de mal humor por no haber visto ni hecho nada. Además había estropeado su traje nuevo y gastado todo su dinero.

Cuando su madre notó todo esto y vió que no hacía como los demás, que después de llegar, lacios y cansados, se cambiaban de traje y, cogiendo nuevos fondos, corrían a la taberna para analizar y discutir la malograda expedición y reponerse del cansancio de no haber hecho nada, sino que durmió durante una hora y marchó luego a sus ocupaciones sin decir palabra, se alegró su corazón y pensó que aquello demostraba por sí mismo lo que en el interior de su hijo sucedía.

Pasado esto transcurrió cerca de medio año hasta que se volvió a presentar ocasión de intervenir en

otra querrela política, y, como es natural, los seld-wylenses no la desaprovecharon, organizándose en seguida una nueva expedición. La empresa consistía en ayudar a derrocar al Gobierno de un cantón vecino, Gobierno que se apoyaba en una pequeña mayoría de piadosos y buenos católicos. Mas como éstos ponían en práctica su ferviente fe y sus opiniones políticas con igual perseverancia y apasionamiento y en las elecciones se mantenían en apretada unión decididos y dispuestos a sostener sus derechos enfrente de sus enemigos, éstos se llenaron de disgusto e impaciencia y decidieron demostrar a aquellos testarudos imbéciles, por medio de un vigoroso golpe de mano, quiénes eran los verdaderos dueños de aquella comarca, derrocando al Gobierno, para lo cual contaban con el apoyo de numerosos partidarios de los cantones vecinos, que se habían comprometido a ayudarlos en su obra, como si se consiguiese cambiar el espíritu de un pueblo cambiando su Gobierno, cosa tan lógica como pretender que un arenque se transforme en salmón consólo arrancarle la cabeza de un mordisco y decirle: Hete hecho salmón. Lo que realmente sucede en los pueblos es todo lo contrario, esto es, que la transformación de su espíritu es lo que acarrea el cambio de sus instituciones legales, que tienen que renovarse o adaptarse a las nuevas corrientes del pensamiento y duran hasta que éste se hace viejo y comienzan de nuevo a discutirse las formas legales a que dió origen.

Cuando, como de costumbre, se juntaron unas

cuantas docenas de seldwylenses para salir en valiente pelotón a echar por tierra al vecino Gobierno, se sintió la señora de Amrain de muy buen humor pensando en el chasco que se iban a llevar los belicosos charlatanes si esperaban que su hijo se uniese esta vez a ellos, pues, conforme a la experiencia de lo hasta entonces ocurrido, según la cual había bastado a Federico una sola lección para enmendar sus errores, suponía que no intentaría agregarse a nuevas expediciones. Mas, ¡oh sorpresa!, Federico apareció inesperadamente en su casa mientras que ella le creía en sus ocupaciones, cepilló su fuerte traje de faena y metió en un morral el cepillo con otros útiles de limpieza y alguna ropa blanca, echándose a la espalda cruzado con la canana, llena de cartuchos. Luego cogió su fusil y se dispuso a salir llevándolo horizontalmente en la mano, después de probar varias veces el gatillo con el pulgar para asegurarse de la tensión del muelle.

—Esta vez—dijo—ya procuraremos que no nos suceda lo que la pasada.

Y echó a andar sin que su madre se lo impidiera, viendo la imposibilidad de retenerlo; tan en serio se notaba que había tomado la cosa. Al verlo partir palideció inquieta durante un momento, mientras, a pesar suyo, se rego ijaba del firme valor de su hijo. La tropa seldwylense volvió al siguiente día, sin saber, como de costumbre, lo que había sucedido en el campo de batalla, pues en cuanto hubieron pasado la fion era observaron la

excitación reinante y la cólera que despertaba en los campesinos el verlos hollar su territorio de aquella belicosa manera, como en tiempos en que sólo regía el derecho del más fuerte. Sin embargo, no pusieron obstáculo ninguno a su entrada en en aquellas tierras, contentándose con aproximarse para verlos pasar y mirarlos con cierta sorna, como indicando que ahora los dejaban ir adelante todo lo que quisieran, pero que después, a la hora de la retirada, sería ella. Esta actitud pareció a los seldwylenses un tanto sospechosa y decidieron hacer alto y esperar la llegada de los prometidos refuerzos antes de seguir adelante. Mas como éstos no llegaban y además recibieron noticias de que la revuelta había terminado con todo éxito, se pusieron en retirada, con la única excepción de Federico Amrain, que, testarudo y osado, se separó de ellos, marchando solitario a través del país enemigo, en dirección a su capital. Mientras sus compañeros bebían y charlaban se había él dedicado a inquirir noticias y se había enterado de que a unas horas del sitio en que estaban detenidos podía encontrar a un pelotón de muchachos procedente del pueblo natal de su madre. Andando de prisa y sin temores se dirigió en su busca, logrando reunirse a ellos sin dificultad alguna y prosiguiendo con ellos el camino. Pero la empresa fracasó. El vacilante Gobierno que de derrocar se trataba se afirmó gracias a favorables azares, y en cuanto cundió la noticia se reunieron los campesinos y corrieron hacia la ciudad tanto o más de prisa

que nuestros expedicionarios, cerrándoles el paso, de manera que Federico y sus compañeros se hallaron, antes de llegar a la capital, entre dos grandes masas de enemigos, y como estaban decididos a batirse virilmente, comenzaron en seguida las hostilidades. Federico se vió por vez primera ante extraños pueblos y campanarios desconocidos, cargando su fusil, haciendo fuego y volviendo a cargar sin descanso, mientras las campanas tocaban a rebato en protesta de la audaz invasión y como intérpretes de la indignación de aquellas tierras ofendidas. Ante las primeras acometidas de la pequeña guerrilla cedieron algo los campesinos, pues la gente joven, perteneciente toda al ejército del cantón, se había endosado su uniforme para ir a concentrarse en la capital, y las masas que ahora se oponían a los atacantes estaban constituídas por ancianos o muchachos aun demasiado jóvenes, curas, sacristanes y hasta mujeres. Mas, sin embargo, estrechaban cada vez más el círculo en torno de los asaltantes, y cuando éstos hirieron a algunos de los suyos la cólera y el dolor que ello les produjo convirtió a aquella obscura masa de asustados ancianos, curas, sacristanes y mujeres, que juntos constituían la llamada milicia ciudadana, en la verdadera representación de la ofendida e indignada comarca, que alzó sus gritos contra los invasores, destacándose en el estruendo el tañido de las campanas, cuyos sonos iban extendiendo la cólera de lugar en lugar. El círculo amenazador se fué estrechando cada vez más en torno de los revolu-

cionarios; algunos experimentados y valerosos ancianos se adelantaron poniéndose a dirigir el combate, y en pocos momentos se encontraron aquellos prisioneros, entregándose al ver que todo el país estaba en contra suya. Cuando se es hecho prisionero en una guerra por el enemigo de la patria, ello constituye una desgracia como otra cualquiera y que no duele al cautivo de un modo extraordinario. Mas ser cogido por los propios compatriotas como adversario político que ha usado de la violencia para conseguir sus fines, es lo más humillante y bochornoso que pueda haber sobre la tierra. En cuanto fueron desarmados y rodeados por el pueblo llovieron sobre ellos toda clase de dictados honoríficos. Perturbadores, guerrilleros, bandidos y bribones fueron los dicterios más suaves que tuvieron que oír. A más de esto eran contemplados por todas partes como animales feroces, y cuanto mejor aspecto presentaban y mejor vestidos iban, más encolerizados aparecían los labradores de que tales personas se metieran en aquellos jaleos.

Una vez entregados no les quedaba que hacer mas que andar o detenerse donde y cuando se lo mandara el soberano de múltiples cabezas cuyos derechos habían querido trastornar, y que ahora los ejercía plenamente sobre las suyas no ahorrándoles golpes ni empujones cuando se mostraban insumisos o desobedientes. Cada uno les gritaba una cosa que les sirviera de lección en lo sucesivo: «¡Si hubierais permanecido en vuestras casas no ten-

dríais ahora que obedecemos! ¿Quién os ha llamado? ¿Queríais gobernarnos, bribones; ahora seremos nosotros los que os gobernaremos! ¿Qué os han dado por vuestra intervención? ¿Qué soldada os pagan? ¿Dónde están vuestro presupuesto de guerra y vuestros generales? ¿Acostumbráis a salir a campaña como ahora, en silencio y sin tambores ni trompetas? ¿O los habéis mandado a vuestro pueblo para anunciar vuestro triunfo? ¿Creíais que el aire era peor en nuestra tierra que en la vuestra y habéis venido a purificarlo con balas? ¿Habéis desayunado ya o queréis un poco de hierba? Mereceríais comerla. ¿Creísteis que aquí no poseíamos un Estado en orden y que nada representábamos nosotros en nuestra tierra, que así habéis venido a merodear por ella sin nuestro permiso? ¿Qué queríais cazar, zorras o conejos? ¿Vaya unos conjurados! ¿Y éstos querían con las armas en la mano quitarnos nuestro derecho? ¿Ya podéis dar las gracias a los que os han llamado, por la buena cena que vamos a prepararos! Ya veréis qué buena comida se da en nuestras cárceles; por lo pronto, una decidida mayoría de sanas alubias condimentadas con la sal de la ley de alta traición, y luego, cuando llevéis algunos años encerrados, se os permitirá, en conmemoración de vuestra gloriosa entrada, luchar contra una reducida minoría de tocino, pero siempre con cuidado de que no os haga daño. Un buen paseo es admirable para la salud y no hay nada que objetar contra él, sobre todo cuando no se ejerce ninguna activi-

dad regular ni se está fatigado por trabajo alguno; pero hay que tener cuidado de cómo y por dónde se pasea y saber que es muy descortés entrar en la iglesia cubierto y en una pacífica comarca con las armas en la mano. ¿O es que os habéis figurado que no representábamos ningún Estado, por el hecho de tener religión y amar y respetar a nuestros sacerdotes? Lo hacemos así porque nos da la gana y porque valemos más que vosotros, que estáis ahí sin saber qué hacer.»

Estas y otras invectivas resonaban sin cesar en los oídos de los prisioneros. La elocuencia de sus vencedores era tanto más inagotable cuanto que ellos habían ya cometido otras veces o estaban dispuestos a cometer, siempre que su vigor personal se lo permitiese y se presentase oportunidad para ello, la misma extralimitación perturbadora de que acusaban a sus prisioneros. Nadie exterioriza su indignación con mayor elocuencia que el ratero a quien roban una alhaja hurtada por él anteriormente. Los vencidos tenían entretanto que aguantarlo todo y procurar no aumentar con alguna provocación las iras de los que los rodeaban, para no dar motivo a que se los maltratara también corporalmente. Esto era lo único que les era dable hacer, y los más experimentados de ellos en estas lides soportaban el chaparrón con el mejor humor posible, sabiendo que las cosas no acabarían tan mal como podía imaginarse juzgando por la cólera de los campesinos. Alguno de los derrotados invasores anotaba mentalmente la presencia, en-

tre los que los injuriaban, de algún labrador que había comprado en su tienda una guadaña o una medida de semillas de trébol, dejándolas a deber, y se prometía cobrarse con réditos las duras inversiones. Cuando uno de dichos labradores se daba cuenta de la mirada que le dirigía uno de los prisioneros y reconocía a su acreedor, no dejaba por ello de chillar; pero, sin darle importancia a la cosa, dirigía sus ojos y sus palabras a otro lado del grupo y se retiraba poco a poco a retaguardia. Los intereses humanos juegan y se mezclan de bien extrañas maneras en todas las cosas. Federico Amrain caminaba abatido y desconsolado a más no poder. Dos o tres de sus compañeros habían muerto en la refriega y aún se veían sus cadáveres. Otros habían sido heridos y el suelo estaba teñido con su sangre. Su fusil y sus provisiones y dinero le habían sido quitados y alrededor suyo sólo veía caras amenazadoras, y todo ello le sacó de su inmediata y febril agitación. La excitación producida por el estampido de los disparos y el fragor del combate se desvaneció por completo en el joven revolucionario cuando de entre el remolino de gente que los conducía, en su centro, surgieron las autoridades y magistrados, comenzando la prosaica y fría operación de hacerse cargo de los prisioneros y tomar sus filiaciones respectivas. Su estado de ánimo en estos momentos era semejante al de un escolar que perdido en bellas imaginaciones que cree eternas se ve interrumpido y castigado por el repulsivo maestro, y, en su dolor al

encontrarse ante la triste realidad, cree que todo se ha perdido y que es llegado el fin del mundo. Reconoció que aquellos hombres a quienes había atacado con tal entusiasmo estaban ahora en su derecho de castigarle, pues nada malo le habían hecho nunca y, consistiendo su único pecado en sus estrechas miras políticas, nadie tenía tampoco por qué inmiscuirse en ello violentamente, y si lo hacía, su única excusa era lograr un éxito completo, que, por desgracia, les había faltado en esta ocasión. Los airados rostros de aquellos ancianos y arrugados campesinos, que prolongaban el mayor tiempo posible el goce de su victoria, surgían ante sus ojos con una rara claridad y precisión. Por todas partes donde pasaba hallaba caras nuevas que jamás había visto, que no tenía tiempo de observar con detenimiento ni miraba, además, con gusto, y que, sin embargo, se le quedaban grabadas en la imaginación como otros tantos reproches, ofensas y castigos. Cuanto más se acercaban los prisioneros a la ciudad más aumentaba el gentío que les daba escolta. La ciudad misma se hallaba llena de campesinos y soldados, que habían acudido a agruparse en torno del amenazado Gobierno, y los vencidos fueron paseados por ella como señal de victoria. Del partido de oposición, que se consideraba la víspera tan poderoso y organizado como para poder disputar el poder al Gobierno establecido, no se halló ni rastro. Federico se asombró de que se hubiese podido creer vacilante a un régimen que demostraba estar basado sobre tan fuertes

fundamentos, y aunque le repugnaban aún las ideas políticas de aquellos que él consideraba fanáticos, comprendió que un principio profesado al mismo tiempo por el pensamiento de muchos hombres adquiere, aunque sea absurdo, una fuerza infinita.

Por fin fueron aposentados los prisioneros en las torres y cárceles, ocupadas ya por multitud de invasores de otros pueblos, y de este modo se encontró encerrado nuestro héroe, quedando así aclarado que no regresara con los de Seldwyla.

Estos se vengaron del fracaso de su expedición atribuyendo a los victoriosos adversarios las más espantosas y crueles represalias y haciendo público que los que habían logrado escapar tenían la seguridad de que los prisioneros serían fusilados en el acto. Hubo personas que, a pesar de que en general mostraban ser bastante discretas, creyeron a pie juntillas en aquella ocasión, y fueron repitiéndolo por todas partes, que los fanatizados campesinos habían atado entre dos tablas a algunos prisioneros, aserrándolos luego por la mitad, y que a otros los habían crucificado.

En cuanto Régula oyó estas exageraciones y vió aquellos desmesurados temores perdió la mitad del miedo que primeramente la había sobrecogido, pues la tontería del vulgo aminora y hace inofensiva su influencia sobre los que se hallan por cima de su nivel. Si los seldwylenses no hubieran hecho mas que expresar el temor de que los prisioneros fueran juzgados conforme a la ley marcial y quizá fusilados, Régula hubiera permanecido en mortal an-

siedad; mas al oír que habían sido descuartizados y crucificados perdió también el miedo a un posible fusilamiento. Al cabo de pocos días recibió una breve carta de su hijo, en la cual le daba cuenta de hallarse encarcelado y le rogaba mandase una cierta cantidad como rescate, a cuya entrega sería puesto en libertad. Varios camaradas se hallaban ya libres por este medio, pues el Gobierno victorioso, que estaba muy mal de fondos, había encontrado con esto un medio de procurarse un ingreso extraordinario, dándole, para legalizarlo, el concepto de multa como pena por el delito cometido. La señora de Amrain guardó en su pecho la carta, complacida en extremo por las noticias que contenía, y comenzó con todo reposo y sin precipitarse a reunir la suma necesaria, de manera que antes que pudiera ponerse en camino habían transcurrido ya ocho días. Entonces recibió una segunda carta, que Federico había hallado medio de enviarle secretamente, y en la que la conjuraba para que se diese prisa, pues le era ya insoportable verse en poder de hombres que tanto odiaba. Se hallaban encerrados como fieras, sin poderse mover ni respirar aire puro, y tenían que comer una sopa de avena o un guisado de judía, en una sola escudilla de madera para todos y con cucharas de palo. Al leer esta carta sonrió Régula y aplazó su viaje unos cuantos días más, hasta que, cuando el apisionado hombre de acción llevaba ya quince en su encierro, tomó un carruaje, cogió el dinero del rescate, ropa limpia y un buen traje y se puso en

camino. Mas al llegar a la capital, fin de su viaje, se enteró de que muy pronto iba a ser concedida una amnistía para todos aquellos prisioneros que no hubieran sido promotores y cabecillas de la rebelión, especialmente para los forasteros, pues no se quería estar alimentando a éstos sin provecho alguno, sobre todo ya que no se esperaba que se rescatase a los que aun no lo habían sido. Ante esta noticia permaneció aún dos o tres días en una posada, decidida en todo momento a rescatar a su hijo si no se demostraba cierta la noticia de la amnistía o surgía algún peligro para él, cosa muy difícil, pues dada su juventud no se debía considerarle como muy peligroso. Por fin se publicó el perdón, ya que por aquella vez el partido victorioso siguió, por economía, el justo y verdadero principio de hallar satisfacción en la sola victoria y no en la venganza ni en el castigo. Así, pues, el desesperado Federico fué puesto en libertad, y halló a su madre esperándole a la puerta de la prisión. Régula le dió de comer y beber, le vistió la ropa que preparada traía y, llevándose el ahorrado rescate, salió con él para Seldwyla.

Al verse repuesto y limpio al lado de su madre le preguntó cómo le había dejado tanto tiempo en su encierro. Ella le contestó brevemente y, según él notó, con cierta complacencia, que no había podido reunir antes el dinero necesario. Mas él sabía muy bien el estado de los negocios y conocía de dónde y en cuánto tiempo hubiera podido sacarse su rescate. No dejó, pues, que prosperara la

evasiva de su madre y volvió a interrogarla sobre la cuestión, replicando ella que debía darse por contento de haber ganado sin hacer nada y sólo con unos cuantos días más de encierro la suma que representaba su libertad; tanto más cuanto que al mismo tiempo había tenido ocasión de experimentar algo nuevo que quizá le fuera muy útil en lo sucesivo. Seguramente en su forzada ociosidad tenían que habersele ocurrido también a él aquellos pensamientos.

—Lo que veo es que me has dejado encerrado a propósito todo este tiempo—repuso Federico, mirándola con fijeza—. ¿Es que tu autoridad maternal me condenaba también a la prisión?

Régula respondió echándose a reír fuerte y alegremente, como nunca la había él visto. Y cuando después de esto se quedó él sin saber qué cara poner y arrugando la nariz en un gesto perplejo, su madre rió aún con más ganas y, abrazándole, le dió un beso. No volvió el hijo a pronunciar palabra, y desde entonces demostró que también en su encierro había aprendido algo, pues se mantuvo en adelante mucho más firme y estrechamente dueño de sí y no volvió a caer en la tentación de por ceder a un irreflexivo deseo de acción cometer una violencia y poner su persona en peligro para vergüenza propia y sin utilidad para nadie. No es que se jurara no volver a tomar parte en ninguna revuelta, pues no es posible prever los acontecimientos ni tampoco puede nadie ordenar a su sangre que se detenga cuando corre rápida e im-

petuosa por las venas; pero sí se hallaba a cubierto para lo futuro de todo deseo inmotivado de luchas y combates. Esta experiencia dió el fruto de que el joven duplicara su actividad y su acierto en todas las cosas y las entendiera y llevara como un hombre ya hecho, cuando apenas había cumplido los veinte años. Viéndole así la señora de Amrain le casó con la muchacha a quien él quería, y al cabo de un año, habiendo tenido un lindo pequeñuelo, era Federico un hombre completo, siempre de excelente humor, aunque tan serio y mesurado en los negocios como alegre, riendo y satisfecha se mostraba su mujer, la cual se encontraba a maravilla en aquella casa, llevándose muy bien con la suegra a pesar de tener un carácter distinto a ella, es decir, un buen carácter de otro género.

De este modo parecía ya admirablemente coronada la obra educativa de Régula y asegurado el porvenir de su casa, dado que también los dos restantes hijos mayores, que no habían salido muy inteligentes ni activos, pero sí de buena pasta, habían seguido mal que bien las huellas de Federico, y cuando llegaron a ser mayores tuvo su madre la precaución de alejarlos de Seldwyla, poniéndolos en aprendizaje en otras ciudades, en las que continuaron viviendo y echaron las bases de una tranquila existencia, siendo hombres honrados, aunque cómodos y no de gran actividad, de cuya vida hubo después que contar tan poca cosa como antes.

Aun tuvo Federico, a pesar de ser ya todo un padre de familia, que ser aleccionado por Régula

la en una cuestión que hubiera, en cambio, preocupado muy poco a madres de un cuño más vulgar. Hacía ya cerca de dos años que Federico se había casado, cuando la comarca a que Seldwyla pertenecía tuvo que renovar su superior Consejo directivo, para lo cual se celebraban cada cuatro años elecciones, en las que se nombraban también las autoridades administrativas y judiciales. En las últimas elecciones no tenía Federico aún edad suficiente para emitir su voto, y, por lo tanto, eran éstas las primeras en que intervenía. En toda la comarca reinaba una gran tranquilidad. Las ideas contrapuestas se habían ido aproximando y los partidos habían perdido con el roce sus asperezas. En todas partes se trabajaba con aplicación, se derogaban las leyes anticuadas y se hacían otras nuevas, buenas o malas; se construían obras públicas, se procuraba ensayar y ejercitarse en una acertada administración sin innovaciones imprudentes, pero también sin trabas de tradición o precedente, intentándose ocupar a cada uno en el puesto para el que era apto y que administrara fielmente, y, por último, procurando mostrarse justo y atento para con todo el mundo que estuviese guiado por buenas intenciones y no lleno de odios y enemistades. Todo esto era muy aburrido para los seldwylenses, que en tan pacífico desenvolvimiento progresivo no encontraban agitación ni revuelta ninguna de que gozar. Para ellos unas elecciones sin movimiento, reuniones preliminares en las tabernas, discursos, proclamas, maniobras

y maquinaciones secretas y violentos e inesperados cambios y crisis no eran tales elecciones, y, por lo tanto, en aquella ocasión decidieron que era cosa de mal gusto ocuparse y hasta hablar de ellas; tanto más cuanto que por el momento se hallaban todos muy afanados en la fundación por acciones de una fábrica de cerveza y su correspondiente plantación de lúpulo, pues se les había ocurrido de repente que una tal fábrica y buenos y amplios despachos con cómodos salones y terrazas para expender su producto daría una nueva prosperidad a Seldwyla, haciéndola famosa y atrayendo a ella buen número de visitantes. Federico Amrain no tomaba parte en este proyecto, mas tampoco se ocupaba mucho de las elecciones, olvidando el ardiente deseo que tuvo de participar en las celebradas cuatro años antes. Pensaba que yendo todo tan bien como iba en la comarca no había necesidad de ocuparse de la cosa pública y que los engranajes de la máquina política y administrativa no se pararían porque él dejase de votar. Le molestaba además encerrarse en la iglesia, que era donde se celebraba la elección, en la sola compañía de algunos ancianos, mientras que fuera hacía un día espléndido; aparte de que le parecía un signo de ridículo filisteísmo el interesarse por las elecciones de aquel año, que sólo constituían el cumplimiento de un pacífico y regular deber. Federico no esquivaba el cumplimiento de sus obligaciones, pero sí odiaba, como todos los jóvenes, aquellos pequeños deberes que nos fuerzan en horas inoportunas a

vestir nuestro traje de gala y coger nuestro mejor sombrero para presentarnos en un lugar triste o aburrido, sea una capilla bautismal, un cementerio o un Juzgado. La señora de Amrain consideraba, empero, la actitud que los seldwylenses habían tomado ante estas elecciones como en extremo inaceptable y desvergonzada, y precisamente porque nadie iba a acudir a ellas deseaba con doble fuerza que su hijo tomase parte. Para conseguirlo recurrió a su nuera, comprometiéndola a que convenciera a su marido de que debía asistir a la junta el día de la elección y dar su voto al que le pareciera más honrado. Mas la joven esposa no debió de saber desplegar la suficiente elocuencia en una cuestión que no le interesaba tampoco mucho personalmente, o quizá su marido no estaba dispuesto a aceptar una nueva educadora; el caso es que en la mañana en cuestión salió muy temprano para su cantera, poniéndose a trabajar en ella como si aquel día hubiera de acabarse todo el trabajo del mundo y ya al siguiente no luciera el sol. Su madre se indignó al ver esto y apostó consigo misma su cabeza a que aun concurriría su hijo a la iglesia. Peinó sus todavía negros y relucientes cabellos, cubrió su cabeza con un ancho sombrero de paja y, cogiendo la levita y el sombrero de Federico, salió de la ciudad, dirigiéndose a la cercana montaña sobre la que estaba situada la extensa cantera. Al subir por el sinuoso camino por el que se bajaban las cargas de piedra observó cuánto había profundizado el tajo en las entrañas del monte al

cabo de los últimos veinte años y pudo contemplar la buena herencia que había sabido ganar y conservar para sus hijos. En diversos lugares de la cantera trabajaban numerosos obreros, dirigidos desde mucho tiempo atrás por Federico, sin necesidad de capataz ni encargado alguno, y, arriba del todo, donde verdes encinas coronaban la blancura de las piedras recién cortadas, vió Régula a su hijo, que, en mangas de camisa, pues se había despojado de chaqueta y chaleco, observaba en unión de otros obreros algo que debía estar haciéndose en aquel punto. Simultáneamente la vieron los de arriba y le gritaron que tuviese cuidado. Régula se cobijó bajo unas rocas, y al poco tiempo rompió el silencio una fuerte detonación que estalló en la cima del monte, y una lluvia de arena y pequeños guijarros cayó en torno suyo. «Ahora cree—se dijo a sí misma—que hace una heroicidad lanzando aquí piedras hacia el cielo en vez de cumplir sus deberes de ciudadano.» Cuando llegó arriba y pudo respirar tranquilamente, su hijo, después de haber echado una rápida mirada de través a su sombrero y su levita, que Régula le traía, quiso fingir que no los veía y se puso a observar los efectos del barreno y a medir las dimensiones de los bloques arrancados. Mas como no podía evitar el saludar a su madre se acercó a ella y le dijo:

—Buenos días, madre. ¿Has salido a dar un paseo? Hace un tiempo hermoso para ello.

Y quiso alejarse de nuevo; mas ella le cogió de la mano y le llevó aparte, diciéndole:

—Te traigo tu levita y tu sombrero. Complácame y vé a las elecciones. Es una verdadera vergüenza que nadie de la ciudad se ocupe de ellas.

—¡Es lo único que me faltaba!—replicó Federico impaciente—. ¡Tener que encerrarme en la iglesia haciendo un tiempo tan admirable y aburrirme ofreciendo candidaturas! No te faltará también un entierro a que hacerme ir esta tarde, para que así pierda por completo el día. Que las mujeres nos mandéis siempre a todos los bautizos y entierros es cosa ya sabida; pero lo que me coge de nuevas es que os ocupéis de política.

—Vergüenza os debía dar—dijo Régula—el que tengan las mujeres que enseñaros lo que debéis hacer y lo que constituye vuestra obligación como ciudadanos.

—No creo que mi falta sea tan grave—repuso él—. ¿Desde cuándo ha de detenerse la marcha del Estado porque vaya un ciudadano más o menos a las elecciones? ¿Y desde cuándo es de absoluta necesidad el que yo tome parte en la cuestión política?

—No es la modestia lo que te hace decir eso—exclamó la madre—, sino un encubierto orgullo. Si algo extraordinario sucediese creerías necesario tu concurso. Lo que sucede es que despreciáis la tranquila marcha de las cosas y os tenéis en mucho para molestaros cuando nada ocurre fuera de lo natural y justo.

—Pero es ridículo el presentarse allí solo. Todo el mundo le ve ir a uno a la iglesia, donde sabe

que no va a encontrar mas que a las ratas de sacristía.

La señora de Amrain replicó, sin ceder:

—No basta que dejes de hacer lo que en los seldwylenses encuentras ridículo. Es preciso que hagas también lo que así les parece a ellos, pues el que ellos lo hallen risible es segura señal de que es algo bueno y razonable. A los pájaros se los conoce por sus plumas y a los de Seldwyla por las cosas que tachan de ridículas. A todo lo que carece de importancia, diversiones vanas, comadreo y convites, procuráis siempre acudir puntualmente; pero cuando se trata de asistir con regularidad, una vez cada cuatro años, a la junta electoral que constituye el fundamento de nuestra forma de gobierno y de nuestro derecho público, lo halláis aburrido, insoportable y ridículo. El bien de la nación ha de adaptarse a vuestra propia comodidad y al capricho de cada uno. ¡Luego pediréis que se os respeten vuestros derechos!; mas cuando éstos adquieren el más ligero tinte de obligación halláis que en lo que precisamente consiste vuestro derecho es en el de no ejercitar ninguno. Queréis representar un Estado libre y sois demasiado perezosos para sacrificarle medio día cada cuatro años, dedicando alguna atención a la obra del Gobierno anterior y exteriorizando con vuestro voto vuestra conformidad o disgusto por ella. No me digas que acudirías si lo creyeses necesario. El que sólo acude cuando bien le parece o cuando quiere satisfacer algún apasionamiento personal o político, se expone a faltar

el día en que verdaderamente le interese y quedarse con dos palmos de narices. Cada obrero merece el premio a su trabajo. Así también el que trabaja por el bien de su patria y se cuida de sus asuntos públicos, los cuales tienen honda influencia en todas y cada una de las casas y en su marcha y disposición. Sólo ya la buena educación y la cortesía para con los hombres en quienes ponéis vuestra confianza exigirían que, por lo menos en este día, os encontrasen reunidos a todos, para que viesen que su posición estaba fundada en una voluntad general y no en el aire. La consideración hacia los vecinos y el ejemplo que dar a los menores exigen también que este acto se celebre con dignidad y decoro; mas todo esto no existe para estos héroes, que lo encuentran incómodo y ridículo y en cambio observan la mayor puntualidad para acudir a una partida de bolos o asistir a una insípida y poco graciosa chanza. ¿Qué pasaría si todas las autoridades, molestas por vuestra descortesía, renunciaran a una sus cargos, dejando que os las arreglarais como pudieseis? No arguyas que esto no sucederá nunca. Estará siempre dentro de lo posible, y si alguna vez sucediese, vuestra independencia estaría tan segura como la manteca puesta al sol, pues esta independencia sólo puede utilizarse y exteriorizarse en tiempos de paz por medio de buenas costumbres, orden, buen desempeño de las funciones y fuertes sanciones para el perturbador. Por lo menos, la más contraria manera de usar y demostrar esa inde-

pendencia es la de no intervenir en nada. ¿Y por qué? Porque no os da la gana. No te enfades conmigo si te digo que esas ideas son infantiles y nada propias de un ciudadano consciente y que si creéis que tal conducta os favorece estáis en un error. Pero os empeñáis en quitaros a vosotros mismos la paz y la tranquilidad, y, con objeto de que las cosas, aunque vosotros no hagáis nada para mejorarlas, aparezcan vagamente mal fundadas, no tomáis parte en la elección, dejando que la arreglen a su gusto cuatro empleados municipales, con el fin de que, como antes he dicho, cuando llegue la ocasión pueda gritarse desde este nido seldwylense que el Poder público no tiene sostén ninguno en el pueblo. Eso es una bribonada; y menos mal que vuestra fuerza no alcanza más allá de los vacilantes muros de vuestra ciudad.

—¡Vuestra ciudad!—exclamó Federico sin poder contenerse.— ¿Qué tengo yo que ver con los de Seldwyla? Si ellos tienen esos indignos pensamientos y se guían por móviles tan miserables ¿qué me importa a mí lo que hagan?

—Está bien—respondióle Régula—. Entonces condúcete también en esta cuestión de un modo contrario al de ellos y vé a la elección.

—¿Para que además de todo—replicó su hijo sonriendo—digan que el único seldwylense que asistió a ellas fué mandado y enviado por las mujeres?

La señora de Amrain puso una mano sobre el hombro de Federico y repuso:

—Si se dice que has ido porque te lo aconsejó

tu madre, ello no constituye vergüenza para ti; para mí es un honor el que me obedezca aún un hombre tan hecho y derecho como tú. Estaría muy orgullosa de ello; y en último caso, bien puedes darme ese gusto sólo por complacerme, ¿no es verdad?

Federico no tuvo ya a esto nada que replicar y se puso su levita y su sombrero ciudadanos. Al bajar por los flancos de la montaña, al lado de la excelente mujer, le dijo:

—Nunca te he oído hablar tanto de política como hoy. No creí que pudieras pronunciar tan largos discursos.

Régula se echó a reír; mas luego respondió con gravedad:

—Lo que he dicho tiene menos intención política que maternal y familiar. Si no tuvieras mujer y un hijo no se me hubiera quizá ocurrido decirte nada; mas como veo un hogar de mi propia sangre bien dispuesto para lo futuro, considero una parte de la herencia que a ese hogar pertenece el que en él se observe la justa medida en todas las cosas. Cuando los hijos ven y aprenden tempranamente cómo se debe honrar las cosas públicas, ello los preserva quizá de locuras injustas e irreflexivas. Además, si respetan esto y lo hacen con constancia, observarán con las demás cosas igual conducta. Ya ves que he obrado como madre y abuela prudente y sólo por el bien de mi casa, aunque la gente, si supiera lo que he hecho, diría que era la más furiosa vieja política.

Federico halló en la iglesia apenas unas cuantas docenas de hombres en vez de los seiscientos o setecientos que hubieran debido reunirse, y los que habían acudido eran en su mayoría campesinos de las aldeas vecinas, que emitían su voto con los habitantes de la ciudad. Estos campesinos debían formar un número seis veces mayor; pero como los que no habían venido era por estar trabajando en sus campos y regándolos con el sudor de su frente, su falta era menor por no ser motivada mas que por una inofensiva inadvertencia o por la avaricia campesina de aprovechar el buen tiempo para el trabajo, siendo la presencia de los que habían acudido tanto más loable cuanto que habían tenido que andar un buen trecho de camino. De la ciudad no había venido nadie, excepto el alcalde, que tenía que dirigir la elección, un escribiente para levantar el acta de ella, el sereno y dos o tres pobres diablos que no tenían dinero para estar con los alegres seldwylenses en la taberna echando el trago mañanero. El señor presidente era un posadero que se había declarado en quiebra hacía ya algunos años y, sin haber pagado a ningún acreedor, había continuado ejerciendo su industria poniendo la posada a nombre de su mujer. Sus conciudadanos le apoyaron en esta ilegalidad, pues le estimaban como hombre que sabía discursar de lo lindo y experimentado posadero perito en toda clase de tratos y negocios. Mas el hecho de que llegase a ocupar la alcaldía y presidiese las votaciones pertenecía a aquellos pecados que los seldwylenses

iban dejando acumularse hasta que el Gobierno amenazaba enviar a su Ayuntamiento una Comisión investigadora. Parte de los campesinos sabía que aquel presidente no ocupaba con legalidad su puesto; pero eran demasiado rudos y de lenta decisión para emprender nada contra él; de manera que entre el alcalde y sus dos o tres auxiliares hubieran terminado la elección a su gusto en un abrir y cerrar de ojos si, al entrar Federico y ver que no se hallaba totalmente solo, no hubiese pedido la palabra, invadido por un repentino espíritu emprendedor, y protestado de que ocupase la presidencia un hombre a quien la quiebra fraudulenta había privado de sus derechos públicos.

Esto fué como un rayo que cayera estando el cielo sereno y despejado. El audaz posadero puso una cara como la de alguien que hubiese estado enterrado durante mil años y resucitase de repente. Todas las miradas convergieron en el osado orador; pero la cuestión era tan infantilmente sencilla que nadie puso el menor reparo ni se entabló la más ligera discusión. Cuanto más inaudito e inesperado era el acontecimiento, más natural y comprensible parecía después de sucedido, encolerizando e indignando a los dos o tres seldwylenses que lo habían presenciado, y que, sin poder evitar que en el fondo lo encontrasen justo y lógico, maldecían del joven Amrain, de los campesinos, de sí mismos y del Destino, que permitía que un solo hombre con unas cuantas palabras derribase a los poderosos e hiciese variar el rumbo de las cosas. El

señor presidente usurpador, después de quedarse mudo de sorpresa durante algunos minutos, tras los cuales seguía tan poco inteligente como antes, dijo solamente:

—Si... si se encuentra que no puedo ocupar el cargo de presidente..., no quiero discutir..., habrá que elegir otro. Ruego, pues, a la digna reunión que proceda a elegirlo. Los contadores de votos repartirán las papeletas para la elección.

—No tenéis derecho ninguno a proponer aquí nada ni a dar órdenes a los contadores—gritó Federico Amrain.

Y el importante magnate-posadero tuvo que limitarse a encontrar de nuevo que lo inaudito era tan comprensible que tocaba con lo trivial, y sin decir una palabra más, abandonó la iglesia, seguido por el aturdido sereno y el par de bribones seldwylenses. Sólo quedó en ella el escribiente, para seguir levantando el acta, y Federico Amrain se puso a su lado viendo lo que escribía. Los campesinos salieron por fin de su asombro y aprovecharon la ocasión para dar término rápidamente a la elección y elegir en el puesto de los dos antiguos miembros del Concejo a dos honrados varones de su comarca, a los que hacía tiempo que hubieran deseado ver ocupando dichos cargos si los seldwylenses hubieran hecho sitio para ellos. Esto no entraba en el plan de los de la ciudad, que no habían acudido a la elección creyendo que entre su presidente y el sereno terminarían en seguida el negocio reeligiendo a los dos fantasmones en un

cuarto de hora de retiro en una escondida habitación. Fué, pues, enorme su sorpresa cuando, asustados por el expulsado presidente, llegaron corriendo en tropel y encontraron terminada la votación y concluida el acta, en la que constaban su perfecta legalidad y su resultado. Sonriendo tranquilamente se dispersaron los campesinos en busca de sus hogares; mas Federico Amrain, al atravesar la ciudad para dirigirse a su casa, fué contemplado por sus conciudadanos con miradas de indignación, burla u hostilidad. Uno dejaba escapar a su paso un «¡ah!» burlón, otro un «¡oh!» indignado, y Federico sintió que por vez primera tenía enemigos, y por cierto más peligrosos que aquellos otros contra los que había salido años antes bien provisto de pólvora y balas. Se daba cuenta también de que, ya que se había permitido juzgar tan inflexiblemente a un hombre que le llevaba veinte años, tendría que guardarse en adelante con mayor cuidado de caer nunca en falta, y con todo esto vió que la vida presentaba ahora para él otro aspecto distinto en absoluto del que le mostraba aún no hacía dos horas. Sumido en graves pensamientos entró en su casa, proponiéndose, para animarse y distraerse, preguntar a su madre si esta transformación de las cosas era también conveniente, ya que ella había sido la causa de que él arrostrara lo que tan peligrosas consecuencias podía traer.

Mas apenas pisó los umbrales de su casa le salió su madre al encuentro, y abrazándose a él le dijo llorando:

—Tu padre ha vuelto.

Mas al ver que esta noticia le ponía aún más confuso e indeciso de lo que ella lo estaba, agregó, dominándose, después de estrecharlo contra su pecho:

—No tengas cuidado, no trastornará de nuevo nuestra vida. Sube y muéstrate afable con él, como corresponde a un hijo.

De este modo las circunstancias habían transformado una vez más la marcha de las cosas. Pocos momentos antes, al venir hacia su casa, le parecía muy grave el encontrarse ante la enemiga de toda una ciudad, y ahora ¿qué significaba eso al lado de hallarse de repente ante un padre que no había llegado a conocer y del que sólo sabía que era un hombre vano, impulsivo e irreflexivo, que había vagado por todo el mundo durante veinte años y sabe Dios en qué clase de aventurero extraño y sospechoso vendría ahora convertido?

—¿De dónde viene? ¿Qué quiere? ¿Cómo es? ¿A qué viene?—preguntó ansioso.

—Parece ser que ha tenido suerte y ha logrado reunir algún dinero—respondió su madre—. Ahora viene dándose mucha importancia y con aire protector, pero siempre queriendo dominarnos. Su aspecto es orgulloso y extraño; mas en seguida he visto que sigue siendo el mismo de siempre.

Federico entró en curiosidad y subió la escalera con seguro paso, dirigiéndose a la habitación en que se hallaba su padre, mientras que Régula, atravesando la cocina, tomó otro camino y en-

tró en el cuarto al mismo tiempo. El mejor premio para sus afanes y su mayor triunfo le parecía ser el presenciar cómo se oponía ahora a su marido su propio hijo, educado por ella. Cuando Federico abrió la puerta y penetró en la habitación vió sentado ante la mesa a un hombre corpulento y pesado, pero tan parecido a él que creyó verse con veinte años más sobre sus espaldas. El extranjero estaba bien vestido, aunque con algún desorden, y su mirada era serena y obstinada, pero un tanto vaga e imprecisa. Al ver entrar a Federico se levantó asustado ante aquel su retrato juvenil tan alto y erguido como él y con igual expresión serena y obstinada, pero más humilde y con menor descaro que la del aventurero. Este le preguntó, con la tranquila desvergiencia de los perdidos:

—¿Conque tú eres mi hijo?

Federico bajó los ojos, ruborizándose; mas los volvió a levantar en seguida, fijándolos bondadosamente en el anciano, y contestó con voz serena:

—Sí, y me alegra mucho el volver a hallar por fin a mi padre en esta casa.

Luego, cuando Amrain le dió la mano, estrechándosela con fanfarrona fuerza para anunciarle su dominio y poderío sobre él, respondió el hijo inmediatamente a la presión con un triplicado vigor, de manera que su propia fuerza subió como un rayo por el brazo del padre, apaciguando sus ímpetus. Con tranquila cortesía le hizo sentar en un cómodo sillón ante la mesa, sentándose él a su lado, mientras la madre, sin casi hablar palabra

adoptó la conducta de hacer a su marido en toda regla los honores de su casa, sirviéndole una excelente comida y el mejor de sus vinos. Con ello se mitigó el embarazo del padre al verse sentado entre su mujer y su hijo, y el alabar las viandas y el vino le dió pie para expresar su satisfacción de hallar que tampoco a ellos les había ido mal durante su ausencia, cosa que los llevó a explicarse sus situaciones respectivas. Régula y su hijo no trataron de ocultarle nada, y con toda franqueza le pusieron al corriente del estado de su fortuna y la marcha del negocio. Federico trajo los libros y papeles a él referentes y le explicó todo con tanta claridad y precisión que el padre se quedó con la boca abierta ante lo acertadamente que habían dirigido la empresa y la buena situación pecuniaria a que había llegado su familia. Luego se levantó y dijo:

—Veo que os va muy bien y habéis logrado mucho, cosa que me agrada infinito. Mas yo tampoco vuelvo con las manos vacías y he podido ganar unos céntimos a fuerza de trabajo y actividad.

Diciendo esto sacó unas cuantas letras de cambio y un cinturón lleno de monedas de oro, arrojándolo todo sobre la mesa. Habría en conjunto algunos millares de florines. Mas lo que no dijo es que no los había ganado poco a poco, sino que los había pescado de una vez, por un capricho de la suerte, después de haber vagado largo tiempo miserablemente por todos los estados norteamericanos.

—Esto —continuó— lo agregaremos en seguida al



negocio y lo continuaremos uniendo nuestras fuerzas. Tengo muchas ganas de ocuparme de nuevo de él y, ahora que puedo, jugar alguna mala pasada a los perros que me hicieron huir de aquí.

Su hijo le sirvió tranquilamente vino en el vaso y replicó:

—Yo le aconsejaría a usted, padre, que primero descansara y se repusiera de sus fatigas. Sus deudas están pagadas hace ya mucho tiempo; de manera que puede usted emplear el dinero en lo que mejor le parezca, y además, en nuestra casa no ha de faltarle a usted nada. Pero por lo que respecta al negocio, yo lo he estudiado desde muy pequeño y sé por qué fracasó usted en él. Ahora, para que siga prosperando y no marche hacia atrás, necesito tener libertad absoluta en su dirección y manejo. Si ello le agrada a usted puede usted ayudar un poco o ver cómo van los trabajos, cosa que bastará para proporcionarle distracción. Mas aunque fuera usted no sólo mi padre, sino un ángel bajado del cielo, no quisiera yo tenerlo como formal socio en él, pues no ha estudiado usted el oficio y, perdóneme usted si soy descortés, no entiende usted nada de él.

El padre se quedó disgustado y confuso ante estas palabras; pero no supo qué responder viendo la decisión con que habían sido pronunciadas y que su hijo sabía muy bien lo que quería. Recogió sus riquezas y salió para darse una vuelta por la ciudad, entrando en varias hosterías; mas las encontró ocupadas por gente nueva y desconocida

para él, dado que sus contemporáneos no alternaban ya en estas casas y se habían retirado hacia muchos años a la obscuridad. Además, sus costumbres se habían modificado en América, donde tuvo que acostumbrarse a beber su vaso sin sentarse, para proseguir en seguida con urgencia la monosilábica lucha por la vida; había además presenciado, ya que no efectuado, un trabajo intenso y continuado y se había avisado un poco entre los americanos, de manera que la eterna charla ante las sucias mesas no le atraía ya lo más mínimo. Sentía que en su bien acondicionada casa estaría mejor que en ninguna de aquellas tabernas, e involuntariamente tornó a ella, sin saber aún si debía quedarse allí a vivir o volver a marcharse. En estas dudas entró en el cuarto que para él habían preparado, tiró su dinero con gesto de disgusto en un rincón y, sentándose a caballo en una silla, apoyó en el respaldo su gran cabeza confusa y conturbada y rompió a llorar con amargura. En esto entró su mujer, vió que se sentía miserable, y tuvo que respetar aquel sentimiento. Mas en cuanto halló en él algo que merecía respeto y consideración volvió a sentir instantáneamente su amor por él. No le habló, pero permaneció el resto del día a su lado, ordenando esto o aquello para su mayor comodidad, y por último se sentó en silencio, con su labor, junto a la ventana. Poco a poco fué entablándose un diálogo entre los por tanto tiempo separados esposos. Lo que hablaron fuera difícil de describir; pero ambos se encontraron mejor después y el vie-

jo padre se dejó en adelante educar y guiar un poco sin protesta por su bien educado hijo, el cual no cayó tampoco en ninguna falta contra el amor filial. Mas este extraño curso duró muy poco, y el padre continuó participando en el trabajo como hombre sosegado y en quien se podía confiar, cierto es que con algunos descansos y apartamientos del buen camino, pero siempre sin perjudicar ni deshorrar el floreciente estado de la casa. Vivieron todos contentos y en buena posición, y la semilla de la señora Régula floreció con tal fuerza en aquella casa que también los numerosos hijos de Federico quedaron asegurados de toda ruina. Ella misma, al morir, se estiró orgullosa, y nunca entró en la iglesia un tan largo ataúd de mujer ni fué nunca enterrado en Seldwyla más noble cadáver.

LOS TRES HONRADOS PEINEROS

Los hombres de Seldwyla han demostrado que toda una ciudad de pecadores irreflexivos puede mantenerse en pie y prosperar a través de los tiempos y sus transformaciones. En cambio, los tres peineros probaron que tres hombres justos y honrados no pueden vivir mucho tiempo bajo el mismo techo sin tirarse los trastos a la cabeza. Al llamar justos a los tres héroes de esta historia no queremos significar que poseyeran la divina virtud que abre las puertas celestiales, ni tampoco la virtud humana de dar a cada uno lo que le corresponde y juzgarlo con serena conciencia, sino que nos referimos a aquella otra semivirtud, desprovista de todo calor vital, que hace a los que la poseen suprimir del Padrenuestro las palabras «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», pues son tan incapaces de contraerlas como de permitir que nadie les deba nada, y viven sin hacer mal a nadie, pero tampoco bien, gustándoles trabajar y ganar dinero, pero no gastarlo, y llevando a cabo su tarea sin entusiasmo ni alegría, con la vista fija en el provecho que de ella han de sacar. Estos justos no

dejan extinguirse sus lámparas, mas tampoco encienden ninguna nueva, y nunca de ellos ha salido nada luminoso. Se dedican a toda clase de menesteres y todos les parecen buenos, siempre que no resulte peligro alguno para sus personas, prefiriendo para establecerse aquellos sitios en que a su juicio existen muchos pecadores, porque si entre ellos no los hubiera perdería valor su virtud y la ejercerían en vano, gastándose inútilmente como piedras de molino que giran una contra otra sin que haya trigo entre ellas. Cuando les sucede alguna desgracia protestan como si los desollaran vivos y se asombran de que tal les ocurra a ellos, que nunca han hecho mal a nadie, pues consideran el mundo como un seguro lugar, vigilado por una severa policía, en el cual nadie tiene que temer castigo o multa ninguna si se cuida de barrer bien el trozo de calle que corresponde a la puerta de su casa, de sujetar las macetas para que no se caigan y de no verter agua por las ventanas.

Existía en Seldwyla desde mucho tiempo atrás un taller de peinería que, siguiendo la marcha fatal de todo lo que en aquella ciudad se fundaba, solía cambiar de dueño cada cinco o seis años, a pesar de que bien dirigido pudiera constituir un buen negocio, dado que todos los vendedores ambulantes que acudían a las ferias de los lugares comarcanos venían a Seldwyla a surtirse de peines y otros artículos de asta. Además de los peines comunes y corrientes se fabricaban las más maravillosas peinetas, destinadas al adorno de las be-

llezas aldeanas y las sirvientas de la ciudad. Estas peinetas se hacían de la mejor y más transparente asta de buey y en ellas demostraban su arte los oficiales peñeros, pues el maestro no trabajaba nunca, tratando de que el asta imitase las rojizas y blanquecinas aguas de la concha y dando a estas aguas los contornos que a cada uno sugería su artística imaginación, de manera que mirando la luz a través de aquellas peinetas parecían verse las más magníficas puestas de sol con sus rojos celajes estivales o entre negros y tormentosos nubarrones; toda clase, en fin, de coloreados fenómenos naturales. Durante el verano, época en que los oficiales gustaban de vagar de pueblo en pueblo, siendo difícil encontrar alguno que quisiera quedar fijo en el taller, se los trataba con gran cortesía, dándoles buen jornal y excelente comida; mas en invierno, cuando todos buscaban un refugio y era, por tanto, muy fácil disponer de cuantos se quisiera, tenían que doblegarse a las exigencias del maestro y fabricar peines y más peines por una escasa retribución. En esta época, al llegar la hora de comer, ponía la maestra un día tras otro sobre la mesa una fuente de coles, y el maestro decía: «¡Vaya un rico pescado!», y si alguno de los oficiales osaba replicar: «Perdóneme, me parece que son coles», era despedido inmediatamente y tenía que lanzarse a buscar trabajo de pueblo en pueblo entre el frío y la nieve invernales. Pero en cuanto comenzaban a verdear las praderas y quedaban practicables los caminos, insistían los oficiales a

la hora de comer en que aquello era un plato de coles y comenzaban a preparar su hatillo. Entonces, aunque la maestra cortara un pedazo de jamón y lo pusiese sobre las coles y aunque el maestro exclamase: «¡Dios mío! ¡Creí en serio que era un plato de pescado! Pero eso que ha traído mi mujer sí que es jamón de veras», se despedían, ansiosos de libertad y hartos de dormir todo el invierno tres en una misma cama, magullándose a fuerza de codazos y empujones y helándose por no alcanzar la manta para todos.

Una vez llegó al taller un apacible y ordenado obrero que venía de Sajonia, su tierra natal, y que se acomodaba a todo, trabajaba como un animalito, no se dejaba distraer por nada y llegó a ser en la casa una especie de consejero permanente, viendo cambiar de dueño el taller repetidas veces, pues en aquellos años se sucedieron los maestros aun con mayor rapidez que de costumbre. Job, que así se llamaba, ocupaba en la cama el mejor sitio, junto a la pared, conservándolo invierno y verano, aceptaba gustoso las coles por pescado y daba rendidas gracias por el trozo de jamón que le servían en primavera. No gastaba ni un céntimo y ahorraaba con igual cuidado sus jornales, fueran éstos pequeños o grandes, según las épocas. No vivía como sus compañeros, ni bebía jamás, ni se trataba con ningún labrador ni con ningún oficial de su industria, y por toda distracción se colocaba al anochecer a la puerta de la casa, charlando con las viejas que pasaban y ayu-

dándolas, cuando se encontraba de humor de gastar algo, aunque sólo fuesen fuerzas, a colocarse los cántaros de agua sobre la cabeza. Se acostaba luego con las gallinas, salvo si había mucho trabajo, en cuyo caso velaba toda la noche, con tal de ganar un jornal extraordinario. Los domingos trabajaba también toda la mañana aunque hiciese un tiempo espléndido; mas no se crea que este continuo laborar era debido a un intenso amor al trabajo, pues no proporcionaba a Job alegría ninguna, y aunque nadie le obligaba a atarearse tanto estaba siempre suspirando y quejándose de lo penoso de su vida. Cuando llegaba la tarde del domingo salía con el sucio traje de faena y atravesaba la calle arrastrando unas destrozadas zapatillas para dirigirse a casa de la lavandera a recoger una camisa limpia, una postiza pechera planchada, el alto cuello tieso y un pañuelo de los escasos que poseía. Llevando todas estas magnificencias sobre los brazos, extendidos hacia delante en forma de bandeja, retornaba luego a su casa con paso digno y elegante. Hemos observado que todos los oficiales y aprendices, cuando salen a la calle con el pringoso delantal de trabajo y en chancletas, se cuidan, a pesar de su facha, de andar con paso grave y mesurado, como si flotasen en elevadas esferas, sobresaliendo en este arte los ilustrados encuadernadores, los alegres zapateros y los menos numerosos y más originales obreros en peinería. Llegado a su casa meditaba aún un rato sobre si verdaderamente debía ponerse la camisa lim-

pia y la planchada pechera, pues su apacible honradez no impedía a Job ser también un perfecto cochino, o si podía aún tirar otra semana con la que llevaba puesta no saliendo a aquel domingo a paseo y poniéndose a trabajar un poco en el taller. Si se decidía por esto último se sentaba en su banqueta, suspirando por lo duro y penoso de su vida, y emprendía su labor de ir cortando las púas de un peine o convirtiendo el cuerno en delgadas placas que querían imitar la concha. Esto último lo hacía con una absoluta carencia de fantasía, orinando todas las peinetas con el mismo poco gracioso dibujo, pues cuando una cosa podía ser hecha siempre de la misma manera no se tomaba él ningún trabajo en variarla. Si, por el contrario, se resolvía a dar un paseo, gastaba una o dos horas en acicalarse torpemente, cogía un bastoncito y marchaba lleno de tiesura hacia las puertas de la ciudad, deteniéndose y entablando aburridas conversaciones con otros paseantes que tampoco habían hallado cosa mejor que hacer, y que eran en su mayoría viejos seldwylenses, sin dos pesetas que poder gastarse aquel domingo en la taberna. Con ellos se detenía ante una obra, un sembrado, un manzano estropeado por la tormenta o una nueva fábrica de hilados, y charlaba inagotablemente sobre la utilidad y costo de aquellas cosas o sobre el estado y las promesas de la cosecha, sin entender de todo ello maldita la cosa. Tampoco es que le importara nada; pero de este modo pasaba el tiempo entretenido y sin gastar un céntimo, y aquellos

con quien hablaba, no entendiendo tampoco una palabra de dichos asuntos, le proclamaban como el más honrado y razonable sajón de toda Sajonia. Cuando los seldwylenses formaron una sociedad por acciones para construir una fábrica de cerveza, negocio del que se prometían maravillas, Job dedicó muchas tardes domingueras, desde que fueron plantados los cimientos y empezó a poder verse la amplitud de la obra proyectada, a inspeccionar su marcha y sus progresos con un gran interés y miradas de conocedor, como si fuese un viejo perito en arquitectura o un empedernido bebedor de cerveza. «¡Vaya una obra!—repetía una y otra vez—. ¡Qué fábrica más estupenda! ¡Habrà que ver el dinero que cueste! ¡Lástima que no hayan hecho esta bóveda un poco más curva y los muros un poquito más gruesos!» Al decir esto no pensaba en nada más que en volver a casa a la hora de la cena, pues el único perjuicio que hacía a su maestra era el de no perder nunca la cena del domingo, a ejemplo de otros oficiales, sino que permanecía solo en la casa para no perderla, o tomaba otras precauciones con igual objeto, y después de haber comido su pedazo de asado o su salchicha gusaneaba un rato en su cuarto y se metía en la cama. A esto llamaba él haber pasado un excelente domingo.

Toda esta su apacible, honrada y modesta manera de ser no dejaba, sin embargo, de mezclarse a veces con una cierta sombra de ironía interior, como si ocultamente se burlase de la ligereza y va-

nidad generales despreciando la importancia que los demás prestaban a sus asuntos propios y tuviera él un oculto plan cuya realización hubiese de elevarle en cien codos por encima de las gentes vulgares. De cuando en cuando, y sobre todo mientras pronunciaba sus peritos discursos dominigueros, ponía una cara tan astuta que se le notaba que, escondidas en lo más íntimo de su pensamiento, llevaba él cosas mucho más importantes que aquellas que parecía admirar, y al lado de las cuales todo lo que los otros emprendían, construían o fundaban no eran sino juegos de niños. Este maravilloso proyecto que consigo llevaba, y que constituía la estrella que le guió durante todos los años que trabajó en Seldwyla, era el de ahorrar sus jornales hasta reunir lo suficiente para adueñarse del taller en una de las muchas ocasiones en que el negocio se traspasaba. Tal era el fundamento de todos sus desvelos, pues había observado lo mucho que podía prosperar en Seldwyla un hombre ahorrativo y aplicado que fuera derechamente por su camino propio y supiera sacar de la ligereza de los demás todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes. Una vez dueño del negocio, pensaba ganar en poco tiempo lo bastante para avecindarse en Seldwyla, proponiéndose entonces vivir tan sabia y prósperamente como nadie de allí, no ocuparse de nada que no condujera a aumentar su bienestar y, no gastando un ochavo, atraer a su bolsillo los más que le fuera posible pescar en el revuelto río de la alegre y

despreocupada ciudad. Este plan era tan sencillo como acertado y posible de conseguir; tanto más, cuanto que lo iba ya poniendo en práctica con todo cuidado y perseverancia, y ya había logrado reunir una bonita suma, que conservaba cuidadosamente intacta y que, según cálculo seguro, llegaría a redondearse con el tiempo lo bastante para la consecución de su propósito. Pero lo inhumano de este plan consistía en que Job lo había forjado sin que nada le inclinase a permanecer en Seldwyla: ni una preferencia por aquella comarca, ni por sus habitantes, ni por su constitución política, ni mucho menos por sus costumbres. Todo esto le era tan indiferente como su propia patria, la cual no añoraba, en absoluto. En cien lugares del mundo se hubiera logrado mantener con su aplicación y su honradez tan bien como en Seldwyla; pero su mezquina inteligencia no le permitía una libre elección, dado que el único consejo que daba a su voluntad era el de agarrarse como una sanguijuela al primer sitio en que había visto una posibilidad de hallar alimento suficiente y poder engordar sin necesidad de moverse. «¿Donde me va bien, allí está mi patria!» dice un proverbio; pero tales palabras sólo pueden justificarse en boca de aquellos que han hallado en una nueva patria el bienestar que en la propia les faltaba, aquellos que con firme decisión han salido mundo adelante a buscar fortuna con el propósito de regresar ricos a sus hogares, o aquellos otros que huyendo en bandada de su tierra natal, obligados

por la miseria o las persecuciones políticas, han fundado una nueva patria allende los mares. Mas todos estos y los que en la emigración han hallado más fieles amigos que en su nación o han sido retenidos por amorosos lazos, llegan siempre a amar a su nueva patria. Job, en cambio, no se daba siquiera cuenta de dónde se hallaba. Los usos y costumbres de los suizos eran para él incomprensibles y sólo le inspiraban estas o parecidas palabras: «Sí, sí, los suizos son muy aficionados a la política, cosa seguramente muy bonita cuando se le tiene afición; pero yo, por mi parte, no entiendo nada de ella, pues en mi tierra nadie se ocupa de eso.» Las costumbres de Seldwyla le repugnaban y le daban miedo, y cuando se armaban un tumulto o una manifestación se escondía temblando en el último rincón del taller, temeroso de saqueos y asesinatos; y, sin embargo, su único pensamiento y su gran secreto eran permanecer en aquella ciudad hasta el fin de sus días. Por todos los lugares de la tierra se encuentran esparcidos tales justos, que se han fijado en ellos por la única razón de haber hallado una espita de la que sacar el jugo necesario para su buen prosperar, y se agarran a chupar de ella en silencio, sin añoranza para con su antigua patria ni amor a la nueva, sin una mirada para la lejanía ni para las cosas próximas, pareciéndose menos a un hombre libre que a aquellos organismos maravillosos, animalitos o semillas de plantas, que son arrastrados por el aire o el agua hasta el sitio propio a su florecimiento.

De este modo vivió Job en Seldwyla año tras año, aumentando poco a poco su tesoro, que mantenía escondido bajo una baldosa de su cuarto. Ningún sastre de la ciudad podía vanagloriarse de haber ganado un céntimo vistiéndole, pues el traje de los domingos que a su venida traía puesto se conservaba en el mismo estado que el día en que apareció en la ciudad. Tampoco había gastado el dinero en zapatos, y conservaba aún intacta la suela de los que trajo, dado que el año no tiene más que cincuenta y dos domingos y sólo la mitad de ellos eran aprovechados para dar un corto paseo, andando en chancletas el resto de la semana. Nadie podía presumir de haber visto nunca una moneda en su mano. Cuando recibía su jornal lo hacía desaparecer en el acto del modo más misterioso, y si salía de paseo no llevaba consigo ni un ochavo, quedando así imposibilitado de gastar nada. Cuando en el taller entraban vendedoras de cerezas, ciruelas o peras y los demás oficiales satisfacían sus caprichos, se sentía él también espoleado por mil y un deseos; pero los tranquilizaba tomando parte en las compras de los demás con el mayor interés, sobando y mirando todas las frutas y dejando por último que las vendedoras se fueran asombradas al ver que el que parecía más interesado en la compra no las comprase nada. Luego, felicitándose por su templanza, veía comer a sus compañeros las frutas adquiridas y les distribuía mil pequeños consejos acerca de cómo debían pelarlas o asarlas. Mas así como nadie obtenía

de él una sola moneda, tampoco podía nadie quejarse de una mala palabra, una demanda injusta o una mala cara suya. Rehusaba todo trato íntimo, mas no tomaba a mal ninguna broma que con él se permitieran, y aunque sentía gran curiosidad por asistir al proceso de todos los chismes y discusiones, ya que ellos le proporcionaban un pasatiempo gratuito mientras que los demás oficiales se entregaban a sus rudas comilonas, se guardaba muy bien de mezclarse en nada y de cometer ninguna imprudencia. Era, en fin, la más original mezcla de sabiduría y perseverancia verdaderamente heroica y de apacible y bajo egoísmo e insensibilidad.

Sucedióle una vez ser durante algún tiempo el único oficial de su taller, hallándose en aquella soledad, sin nadie que le molestara, como el pez en el agua. Sobre todo por las noches se regocijaba de tener la cama para él solo, y aprovechaba, con gran sentido de la economía, aquella buena temporada para compensarse por adelantado de los días venideros en que no gozase de tal comodidad, triplicando su persona, cambiando continuamente de posición y figurándose que en la cama había tres individuos, dos de los cuales invitaban al tercero a no cohibirse por ellos y ponerse a toda su comodidad. Este tercero era él, y accediendo a tal invitación se envolvía voluptuosamente en toda la colcha, abría las piernas lo más que podía, se acostaba atravesado en la cama o daba volteretas sobre ella, poseído de una inocente alegría. Mas un

día, habiéndose metido en la cama cuando aun no había cerrado la noche por completo, vió entrar a un oficial forastero, que, llegado al taller en solicitud de trabajo, fué admitido y conducido a la alcoba por la maestra. Job se hallaba cómodamente tumbado en la cama, con los pies sobre las almohadas, cuando entró el extranjero y, depositando en el suelo su pesado saco de viaje, comenzó en el acto a desnudarse, pues venía cansado. Job dió rápido la vuelta y se colocó rígido en su primitivo sitio, junto a la pared, pensando que siendo época de verano no tardaría el nuevo oficial en irse a otro lado, según costumbre. Con un profundo suspiro se entregó a aquella esperanza, resignado a la lucha por envolverse en la sábana y a los empujones que habría de sufrir de nuevo. Mas cuál no fué su asombro al ver que el recién llegado, que venía de Baviera, donde había nacido, se acostaba saludándole con gran cortesía y se acurrucaba, tan pacífico y cuidadoso como él mismo, al otro extremo de la cama, sin molestarle lo más mínimo en todo el resto de la noche. Tan inaudita aventura le quitó de tal modo la tranquilidad que, mientras el bávaro dormía apaciblemente, no logró él pegar un ojo en toda la noche. Por la mañana se dedicó a observar con gran atención a su nuevo compañero, viendo que no era ya joven y que con atentas palabras trataba de informarse de las circunstancias y la vida que en el taller regían tal y como él mismo lo hubiera hecho. En cuanto se dió Job cuenta de esto se puso en guardia y calló, como si

se tratase de grandes misterios, las cosas más sencillas, intentando en cambio hacerse dueño de los secretos del recién llegado, no cabiéndole duda de que éste poseía alguno, cosa que se notaba a la legua, pues ¿por qué había de ser un hombre tan razonable, apacible y equilibrado si no llevaba algún oculto y ventajoso propósito? De este modo intentaron sonsacarse recíprocamente con la mayor prudencia y afabilidad, a medias palabras y con hábiles rodeos. Ninguno daba al otro respuesta clara y razonable, y a pesar de ello sabían ambos después de unas horas que el otro era ni más ni menos que su propio retrato. En el transcurso del día halló Fridolin que así se llamaba el bávaro, ocasión de abandonar el taller y entrar en la alcoba varias veces, y también Job entró en ella a hurtadillas mientras que el otro trabajaba, y registró al vuelo los efectos de Fridolin, no descubriendo más que las mismas cuatro cosas que él también poseía. La sola diferencia era que el alfiletero de madera de Fridolin representaba un pez y el suyo un niño de mantillas, y que en lugar de un destrozado método de francés para uso popular que él guardaba, tenía Fridolin un bien encuadernado librito titulado *El tinte en frío y en caliente. Manual indispensable para los tintoreros*, en cuya primera página había escrito con lápiz: «Prenda por los quince céntimos que le presté al de Nassau.» De esto dedujo Job que el nuevo era hombre que cuidaba bien sus intereses, e involuntariamente miró por todo el suelo, descubriendo en seguida un ladrillo

que parecía haber sido removido recientemente, y alzándolo halló, en efecto, el tesoro del bávaro envuelto en un pañuelo atado con un bramante, en vez de calcetín en que él lo tenía, y casi tan pesado como el suyo. Temblando, colocó de nuevo el ladrillo en su sitio, lleno de inquietud y admiración por la grandeza del extranjero y temor por su propio secreto. A toda prisa corrió de nuevo al taller y se puso a trabajar como si se tratase de proveer de peines al mundo entero, secundándole el bávaro como si también hubieran de peinarse todos los moradores de las regiones celestes. Los ocho días siguientes confirmaron esta recíproca actitud, pues si Job era trabajador y frugal, Fridolin era activo y sobrio y también lanzaba hondos suspiros sobre lo penoso de observar tales virtudes. Si Job era prudente y alegre, Fridolin se mostraba listo y bromista; si uno era modesto, el otro era humilde; si aquél mostraba inteligencia e ironía, dejaba ver éste su espíritu burlón y casi satírico, y, por último, si Job, el sajón, ponía una cara tranquila e inocente ante una cosa que le asustaba, Fridolin, el bávaro, ponía en iguales circunstancias una insuperable cara de burro. No era esta emulación tanto una contienda entre ellos como el ejercicio de una maestría de que se sabían dueños, que vivificaba sus almas y que les hacía no despreciar el tomarse uno al otro por modelo e imitarle apropiándose los finos rasgos que aun les faltaban para completar una total experiencia del mundo. Llegaban hasta aparecer tan unidos y acordes, que

parecían dirigirse hacia un fin común y semejaban dos valerosos héroes que se conducían con toda caballerosidad, ayudándose mutuamente antes de combatir uno contra el otro. Mas al cabo de ocho días llegó otro viajero, un suevo llamado Dietrich, con cuya llegada sintieron ambos una silenciosa alegría, considerándole como una medida de comparación con la cual podían medir ellos su grandeza, y pensaban coger al pobre suevo, que seguramente sería un inútil, entre medias de sus virtudes, como dos leones que se divierten jugando con un mono.

Mas quién podría describir su asombro cuando Dietrich comenzó a portarse exactamente igual que ellos, repitiéndose ahora entre los tres el reconocimiento que antes entre dos, y no sólo colocándolos a ellos con respecto al tercero en una situación inesperada, sino transformando por completo su recíproca posición.

Ya en la primera noche se mostró el suevo, al acostarse en el lecho común, por completo igual a ellos, yaciendo quieto y rígido como una cerilla, de modo que aun quedaba un espacio libre entre cada uno de los tres durmientes y la colcha se extendía regularmente sobre ellos como un papel sobre tres arenques de cuba. La situación se hacía más seria, y mientras permanecieron así, opuestos como los ángulos de un triángulo equilátero, sin poder ya tener entre dos de ellos un trato confiado y sin acordar la paz ni luchar en valiente competencia, dedicóse cada uno a esperar pacientemente

que los otros se fueran. Cuando el dueño del taller vió que los tres originales hombres lo aguantaban todo con tal de no abandonar ninguno de ellos el taller dejando en él a los otros dos, les rebajó el jornal y les dió peor comida. Pero ellos trabajaron cada día más, poniéndole en situación de lanzar al mercado una gran cantidad de mercancía barata, de manera que le hicieron ganar mucho dinero y poseer en ellos una verdadera mina de oro. Tuvo que ensanchar su cinturón y tomó preponderancia en la ciudad, todo ello a costa de los simples trabajadores, que en el obscuro taller se afanaban día y noche para ver si alguno se agotaba y acababa por marcharse. Dietrich, el suevo, que era el más joven, demostró ser de la misma madera que los otros; mas como había trabajado menos tiempo no poseía aún ahorro ninguno. Esto hubiera sido una muy desfavorable circunstancia para él si con su inventiva no hubiera conjurado en su ayuda un mágico poder que compensara la ventaja que los dos otros le llevaban. Hallándose su espíritu, igual al de sus compañeros, libre de toda pasión, excepción hecha de la de avecindarse precisamente allí donde había previsto alguna ventaja y no en ningún otro lado, tuvo la idea de fingirse enamorado y pretender la mano de una muchacha que poseyera aproximadamente la cantidad que el bávaro y el sajón tenían escondida bajo sendos ladrillos. Pertenece a las mejores cualidades de los seldwylenses la de no unirse por el dinero a una mujer fea o poco amable. Cierto es que tampoco

se les presentaban grandes ocasiones que a ello les tentaran, pues en la ciudad no existían ricas herederas, ni lindas ni feas; pero por lo menos puede decirse que sabían despreciar a aquellas que poseían algún dinero, prefiriendo unirse a una mujer alegre y bonita con la que divertirse durante algunos años. Por esta razón no le fué difícil al vigilante suevo abrirse camino hasta una virtuosa muchacha que vivía en su misma calle y de la cual había averiguado, en hábiles coloquios con las viejas vecinas, que poseía valores por la suma de setecientos florines. Esta muchacha era Züs Bünzlin, de veintiocho años de edad, y vivía con su madre, la lavandera, pero disponiendo como dueña y señora de aquel dinero, que procedía de herencia paterna. Los valores citados los tenía encerrados en una cajita de laca, en unión de los intereses que iban produciendo y de su partida de bautismo, certificado de haber sido confirmada y un dorado huevo de Pascua. Además encerraba en la misma caja todos los demás objetos de su exclusiva pertenencia, consistentes en media docena de cucharillas de plata, un cristalito rojo con el Padrenuestro grabado en letras de oro, un hueso de cereza en el que habían sido talladas escenas de la pasión de Jesucristo, una cajita de marfil con muchos calados y forrada de rojo tafetán, conteniendo un espejito y un dedal de plata, otro hueso de cereza dentro del cual había un diminuto dado, una nuez que al abrirse dejaba ver una pequeña virgen tras un cristalito, un corazón de plata encerrando una

esponjita saturada de perfume, una cajita de bombones hecha de una cáscara de limón, y dentro de ella, sobre algodones, un alfiler de oro en forma de *nomeolvides* y un medallón con un monumento hecho con pelo; además, un atadizo de papeles amarillentos con recetas y secretos de tocador, una botellita con gotas de Hoffman, otra de agua de colonia, una cajita conteniendo un trocito de piel de marta, otra con un poco de almizcle, un cestito tejido de hierbas olorosas y otro hecho con cuentas de vidrio, un libro forrado de papel azul celeste con cantos plateados y titulado *Doradas reglas para las mujeres cuando novias, esposas y madres*, otro libro con la interpretación de los sueños y otro con modelos epistolares, y, por último, cinco o seis cartas de amor y un bisturí para hacer sangrías, pues había tenido relaciones con un oficial barbero y practicante en cirugía, con el que había pensado casarse, y como era una muchacha muy hábil y prudente había aprendido de su novio a sangrar y aplicar sanguijuelas y ventosas y había llegado ya hasta saber afeitarse. Mas el barbero resultó ser un hombre indigno del cariño que ella le había concedido, poniendo en él ligeramente la felicidad de su vida, y ella, al enterarse, rompió, con triste, pero sabia decisión, sus relaciones con él, devolviéndose mutuamente los regalos, excepción hecha del bisturí, que conservó ella en prenda de un florín y cincuenta céntimos que le había prestado un día, sin interés alguno, pero cuya deuda no confesaba él, pretendiendo que

dicho dinero le había sido entregado por ella en un baile para pagar los gastos que ocasionasen, y que ella había gastado, devorando golosinas, casi la totalidad de la suma. Por lo tanto, no devolvió el préstamo, ni ella el bisturí, con el cual sangró después ocultamente a todas las amigas y vecinas que lo necesitaron, ganando con ello algún dinerillo. Mas siempre que usaba el cortante instrumento no podía por menos de pensar en la bajeza del hombre que tan cerca de su corazón había estado y que por poco no llegó a ser su esposo.

Todo esto se hallaba dentro de la caja de laca, y ésta encerrada a su vez en un viejo armario de nogal, cuya llave guardaba siempre Züs en sus bolsillos. En cuanto a la persona misma de la muchacha, diremos que tenía finos cabellos rojizos y ojos de un azul líquido, que no dejaban de tener su encanto y sabían de cuando en cuando mirar tierna e inteligentemente. Poseía Züs una gran cantidad de trajes, de los cuales no se ponía nunca mas que los más viejos; pero iba siempre muy limpia y bien arreglada y su cuarto estaba también siempre limpio y en orden. Era muy trabajadora y ayudaba a su madre en sus tareas, planchando las ropas más finas y lavando las cofias y puños de las mujeres de la ciudad, con lo cual solía ganar algún dinero. De esta su actividad provenía quizá el que todas las semanas, durante los días en que se dedicaba a lavar, observaba aquel humor grave y mesurado que tienen todas las mujeres cuando están lavando, y que este humor se fijase para siempre en ella

durante aquellos días, no cambiándose por una mayor animación hasta que llegaban los días de planchado, animación que en Züs iba siempre mezclada con una sabia prudencia. Este espíritu de orden se demostraba también en el principal adorno de la vivienda, constituido por una corona de cuadrados y bien igualados trozos de jabón, colocados, para endurecerse, en torno a las habitaciones, sobre una repisa de pino. Estos pedazos los medía y cortaba siempre Züs en persona, por medio de un alambre que tenía en sus extremos dos vástagos de madera, que permitían manejarlo con mayor comodidad y cortar mejor el blando jabón. Poseía Züs también para estos menesteres un precioso compás, que le había hecho y regalado un oficial herrero con el que estuvo en un tiempo casi prometida. De este mismo procedía también un pequeño mortero reluciente que adornaba la repisa del armario en compañía de una tetera azul y un pintarrajeado jarrón con flores. Züs había suspirado mucho tiempo por la posesión de un tan coqueto mortero; así es que el atento herrero acertó por completo cuando se presentó con él una mañana del día del santo de Züs, trayendo además una cajita con canela, azúcar y clavo y pimienta para machacar en su regalo. Antes de entrar se detuvo a la puerta de la casa, colgándose el mortero, por un asa, de su dedo meñique, y repiqueando sobre él con la mano como si fuera una campana, inaugurando así la alegría de aquella mañana. Mas poco tiempo después huyó el muy

falso de aquellos contornos y nada se volvió a saber de él. Su maestro reclamó además el mortero, que el fugitivo había sacado de su tienda sin abonar su importe; pero Züs Bünzlin no quiso entregar el querido recuerdo y promovió valiente y empeñadamente un pequeño pleito, que ella misma defendió ante los jueces, alegando que el lindo utensilio debía quedar en su poder en prenda por varias cuentas de planchado y lavado que no le habían sido satisfechas. Los días que duró la contienda fueron los más importantes y dolorosos de su vida, ya que, con su profundo entendimiento, comprendía y sentía más vivamente que la gente ligera e insubstancial la gravedad y la vergüenza de comparecer ante el Juzgado por una historia tan íntima y tierna. Mas a pesar de todo obtuvo la victoria, y conservó el mortero.

Así como el orden y regularidad con que los trozos de jabón estaban cortados y colocados demostraban su amor al trabajo y su sentimiento de la exactitud, probaban también la elevación y cultura de su espíritu numerosos libros cuidadosamente apilados junto a una ventana. Poseía aún Züs todos los del colegio, sin haber perdido ni uno solo, como tampoco había olvidado nada de lo que en él había aprendido, sabiéndose todavía de memoria el Catecismo, las declinaciones, las reglas aritméticas, la Geografía, la Historia bíblica y los mundanos «Trozos escogidos». Poseía también entre sus libros algunas de las bellas historias y pequeños relatos de Cristóbal Schmid, con sus juiciosas

moralejas en verso al final de cada uno, y además media docena de trataditos piadosos, una colección de almanaques llenos de sabios consejos, un tratado de cartomancia, una colección de meditaciones, una para cada día del año, destinada al uso de muchachas pensadoras, y un viejo ejemplar de *Los bandidos*, de Schiller, obra que leía cada vez que creía haberla olvidado un poco, conmoviéndose siempre de nuevo, mas sin que la emoción le impidiera hacer una muy razonada crítica del drama. Todo lo que aquellos libros encerraban había pasado a la cabeza de Züs, de modo que sabía hablar sobre aquellas materias y otras muchas más con plena suficiencia. Cuando estaba de buen humor y no muy ocupada salían de su boca inacabables discursos, en los que valoraba y juzgaba todo lo divino y lo humano, y jóvenes o viejos, altos y bajos, cultos e ignorantes tenían que aprender de ella y someterse a su juicio siempre que, sonriente o meditabunda, comenzaba a hablar, después de haberse penetrado del asunto de que se trataba. A veces hablaba tanto y con tal unción que parecía una ciega erudita que no viese nada del mundo exterior y cuyo único placer fuese oírse hablar a sí misma. Del colegio de la ciudad y de las clases a que asistió para prepararse a recibir el sacramento de la Confirmación había sacado la costumbre de escribir composiciones literarias, análisis espirituales y toda clase de sentencias y aforismos. De este modo confeccionaba en los tranquilos domingos las más maravillosas composiciones, acumu-

lando tras un sonoro título que había leído u oído las más absurdas y disparatadas frases y llenando pliegos y más pliegos conforme iban saliendo simplezas de su cerebro. Sus temas eran, por ejemplo, sobre lo provechoso de una enfermedad para el espíritu, sobre la muerte, sobre lo conveniente de la renunciación, sobre la grandeza del mundo visible y lo misterioso del invisible, sobre la vida campestre y sus alegrías, sobre la Naturaleza, sobre los sueños, sobre el amor, unas palabras sobre la obra redentora de Cristo, tres puntos sobre la justicia, pensamientos sobre la inmortalidad, etcétera. Estos trabajos los leía a sus amigas y adoradores, y al que estimaba mucho le regalaba uno o un par de ellos, que el agasajado debía poner entonces entre las hojas de su Biblia, si es que la poseía. Este su aspecto espiritual le había atraído un día la sincera y profunda inclinación de un joven oficial de encuadernador que leía todos los libros que encuadernaba y que era un hombre aplicado, sensible e inexperto. Cuando llevaba su ropa a la madre de Züs para que la lavara le parecía hallarse en el cielo al escuchar en los maravillosos discursos de su hija cosas que él ya había pensado varias veces, pero sin atreverse nunca a soltarlas. Tímida y respetuosamente se acercaba a la joven, tan pronto silenciosa como elocuente, y ella le concedió su trato y le ligó a ella durante todo un año, aunque manteniéndole siempre en los límites de una absoluta carencia de esperanzas, que con suave, pero implacable mano, le señalaba de

continuo, pues siendo él nueve años más joven que ella, pobre como las ratas y poco hábil para hacer fortuna en su oficio, cosa además muy difícil en Seldwyla, donde la gente no leía nada y por lo tanto no mandaba encuadernar ningún libro, no se ocultó a los ojos de ella ni un solo momento la imposibilidad de unirse a él, y sólo buscó el elevar el espíritu del pobre pretendiente hasta hacerle capaz de una conformidad ante el adverso destino tan grande como la que ella poseía, y envolverlo en una nube de abigarradas frases. El la escuchaba devotamente y osaba de cuando en cuando lanzarse a pronunciar un bello discurso, que ella mataba apenas nacido con otro más bello. Este año fué para ella el más espiritual y noble de su existencia, no turbado por ningún hálito grosero, y durante él le encuadernó su adorador todos sus libros y construyó además, en muchas noches de vela y tardes de días festivos, un artístico y lindísimo monumento de su adoración. Era éste un templo chino de cartón con innumerables estancias y compartimientos secretos, que podía desarmarse dividiéndose en varios trozos. Papeles de diversos colores y tiritas doradas ornaban las fachadas, y en su interior se veía un bosque de columnas y múltiples espejos. Quitando un trozo del templo o abriendo una de sus numerosas puertercillas aparecían ocultas estancias, decoradas con cuadros, espejos y ramos de flores, en las cuales se hallaban diminutos muñequitos en actitudes amorosas. Del alero de los tejados pendían todo

alrededor del templo pequeñas campanitas y en la nave principal se veía una relojera. Las columnas tenían todas un ganchito que sirviera para que la cadena correspondiente al reloj fuese sujeta en ellos, dando vueltas por todo el interior del monumento. Mas como aun no habían pretendido a Züs relojero ni joyero alguno que depositasen reloj y cadena en el suntuoso encierro, permanecía vacío el altar que en él se les destinaba.

La construcción del ingenioso templo había exigido infinito trabajo y habilidad, y el idear el plan geométrico no había sido más difícil que luego ejecutarlo con exactitud y limpieza. Cuando se terminó la construcción de este monumento conmemorativo de un año felizmente vivido, Züs animó al buen encuadernador a desligarse de ella y abandonar la ciudad para buscar fortuna en otro lado, pues el mundo se hallaba abierto ante él, y después de haber ennoblecido tanto su corazón en su trato con ella y en su escuela no podía menos de sonreírle la felicidad algún día. En cambio ella no le olvidaría nunca y pensaba consagrarse a la soledad. El buen muchacho lloró verdaderas lágrimas cuando, sin poder oponerse a Züs, tuvo que abandonar Seldwyla. Mas su obra reinaba desde entonces sobre la vieja cómoda de su adorada, protegida del polvo y de miradas indignas por un amplio velo de gasa verdemar. Tan sagrada la consideraba la muchacha que la tenía sin utilizar ni meter nada en ninguno de sus departamentos. A su constructor, cuando hablaba de él, le llama-

ba Manuel, aunque su verdadero nombre era el de Veit, y decía a todo el mundo que sólo Manuel había llegado a comprenderla. A él en cambio no se lo dijo nunca, sino que, para espolear más su ardiente pasión, le demostraba de tiempo en tiempo, en un larguísimo discurso, que aun no había logrado penetrar hasta el fondo de su complicado espíritu. El pobre encuadernador, tan cruelmente engañado, alcanzó sin él saberlo su venganza. Cuando marchó de la ciudad introdujo en un doble fondo que su templo poseía una bella carta regada con sus lágrimas, en la que expresaba a Züs su indecible dolor al separarse de ella, su amor, su tierna veneración y la eterna fidelidad que pensaba guardar a su recuerdo; todo ello con palabras tan ardientes y sinceras como sólo puede hallarlas un verdadero sentimiento. Jamás había él dicho cosas tan bellas, porque nunca le había dejado ella hablar. Mas como la muchacha no sospechaba nada del oculto tesoro, mostró el Destino su justicia no poniendo ante sus ojos cosas que no era digna de ver, pues en realidad era ella la que no había comprendido nunca el ingenuo, pero sincero y bien-intencionado espíritu del joven.

Desde largo tiempo atrás venía observando Züs atentamente la vida de los tres oficiales peñeros, alabando su conducta y calificándolos de hombres sensatos y justos; de manera que cuando Dietrich, el suevo, comenzó a hacerle la corte, permaneciendo largos ratos en su casa los días que iba a entregar sus camisas o a recogerlas, se condujo amable-

mente con él, reteniéndole largas horas a su lado con maravillosas conversaciones, en las que Dietrich era siempre de su parecer y le demostraba su ferviente admiración con entusiastas alabanzas, que ella sabía acoger por fuertes que fueran, pues gustaba de la pimienta del elogio, y cuanto más fuerte, mejor, callando mientras se ensalzaba su sabiduría, hasta que el cantor de sus loores vaciaba su corazón por completo y tomando entonces la palabra para completar la pintura que aquél había esbozado. Al poco tiempo de tratarlo enseñó Züs a Dietrich los valores que poseía, y él observó respecto a ello y para con sus compañeros un secreto tan grande como si se tratase del hallazgo del movimiento continuo. Mas a pesar de ello pronto estuvieron Job y Fridolin sobre la pista de lo que sucedía, y al descubrirlo se quedaron maravillados ante la astuta inventiva del suevo. Sobre todo, Job se hubiera dado de coscorrones al ver que había estado entrando en casa de Züs año tras año sin que jamás se le ocurriera buscar en ella cosa distinta de su ropa y odiando además a aquella gente, que era la única en Seldwyla que le hacía pagar algunos céntimos a la semana. Nunca se le había pasado por la imaginación casarse, pues no podía figurarse a la mujer mas que como una criatura que reclamaría de él algo que hasta entonces no tenía ninguna obligación de hacer, y tampoco había caído en que él podía obtener de ella algo que le fuera útil, dado que nunca había confiado mas que en sí mismo y sus cortos pensamientos no iban más

allá del estrechísimo círculo de sus secretos propósitos. Pero entonces se trataba de evitar que Dietrich estorbara sus planes pudiendo con los setecientos florines de la muchacha ocasionarle graves disgustos si conseguía hacerse dueño de ella y de ellos, y tales setecientos florines adquirieron de repente un esplendoroso brillo a los ojos del sajón y del bávaro. Sucedió así que el inventivo Dietrich no había hecho mas que descubrir una tierra que se convirtió en seguida en bienes comunes, amargo destino de todos los descubridores, pues los otros dos siguieron sus huellas en seguida, presentándose también en casa de Züs Bünzlin; de manera que ésta se halló rodeada de toda una corte de honrados y sensatos peñeros, lo cual la satisfizo extraordinariamente por la novedad de tener varios pretendientes de una vez, cosa que jamás le había sucedido, constituyendo para ella una ocasión de emplear sus agudas cualidades espirituales en la difícil tarea que suponía el conservarlos a los tres tratándolos con la mayor prudencia e imparcialidad y entretenerlos con maravillosos discursos sobre el amor desinteresado y la paciencia con que debían aguardar los inmutables designios del Destino. Como cada uno de ellos le había confiado particularmente sus secretos planes, decidió Züs en el acto hacer feliz a aquel que primero alcanzase sus fines y se convirtiera en dueño del negocio. Puesto que el suevo sólo podía alcanzar sus deseos casándose previamente con ella, lo excluyó desde luego, proponiéndose no

concederle su mano; pero como era el más joven, inteligente y amable de los tres, le dió con mudos signos y tiernas miradas alguna esperanza más que a los otros, para encelarlos y rendirlos por completo; de manera que aquel pobre Cristóbal Colón que había descubierto la ignorada y bella tierra se transformó en el engañado de la pantomima. Todos tres competían en modestia, adoración y sensatez, así como en el arte de dejarse llevar por la dominadora muchacha, y cuando se hallaban los tres reunidos con ella formaban un original conventículo en el que se pronunciaban los más extraños discursos. A pesar de todo el desinterés y humildad que, para complacerla, se esforzaban en mostrar de continuo, sucedía a veces que uno u otro, dejando las alabanzas a su dama común, comenzaba a alabarse a sí mismo, tratando de hacer resaltar sus cualidades propias, hasta que, suavemente reprendido por Züs, se avergonzaba al verse interrumpido y tenía que escuchar los elogios que ella emprendía de las virtudes de los otros dos, estando obligado, si no quería desagradarla, a reconocerlas y confirmarlas.

Era ésta una muy dura vida para los tres pobres peñeros, pues, a pesar de su frialdad espiritual, experimentaban, desde que una mujer se hallaba mezclada en su juego, desacostumbradas inquietudes, producidas por los celos, la preocupación, el temor y la esperanza. Se agotaban a fuerza de trabajo y economía y adelgazaban a ojos vistas, cayendo en una taciturna melancolía. Mientras

que delante de gente, y sobre todo en casa de Züs, se aplicaban a una apacible charla, apenas hablaban palabra cuando se hallaban trabajando juntos o cuando entraban en su alcoba, acostándose suspirando profundamente en el lecho común, aunque permaneciendo siempre tan inmóviles y pacientes como tres palitroques. Un mismo sueño flotaba todas las noches sobre aquel trébol, hasta que un día el sueño fué tan vivo que Job tuvo un estremecimiento y empujó a Dietrich, el cual a su vez empujó a Fridolin, siendo poseídos los tres semidormidos compañeros por una tan salvaje cólera inconsciente, que se desarrolló en la cama una terrible lucha, en la que durante tres minutos se empujaron, golpearon y pisotearon, hasta que las seis piernas se enredaron unas con otras y formando un ovillo vinieron los tres de la cama al suelo, con gran griterío. Al despabilarse creyeron que el demonio quería llevárselos o que habían entrado ladrones en la alcoba, y con grandes voces se pusieron en pie. Job fué a colocarse sobre el ladrillo que ocultaba su tesoro, Fridolin hizo lo mismo, y también Dietrich, que lo poco que había ahorrado lo tenía escondido en igual forma. Luego comenzaron a gritar de nuevo como si los estuvieran asesinando o lanzasen fuertes conjuros contra el demonio, todos temblorosos y agitando los brazos en el vacío para defenderse del imaginario peligro. Al estrépito acudió asustado el maestro, y su presencia tranquilizó a los locos oficiales que, llenos de cólera, miedo y vergüenza, se volvieron a

meter en la cama y no pronunciaron palabra en todo el resto de la noche. Mas el nocturno terror fué tan sólo un insignificante anticipo del que les esperaba a la mañana siguiente, cuando, durante el desayuno, les declaró el dueño del taller que no podía emplear en su casa por más tiempo a tres oficiales y que, por lo tanto, dos de ellos debían salir a buscar trabajo en otro lado. Habían trabajado tanto y producido tal cantidad de mercancía que ésta se había acumulado formando una reserva, y además el maestro había utilizado sus grandes ingresos en hacer retroceder el negocio cuando éste se hallaba más floreciente, pues se había entregado a una vida tan alegre que pronto adquirió deudas que doblaban sus ingresos. Tal era la causa de que los oficiales, a pesar de lo trabajadores y sobrios que eran, constituyeran de repente para él una innecesaria carga. Para consolarlos les dijo que, como los tres le eran igualmente útiles y queridos, no quería designar por sí mismo cuáles debían abandonar el taller y que debían ser ellos los que se pusieran de acuerdo sobre este punto. Mas los pobres peñeros no intentaron siquiera hablar de ello, sino que permanecieron mudos, inmóviles y pálidos como la muerte, sonriéndose unos a otros poseídos de una angustiosa inquietud al ver que había llegado el momento decisivo, dado que las palabras del maestro eran signo seguro de que ya no podía sostener el negocio por mucho tiempo y que el taller se pondría en traspaso prontamente. Estaba, pues, cercano el fin que todos ansiaban, reluciendo ante

sus ojos como una divina Jerusalén; pero dos de ellos tendrían que volver la espalda y retornar sin traspasar sus doradas puertas. Cada uno se apresuró a declarar que se quedaría en el taller aunque no percibiera retribución alguna por su trabajo; mas el maestro, que no sacaba ninguna utilidad de ello, se negó a todo arreglo, insistiendo en que dos de los oficiales tenían que salir de su casa. Los tres infelices cayeron entonces a sus plantas, retorciéndose las manos y rogándole cada uno por sí que le conservara un par de meses más, aunque fuera uno solo. Esta insistencia le hizo adivinar las intenciones de los suplicantes, y al ver que lo que esperaban era su ruina para adueñarse del taller, ideó vengarse de ellos proponiéndoles una maliciosa solución para su problema.

—Si no os podéis poner de acuerdo—les dijo—sobre cuáles de vosotros deben abandonar mi casa, yo os daré un medio de decidirlo. Mañana es domingo, os pago a los tres, arregláis vuestras malletas, cogéis vuestros bastones, y en amor y compañía salís de la ciudad y andáis en la dirección que queráis durante media hora. Luego descansáis y hasta podéis echar un trago si os lo pide el cuerpo, y cuando os parezca volvéis a la ciudad. El que primero llegue al taller y me pida trabajo será el que se quede, y los otros dos quedarán despedidos definitivamente y podrán ir a buscarse la vida donde les plazca.

Al oír estas palabras cayeron de nuevo los tres justos de rodillas ante el maestro, rogándole que

volviera de su cruel acuerdo; pero todo fué en vano. De pronto se levantó el suevo y, como loco, corrió a casa de Züs. Apenas el bávaro y el sajón se dieron cuenta de ello interrumpieron sus lamentaciones y volaron tras él, renovándose la desesperada escena en el domicilio de la asustada muchacha.

Esta se sintió muy apenada y conmovida por la inesperada aventura, pero fué la primera en recobrar la serenidad y, dándose cuenta de la situación, decidió ligar su suerte a la original ocurrencia del maestro, considerándola como inspirada por un decreto del Destino. Llena de emoción trajo un librito de horóscopos y presagios, y metiendo una aguja entre las hojas lo abrió al azar y leyó la sentencia que señalaba la punta de la aguja, sentencia en la que se hablaba de la persecución de un honrado propósito. En seguida dejó que sus inquietos adoradores consultasen el librito, y todos los oráculos que leyeron trataban de trabajoso caminar por estrechos senderos y peregrinaciones y marchas con la vista fija en un anhelado ideal, cosas todas referentes a andar o correr: de manera que el próximo suceso parecía claramente prescrito por los cielos. Mas temiendo Züs que Dietrich, como más joven, corriera con mayor rapidez que los otros y se llevase la palma, decidió salir al día siguiente, acompañando a sus tres adoradores para ver lo que podía hacer en favor de su propio deseo de que triunfase uno de los otros dos, sin que le importase cuál de ellos. Ordenó, pues, silencio y conformidad a los tres lamentosos rivales,

que en aquel momento se querrellaban entre sí, y les enjaretó el siguiente discurso:

—Habéis de saber, amigos míos, que nada sucede en este mundo que no tenga su alta significación, y siendo así, por extraña y absurda que nos parezca la proposición de vuestro amo debemos considerarla como inspirada por un decreto providencial y acatarla dando muestra de una sabiduría que él, que cree fundada su decisión en un capricho, no sospecha siquiera en nosotros. Nuestra apacible y sensata unión era demasiado bella para poder durar mucho tiempo, pues ¡ay! todo lo que es bello y provechoso es también pasajero y fugaz, y a la larga sólo logra prosperar lo perverso y lo obstinado. Por lo tanto, y antes de que entre nosotros se alce el funesto demonio de la discordia, debemos separarnos voluntariamente y tomar cada uno nuestro camino como impulsados por amables brisas primaverales, antes de huir unos de otros como arrastrados por los violentos aquilones del otoño. Yo misma os acompañaré en vuestro penoso camino y presenciaré el comienzo de vuestra carrera para infundiros ánimo y que dejéis tras de vosotros algo que embellezca vuestro impulso mientras corréis en dirección a la victoria. Mas así como el vencedor no deberá vanagloriarse de su dicha, tampoco los vencidos deberán guardarle rencor ni alejarse llenos de ira, sino guardar amorosamente nuestro recuerdo y echarse a recorrer el mundo como alegres obreros en busca de trabajo que saben han de encontrar, pues los hombres

han edificado muchas ciudades tan bellas como Seldwyla y aún mucho más, donde puedan establecerse y ejercer su industria; por ejemplo, Roma, que es una maravillosa población en la que reside el Padre Santo; París, que es inmenso, con muchos habitantes y espléndidos palacios; Constantinopla, en la cual reina el Sultán y se profesa la fe turca, y Lisboa, que fué destruída por un terremoto para resurgir luego mucho más bella que antes. Viena es la capital de Austria y es llamada la ciudad imperial, y Londres, que es la ciudad más rica del mundo, está situada en Inglaterra, junto a un río que se llama el Támesis. ¡En ella viven dos millones de hombres! San Petersburgo es la capital y corte de Rusia, y Nápoles, que es la del reino del mismo nombre, está junto al hirviente Vesubio, en cuyo cráter vió un día el capitán de un barco inglés el alma de un condenado, la cual, como yo he leído en un interesantísimo libro de viajes, resultó ser la de un cierto John Smith, que ciento cincuenta años antes había vivido perversamente, y que se apareció al capitán con objeto de darle un encargo para cuando volviera a Inglaterra, cumplido el cual Dios le perdonaría y sacaría del infierno, pues todo el volcán está habitado por las almas condenadas, como puede leerse en el *Peter Haslers Tractatus* sobre la probable colocación del infierno. Aun existen muchas ciudades más; pero de ellas quiero tan sólo citar a Milán, Venecia, que está toda construída en el agua, Lyon, Marsella, Estrasburgo, Colonia y Amsterdam. He nom-

brado ya París, pero no Nuremberg, Augsburgo ni Francfort, Basilea, Berna ni Ginebra, que son todas preciosas ciudades, como también la bella Zurich y una multitud más que no acabaría nunca de enumerar, dado que todo tiene sus límites, menos el ingenio de los hombres, que van poco a poco extendiéndose sobre la tierra y emprendiendo todo lo que creen que podrá serles útil. Si son justos tendrán éxito en sus empresas; mas el pecador se agosta como la hierba de las praderas y pasa como el humo. Muchos son los escogidos, pero pocos los llamados. Por todas estas razones y otras muchas que nos imponen el deber y la virtud de nuestra pura conciencia, debemos obedecer el mandato del Destino. Por lo tanto, id en paz y preparaos para vuestra peregrinación; pero como hombres justos y apacibles que llevan consigo su valor adondequiera que vayan y cuyo bastón de caminantes echa raíces en todos lados; hombres que elijan lo que quieran pueden decirse: «He elegido la mejor parte.»

Mas los tres pobres peñeros no quisieron oír nada de aquello y autorizaron a la prudente Züs para que escogiese e hiciera quedarse en Seldwyla a uno de ellos, señalándose cada uno a sí mismo. Ella se guardó muy bien de hacer elección ninguna y les anunció muy severa y autoritariamente que tenían que obedecerla o que si no les retiraría para siempre su amistad. Al oír esto Job salió corriendo de nuevo hacia el taller, e inmediatamente corrieron los otros tras él, temerosos de que emprendiese

algo contra ellos. De esta manera anduvieron unos tras otros todo el día, como astros errantes y molestándose mutuamente como tres arañas en el mismo nido. Media ciudad contemplaba aquel extraño espectáculo que le daban los tres perturbados peñeros, hasta entonces tan silenciosos y pacíficos, y los ancianos seldwylenses consideraban aquel suceso como presagio de funestos acontecimientos. Al llegar la noche, extenuados y sin haber ideado nada ni llegado a un acuerdo, se acostaron, rechinando los dientes, en el viejo lecho común. Uno tras otro se sumergieron bajo las sábanas, yaciendo tiesos y rígidos como colocados allí por la muerte, y continuaron sus perturbados pensamientos hasta hundirse en un sueño reparador. Job fué el primero en despertarse, aun muy de mañana, viendo que un alegre amanecer de primavera dejaba penetrar su luz en aquel cuarto, en el que había dormido durante seis años, y que a pesar de su pobreza le parecía un paraíso, del que tan injustamente estaba a punto de ser expulsado. Dejó que sus ojos recorrieran las paredes, contando todas las familiares huellas de los muchos oficiales que allí habían vivido más o menos tiempo. Aquí acostumbra uno a apoyar su cabeza y había dejado un grasiento manchón; más allá había clavado otro un clavo para colgar su pipa y aun pendía de él una cintita roja. ¡Cuánta diferencia entre aquella buena gente, que había vuelto a partir sin hacer daño a nadie, y éstos que a su lado dormían, obstinados en no dejarle el puesto!

Después clavó su mirada en el espacio de pared más cercano a él, cuyos más mínimos detalles se sabía de memoria por haberlos contemplado durante muchas horas cuando por la mañana, o acostado antes de cerrar la noche, se regocijaba con el gratuito placer de permanecer en la cama sin hacer nada. En la encalada pared había un trozo estropeado por la humedad, que semejaba el mapa de una nación, con sus ciudades, lagos y un archipiélago formado por varios granitos de arena que, sin duda, se habían mezclado con la cal. Cerca de este mapa comenzaba una parte de pared que Job, habiendo encontrado en un bote un resto de pintura, había pintado de rabioso azul. En ella se veía pegada una cerda desprendida de la brocha, y a su lado una minúscula montañita azul que proyectaba sobre ella una tierna sombra, que se extendía hasta llegar al archipiélago. Sobre lo que esta montañita pudiese ser había meditado Job durante todo el invierno, pues le parecía que nunca hasta entonces había estado allí. Mas cuando la buscó ahora con los ojos no quiso dar crédito a sus sentidos al ver que en el lugar que antes ocupaba quedaba un diminuto redondel blanco y que en cambio la azul montañita se movía a lo largo de la pared, no lejos de allí, en lenta peregrinación. Asombrado como si presenciara un milagro, se incorporó y vió que el semoviente montecillo era una chinche que por lo visto había él pintado, al pintar la pared, durante su letargo invernal, y que ahora, resucitada por la tibia prima-

vera, abandonaba su puesto y subía pared arriba, indiferente a su elegante aspecto. Job la siguió con la mirada, conmovido y lleno de admiración. Mientras anduvo por el trozo pintado apenas podía distinguírsela; pero cuando salió de él y dejó tras de sí los últimos chafarrinones se vió perfectamente al buen animalito azul seguir su camino por el sucio muro. Con honda melancolía volvió Job a caer sobre las almohadas, y, aunque nunca había hecho caso de presagios, aquel suceso le pareció una confirmación de que también él debía comenzar de nuevo a vagar mundo adelante y lo interpretó como signo de que debía resignarse a lo irremediable y ponerse en camino de buen grado. Estos más tranquilos pensamientos le devolvieron su natural reflexión, y, meditando con mayor reposo que hasta entonces, halló que sometándose humildemente a la dura prueba y conduciéndose en ella con toda atención y cuidado podía aún vencer a sus adversarios. Suavemente bajó de la cama y se dedicó a poner en orden su equipaje, comenzando por sacar su tesoro de su escondrijo y meterlo en el fondo de la maleta. En seguida despertaron sus compañeros, quedándose asombrados al ver la tranquilidad con la que estaba entregado a su faena, y mucho más cuando Job les dirigió palabras de reconciliación deseándoles un feliz día. Aunque no imaginaban sus intenciones, olieron una astucia de guerra en su conducta y la imitaron en el acto, muy atentos a lo que Job emprendiera después. Lo más extraño de toda esta

escena fué ver cómo por vez primera sacaron, unos en presencia de otros, sus respectivos tesoros de debajo de los ladrillos y, sin contarlos, metió cada cual el suyo en su valija. Sabían hacía mucho tiempo que cada uno conocía el secreto de los otros dos; pero, a la buena y honrada usanza antigua, no desconfiaban unos de otros hasta el punto de temer un daño en su propiedad y tenían la seguridad de no ser robados por sus compañeros, confianza que no debe faltar nunca en los dormitorios de obreros y soldados.

De este modo se hallaron, sin casi darse cuenta ni quererlo, preparados para la partida. El maestro les pagó sus jornales y les dió certificados de la ciudad y de él mismo en los que constaban los mayores elogios sobre su perseverante laboriosidad y excelente conducta, y los tres marcharon melancólicamente a casa de Züs Bünzlin vestidos con largas casacas oscuras cubiertas por viejos y sucios guardapolvos. Para resguardar sus sombreros, aunque eran casi prehistóricos y estaban pelados y lustrosos de tanto cepillarlos, llevaban también una fuerte tela encerada. Sus valijas las habían cargado a la espalda y sobre ellas colocaron la pequeña carretilla que había de servirles para portearlas con menos trabajo en los caminos escabrosos, y las ruedas sobresalían por encima de sus hombros. Job se apoyaba en un sencillo bastón de bambú, Fridolin en una vara de fresno pintada de rojo y con negros dibujos hechos con un hierro candente, y Dietrich en un fantástico y mons-

truoso bastón alrededor del cual se enrollaba un salvaje tejido de pequeñas ramas. Pero casi se avergonzaba de aquel llamativo apoyo, que procedía de sus primeros viajes, cuando en su juventud no era aún tan sensato y cuerdo como ahora. Muchos vecinos con sus hijos pequeños rodeaban a nuestros tres hombres, deseándoles un feliz viaje. En esto salió Züs a la puerta con alegre rostro y echó a andar valerosamente delante de sus tres adoradores hacia las puertas de la ciudad. En honor de los viajeros se había vestido más cuidadosamente que de costumbre. Llevaba un gran sombrero con enormes lazos amarillos, un traje de indiana rosa con múltiples adornos, un negro chál de terciopelo y rojas botas con muchos flecos. De su mano colgaba un inmenso bolsillo de seda verde lleno de peras y ciruelas pasas, y se cubría con una abierta sombrilla en cuya contera se veía una gran lira de marfil. Se había puesto al cuello el medallón que contenía el monumento de rubios cabellos y prendido el alfiler con la dorada flor de *nomeolvides*, y llevaba blancos guantes de punto. Con todas estas galas tenía un amable y tierno aspecto. Su rostro estaba ligeramente enrojecido y su pecho parecía elevarse más que de costumbre. Los angustiados competidores no sabían qué hacer, llenos de angustia y turbación, pues la decisiva situación en que se hallaban, la bella mañana primaveral que iluminaba su partida y las galas de Züs mezclaban en sus agitados sentimientos casi algo de lo que verdaderamente se

llama amor. Al traspasar las puertas de la ciudad aconsejó la amable muchacha a sus adoradores que colocasen sus valijas sobre las carretillas y tirasen de ellas, para no cansarse inútilmente. Así lo hicieron, y cuando, dejando atrás la ciudad, se dirigieron hacia las vecinas montañas, parecía aquel cortejo un cuerpo de artillería que fuera a subir a ellas para colocar en su cima una batería. Después de andar una buena media hora hicieron alto en una linda colina, sobre la que cruzaba un camino, y se sentaron en semicírculo bajo un tilo, desde donde se gozaba la vista de un amplio horizonte de bosques, lagos y pueblos. Züs abrió su bolsón y dió a cada uno un puñado de peras y ciruelas. De este modo permanecieron largo rato graves y callados, produciendo tan sólo un suave ruido con la lengua al sorber el dulce jugo de las frutas.

Luego arrojó Züs de su boca el hueso de una ciruela y, limpiándose los dedos, teñidos por el zumo de la fruta, en los frescos tallos de hierba, habló de esta manera.

—¡Queridos amigos míos! Ved cuán bella y grande es la tierra, llena en derredor nuestro de toda clase de magnificencias y poblada de humanas viviendas. Sin embargo, apostaría yo que en este momento no existen en ningún lugar de tan inmenso mundo cuatro seres tan unidos como nosotros y que posean todos cuatro nuestras cualidades, siendo tan inteligentes, comedidos, laboriosos, económicos, humildes, sensatos, cuerdos y

sociables. Contemplad cuántas flores de todas clases ha hecho surgir la primavera en torno nuestro; ved sobre todo las amarillas primulas, con las cuales se puede hacer una agradabilísima y sana infusión; pero ¿son acaso justas y trabajadoras? ¿Son quizá económicas, prudentes, habilidosas y capaces de abrigar inteligentes y ejemplares pensamientos? Nada de eso. Inanimadas e inconscientes, dejan transcurrir su vida, y su belleza no les evita convertirse en muerto heno. En cambio nosotros con nuestras virtudes somos muy superiores a ellas y nada tenemos que envidiarlas en belleza, pues Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza e influído en nosotros, además, su divino hálito. ¡Ay! ¡Ojalá pudiéramos permanecer aquí eternamente en este paraíso y conservando la inocencia que poseemos en este momento! Porque, amigos míos, me parece ahora como si estuviésemos todos en estado de pura inocencia, pero ennoblecidos por conocimientos adquiridos sin pecado, pues gracias a Dios todos sabemos leer y escribir y hemos aprendido un oficio, que ejercemos con gran destreza. Yo, por mi parte, poseo aptitudes para llevar a cabo muchas cosas que no se atrevería a emprender la más culta de las señoritas, y si quisiera podría salir de mi clase; pero como la humildad y la modestia son las más nobles virtudes de una mujer cabal, me basta sólo con saber que mi espíritu no carecería de valor ni de empuje para dar cima a altas empresas. Muchos hombres que no eran dignos de mi amor me han

deseado ardientemente, y ahora veo de pronto en derredor mío tres jóvenes dignísimos, y cualquiera de ellos es merecedor de poseerme. Medid, pues, la angustia en que se halla mi corazón ante tan maravillosa riqueza y tomad ejemplo de mí figurándoos cada uno rodeado de tres jóvenes de igual valer y belleza que desearan su cariño sin que el favorecido supiera, dada la igualdad de condiciones de las tres, inclinarse por ninguna y las perdiera así todas. Imaginaos que cada uno de vosotros se viera pretendido por tres Züs Bünzlin y que todas estuviesen aquí sentadas en derredor vuestro, vestidas igual que yo y con idéntico aspecto, como si de repente me hiciera yo nueve y os mirara desde todos lados, muriéndome triplemente por cada uno de vosotros. ¿Os lo figuráis?

Los buenos peñeros dejaron de masticar la fruta, y poniendo cara de tontos comenzaron a meditar en la difícil solución de aquel intrincado problema imaginativo. El primero que lo logró fué Dietrich, y prorrumpió con gesto voluptuoso:

—¡Sí, sí, querida señorita Züs! Si me permitís que me explique os diré que os veo no sólo triplicada, sino centuplicada flotar alrededor de mí, mirándome con ojos amorosos y ofreciéndome mil y mil besos.

—¡Nada de eso!—rechazó Züs, muy enfadada.
—No hay que exagerar ni suponerme capaz de maneras tan poco decentes. ¿Cómo os habéis podido imaginar tal cosa, presuntuoso Dietrich? No he

permitido que me os imaginéis centuplicada y brindando caricias, sino sólo triplicada alrededor de cada uno y con modales castos y recatados.

—Sí, eso es—exclamó ahora Job, señalando en torno suyo con un rabito de pera—, sólo triplicada y con la mayor decencia veo yo a la querida señorita Bünzlin pasear a mi lado, mirándome cariñosamente y colocando su mano sobre su corazón. Gracias, muchas gracias, muchísimas gracias—añadió, inclinándose tres veces hacia tres lados distintos, como si en realidad viese la triple aparición.

—Así está bien—dijo Züs sonriendo—. Si alguna diferencia hay entre vosotros tres es a favor de Job, que se muestra siempre como el más inteligente o, por lo menos, el más comprensivo.

Fridolin, el bávaro, no había terminado aún su tarea de representarse las tres Züs; mas al oír alabar de aquella manera a su rival se atemorizó y exclamó a toda prisa:

—Yo también veo a la queridísima señorita Bünzlin pasear triplemente a mi alrededor mientras que, con el mayor recato, me hace voluptuosas señas, colocando su mano sobre...

—¡Basta Fridolin!—gritó Züs, volviendo el rostro—. ¡Ni una sola palabra más! ¡Cómo tenéis valor para dirigirme esas frases disolutas y figuraros tales indecencias? ¡Basta, basta!

El pobre bávaro se quedó como herido por el rayo y se puso rojo como el fuego sin saber por qué, pues no se había figurado nada, y lo único que ha-

bía hecho era repetir, variándolas ligeramente, las palabras de Job, que tan aplaudidas había visto. Züs se dirigió de nuevo a Dietrich y dijo:

—¿Y vos, querido Dietrich? ¿Habéis logrado ya imaginaros algo más acertado?

—Sí—respondió el suevo, contento de que la muchacha se dirigiera a él de nuevo—. Ahora sólo os veo tres veces, mirándome afable, pero honestamente, y ofreciéndome tres blancas manitas, que yo beso.

—Bien—dijo Züs—. ¿Y vos, Fridolin? ¿Habéis vuelto ya de vuestro error? ¿Se ha tranquilizado vuestra impetuosa sangre sugiriéndoos una visión más decente?

—Perdón—replicó tímidamente el bávaro—. Ahora creo ver tres jóvenes que me ofrecen peras y ciruelas y que no parecen despreciarme. Ninguna es más bonita que las otras y la elección entre ellas me parece un trance difícil y amargo.

—Está bien—concluyó Züs—. Ahora que en vuestra imaginación os halláis rodeados cada uno de tres personas igualmente dignas, y a pesar de este amoroso exceso sufrís de falta de amor en vuestro corazón, podéis medir cuál será mi propio estado. Ya habéis visto cómo en una igual situación he sabido dominarme; tomad, pues, ejemplo de mí y juradme que conservaréis siempre vuestra recíproca amistad y que, sea cual sea la decisión del Destino, os separaréis unos de otros con el mismo cariño con que yo me separaré de los tres cuando suene la hora de dar co-

mienzo a vuestra penosa carrera. Poned vuestras manos en la mía y jurádmelo.

—Tenéis razón—exclamó Job—. Al menos yo he de hacerlo así. Confíad en que por mí no ha de quedar.

Los otros dos se dieron prisa a exclamar:

—¡Por nosotros tampoco!

Y unieron sus manos, aunque proponiéndose cada uno para sí correr de todos modos lo más que pudiese.

—Por mí no ha de quedar—repitió Job—, pues yo soy desde mi juventud de natural benigno y amante de la concordia. Nunca he tenido una pelea con nadie ni he podido ver sufrir a ningún animal. Allí donde he estado me he conducido bien y recogido las mayores alabanzas por mi apacible y tranquilo comportamiento, pues a pesar de ser un hombre joven e inteligente y entendido en muchas cosas nunca se vió que yo me mezclase en asuntos que no me importasen y he cumplido siempre con mi deber prudentemente. Puedo trabajar todo cuanto quiero sin que ello me haga daño, porque poseo salud y estoy en los mejores años de la vida. Todas mis maestras han hecho buenas migas conmigo y han dicho que yo era un joya y una maravilla. ¡Ay! ¡Creo de verdad que con vos viviría yo como en el cielo, señorita Züs!

—¡Claro!—exclamó el bávaro ansiosamente—. No creo que sea ninguna cosa extraordinaria vivir con la señorita como en el cielo. Yo creo que también lo conseguiría, pues no soy ningún tonto.

Mi oficio lo conozco a fondo y sé mantener en orden las cosas sin perder el tiempo en palabras. Nunca he tenido ninguna pendencia, a pesar de haber vivido en ciudades muy populosas, y nunca he pegado a un gato ni matado una araña. Soy moderado y sobrio y cualquier comida me satisface, y sé complacerme en las cosas más pequeñas y estar contento con ellas. Pero además soy animoso y sano y puedo resistir bien un intenso trabajo. Una buena conciencia es el mejor elixir de larga vida. Todos los animales me quieren y me siguen porque ventean mi buena conciencia, pues con los hombres malos no quieren estar nunca. Un perrito de lanas me siguió durante tres días cuando salí de la ciudad de Ulm, y por fin tuve que confiárselo a un campesino, ya que yo, como humilde oficial peínero, no podía permitirme el lujo de alimentarlo. Al atravesar los bosques de Bohemia, los ciervos y los gamos se quedaban parados a veinte pasos de mí, sin que yo los sustara. Es maravilloso cómo hasta los animales salvajes conocen al hombre y adivinan cuál tiene buen corazón.

—Eso debe ser cierto—exclamó Dietrich, el suevo—. ¿No veis cómo aquel pinzón revolotea todo el tiempo alrededor de mí, como queriendo acercarse? ¿Y cómo aquella ardilla que hay subida en el pino me mira con insistencia? Mirad, este pequeño escarabajo quiere a toda costa subirse por mis piernas y no se deja quitar de ellas. Seguramente el pobre animalito se encuentra bien conmigo.

Züs llegó a encelarse ante el relato de tantas bondades y, no queriendo ser menos, exclamó con cierta violencia:

— ¡Todos los animales han querido y quieren estar siempre a mi lado! Durante ocho años tuve un pajarito al que disgustó enormemente que la muerte lo separara de mí. Nuestro gato viene siempre a rozarse conmigo a donde yo esté o vaya, y las palomas de mi vecino se agolpan ante mis ventanas y se disputan el sitio cuando les echo miguitas de pan. Los animales poseen, cada uno según su clase, maravillosas cualidades. El león sigue a los reyes y a los héroes, el elefante acompaña a los príncipes y a los valientes guerreros, el camello portea a los comerciantes a través del desierto y les reserva en su vientre agua fresca y pura con que calmar su sed, y el perro acompaña a su dueño en todos los peligros y hasta se arroja al mar para salvarle. El delfín es aficionado a la música y sigue a los buques en largas travesías, y el águila acompaña a los ejércitos que van a la guerra. El mono es un animal muy parecido al hombre e imita todo lo que le ve hacer, y el papagayo comprende nuestro idioma y charla con nosotros como un anciano lleno de experiencia. Las mismas serpientes se dejan amaestrar y bailan sobre la punta de su cola. El cocodrilo llora humanas lágrimas y es respetado y cuidado por los habitantes del país en que vive. El avestruz se deja ensillar y montar como un brioso corcel. El búfalo tira de las carretas y el reno de los trineos. El unicornio

proporciona al hombre el níveo marfil y la tortuga sus transparentes huesos para...

—¡Con permiso!—interrumpieron a una los tres peineros—. Eso es un error. El marfil proviene de los colmillos de los elefantes y los peines de concha se hacen del caparazón y no de los huesos de la tortuga.

Ziis enrojeció vivamente y dijo:

—Eso podría discutirse, pues vosotros no habéis visto de dónde se sacan esos materiales y no habéis hecho nunca mas que trabajarlos y darles forma. No suelo equivocarme sino pocas veces; pero, sea como sea, no me interrumpáis y dejadme hablar. No son solos los animales en poseer cada uno sus maravillosas cualidades propias, que Dios ha tenido a bien concederles, sino que también los muertos minerales que se extraen de las minas tienen cada uno las suyas, que le distinguen de los demás. El cristal es transparente como el vidrio; en cambio el mármol es duro y tiene vetas blancas o negras; el ámbar posee cualidades eléctricas, atrae el rayo y despide al quemarse un olor parecido al del incienso. El imán atrae el hierro y sobre la pizarra puede escribirse, mas no sobre el diamante, que es duro como el acero y que por ser pequeño y puntiagudo es usado por los vidrieros para cortar el cristal. Habréis visto, queridos amigos míos, que puedo decir cosas muy curiosas de los animales. Ahora, en lo que respecta a sus relaciones para conmigo, debo advertiros lo siguiente: El gato es un animal listo y astuto, y por lo tan-

to no toma cariño mas que a las personas que también lo son. En cambio la paloma es el símbolo de la inocencia y la sencillez y no puede sentirse atraída mas que por almas sencillas e inocentes. Si, como ya he dicho antes, los gatos y las palomas me toman siempre un gran cariño, puede muy bien deducirse de ello que soy a un tiempo prudente y sencilla, astuta e inocente, como aconseja el proverbio: «Sed prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma». Vemos, pues, que podemos conceder importancia a nuestras relaciones con los animales y aprender, observándolos con atención y acierto, muchas cosas de ellos.

Los pobres peñeros no osaron pronunciar una sola palabra más. Züs los había hundido a todos, y durante un buen rato siguió hablando con volubilidad de todo lo divino y lo humano, dejándolos por fin completamente mareados y maravillados de su ingenio y de su elocuencia, pero considerándose, sin embargo, cada uno de ellos digno de convertirse en dueño de aquella joya, que, además, les salía tan barata y constituiría el mejor ornato de un hogar sólo con su maestría en el manejo de su incansable lengua. Los imbéciles de su calaña suelen preguntarse lo último, o no preguntarse, en absoluto, si son o no dignos de las cosas a que tan alto valor conceden y si sabrán o no utilizarlas o sacar algún provecho de ellas, y son como niños que echan mano a todo lo que a sus ojos reluce, chupan los colores de las cosas y quieren meterse en la boca todo el sonajero, en vez de agitarlo sencilla-

mente junto a sus oídos. Así es que fueron acalorándose cada vez más y más en su deseo e imaginación de poseer a aquella excelente persona, y cuanto más insubstanciales, vanas y ególatras eran las insensatas frases de Züs más conmovían y emocionaban a los tres peñeros. Al acabar la muchacha su discurso sintieron ellos una gran sed, producida por la mucha fruta seca que habían comido en el entretanto. Job y el bávaro buscaron una fuente en un cercano bosquecillo, y hallando un fresco manantial se atracaron de agua. En cambio Dietrich, el suevo, había tenido la prudencia de llevar consigo secretamente una botellita llena de aguardiente de cerezas mezclado con agua y azúcar, refresco que preparó con el fin de que le confortara y diera ventaja en la carrera, pues sabía que los otros eran demasiado ahorrativos para llevar nada parecido consigo o entrar antes en una posada a echar un trago. Mientras los otros dos se llenaban el estómago de agua, sacó él su botellita y la ofreció a Züs, que bebió la mitad de ella, sabiéndole tan bien y refrescándola tanto que dirigió una agradecida y tierna mirada a Dietrich, al cual supo el resto que en la botella quedaba como si fuera el mejor vino de Chipre y sintió centuplicadas sus fuerzas. No pudo contenerse y atrapó los dedos de Züs, besándolos suavemente, mientras ella le daba golpecitos con el índice en los labios, haciendo él como si quisiera morderlo y poniendo en tal juego un hocico como el de una carpa que intentara sonreír. Züs le sonreía también con una

falsa mueca amable, y Dietrich la correspondía con gesto astuto y dulzón. Estaban sentados en el suelo uno frente al otro, y de cuando en cuando sus pies se encontraban y se daban recíprocos golpecitos en las suelas de los zapatos, como si quisieran darse las manos con los pies. Züs se inclinó un poco hacia delante y puso su mano en el hombro de Dietrich, el cual intentaba corresponderla y continuar el tierno juego, cuando regresaron el sajón y el bávaro, quedándose petrificados y mudos al contemplar aquella escena. Volvían un tanto cansados y anhelosos, pues la mucha agua bebida, al caer sobre la fruta seca que habían comido, les había sentado perversamente, y al unirse al malestar de su estómago el dolor de su corazón, ante la amorosa escena, palidieron y frías gotas de sudor asomaron a sus frentes. Pero la muchacha no perdió su serenidad, y haciéndoles, con extrema amabilidad, señas de acercarse, les dijo:

—Venid, queridos. Sentaos otro poco a mi lado y gocemos unos momentos más, por última vez, de nuestra unión y nuestra amistad.

Job y Fridolin se acercaron a toda prisa, sentándose junto a su adorada Züs, la cual dejó una mano en poder del suevo, entregó la otra a Job y apoyó las suelas de sus zapatos en los pies de Fridolin, sonriendo luego a los tres uno tras otro, por riguroso turno. No de otro modo proceden aquellos virtuosos de la música que a la vez tocan diversos instrumentos, agitando unas campanillas colocadas a modo de sombrero, soplando en

una flauta, tocando una guitarra con las manos, los platillos con las rodillas, el triángulo con los pies, y un tambor que a la espalda llevan colgado, con los codos.

Luego se alzó de la tierra, bajó su vestido, que había recogido cuidadosamente para no ensuciarlo, y dijo:

—Ha llegado el momento, amigos míos, de que nos pongamos en camino y que os preparéis vosotros para aquella dura y decisiva prueba a que os somete el maestro por simple capricho, pero que nosotros hemos decidido considerar como prescrita por el Destino. Empezad vuestro camino con valerosa emulación, mas sin enemistad ni envidia unos por otros, y conceded de buen grado la corona triunfal al vencedor.

Como picados por una avispa se pusieron en pie los tres rivales. Había llegado la hora decisiva y debían echar a correr lo más que pudieran sobre aquellas sus piernas, habituadas a un digno y medurado andar. Ninguno de ellos se acordaba de haber corrido o saltado alguna vez. El que parecía confiar más en su agilidad era el suevo, que hasta comenzó a piafar y levantar, impaciente, los pies del suelo. Mutuamente se miraban con desconfianza y extrañeza y estaban pálidos y sudorosos como si se hallaran ya a la mitad de su carrera.

—Daos otra vez las manos—dijo Züs.

Ellos obedecieron, pero tan desgana y displicentemente que las tres manos resbalaron unas

sobre otras y volvieron a caer como si fueran de plomo.

—¿De verdad vamos a llevar a cabo la loca proposición del maestro?—preguntó Job, limpiándose las lágrimas que comenzaban a asomar a sus ojos.

—Cierto—continuó el bávaro—. ¿Vamos de verdad a correr y a saltar?

—¿Y vos, Züs?—prosiguió Job casi aullando—. ¿Qué es lo que vais a hacer entretanto?

—A mí—respondió la muchacha escondiendo sus ojos tras el pañuelo—me corresponde callar, sufrir y contemplar la prueba.

El suevo interrugó, afable y astuto:

—Pero ¿y después?

—¿Oh Dietrich!—respondió ella con expresión cariñosa—. ¿Acaso no sabéis que los deseos del corazón fuerzan a veces al Destino?

Y al decir esto le miró de reojo tan significativamente que el suevo levantó un pie y aspiró una bocanada de aire como si quisiese echar a correr en el acto. Mientras que los tres rivales prepararon sus carretillas y colocaron en ellas sus hatillos, Züs tocó con el codo o pisó varias veces, como al descuido, a Dietrich y le quitó el polvo del sombrero; mas todo ello sin dejar de sonreír a hurtadillas a los otros dos para darles a entender que lo hacía por burlarse de él. Entre tanto los tres competidores inflaban sus carrillos y lanzaban grandes suspiros al espacio. Luego miraron en derredor suyo con angustiados ojos, se quitaron el sombrero para limpiarse el sudor que corría por sus frentes y pa-

sarse la mano por los pegados cabellos, se volvieron a cubrir y de nuevo miraron en todas direcciones y aspiraron grandes cantidades de aire. Züs se apiadó de ellos, y tanto se conmovió que comenzó a llorar.

—Aun me quedan—les dijo entre sollozos— tres ciruelas pasas. Tomad una cada uno y conservadla en la boca durante la carrera. Eso os refrescará. Y ahora poneos en camino y transformad la locura ideada por el hombre perverso en una prueba de la sabiduría de los hombres justos. Lo que le sugirió su maligno capricho queda por vosotros convertido en obra ejemplar de conformidad con el Destino y dominio de las pasiones y en un significativo final de una buena conducta observada durante largos años y de una digna emulación en la observancia de la virtud.

Metió cada uno su ciruela pasa en la boca y comenzó a chuparla. Job, apretándose el vientre con una mano, exclamó:

—Puesto que ello ha de ser, sea cuanto antes.

Y levantando de repente su bastón comenzó a andar a grandes zancadas, alzando mucho las rodillas y arrastrando tras de sí la carretilla. Apenas se dió cuenta Fridolin de su partida, se puso en marcha, siguiendo sus huellas, y ambos corrieron cuesta abajo a toda prisa sin volverse a mirar atrás. El suevo fué el último que emprendió el camino, y echó a andar al lado de Züs con cara satisfecha y astuta, simulando una absoluta tranquilidad, como si, seguro de su triunfo y lleno de nobleza, quisiera con-

ceder a sus compañeros una pequeña ventaja. Züs admiró su serenidad y se colgó familiarmente de su brazo.

—¡Qué cosa más excelente—exclamó suspirando—es poder contar en esta vida con un firme apoyo! Aunque se esté sobradamente dotada de talento, prudencia y penetración para marchar por el camino de la virtud, siempre se va por él mucho mejor apoyada en el brazo de un fiel amigo en el que se confie.

—Ahora lo habéis acertado, Züs. Siempre lo pensé yo así—replicó Dietrich, dándole fuertemente con el codo, mientras espiaba la marcha de sus rivales para no permitir que le sacasen demasiada ventaja—. ¿Veis ahora cuán verdad es que una mujer no puede ni debe ir sola por el camino de la vida? ¿Convenís por fin en ello?

—¡Oh Dietrich, mi querido Dietrich!—dijo ella con un suspiro aún mucho más fuerte—. ¡No sabéis lo sola que me siento!

—¡Bien, bien; así se habla!—exclamó el suevo, sintiendo que su corazón quería saltársele del pecho ante aquellas prometedoras palabras; mas al mismo tiempo descubrió que sus rivales se habían perdido ya de vista, desapareciendo tras una vuelta del camino, y quiso desprenderse del brazo de Züs y echar a correr tras de ellos. Pero ella le retuvo con tal fuerza, agarrándose a él como si estuviera a punto de desmayarse, que no pudo conseguir libertarse.

—¡Dietrich!—murmuró la joven—. No me de-

jéis sola en estos momentos. Confío en vuestra ayuda.

—¡Soltadme, soltadme!—gritó él angustiado—. ¿No veis que si no llegaré tarde y todo se habrá perdido?

—No, no—suplicó ella—. No podéis abandonarme así. Me siento enferma.

—¡Y a mí qué me importa!—gritó él desasiéndose violentamente y corriendo hacia una elevación de terreno, desde la cual vió a los corredores volar a toda marcha camino de la ciudad.

Mas cuando se disponía a seguirlos volvió la vista y vió a Züs que, sentada a la entrada de un sendero que conducía al cercano bosque, le hacía amorosas señas para que acudiese junto a ella, y no pudiendo resistir, volvió a su lado en vez de emprender su carrera montaña abajo. Cuando ella le vió acudir se levantó y se internó en el sombrío bosque, volviéndose sonriente hacia él de cuando en cuando, pues su intención era apartarle por todos los medios de la carrera y entretenerle el tiempo suficiente para que la perdiese y tuviera que salir de Seldwyla.

Mas no contaba con el ingenio del suevo, que en el mismo momento cambió de táctica, proponiéndose conseguir la victoria allí mismo y sin moverse de su lado, y sucediendo de este modo las cosas de un modo diferente a lo esperado por la astuta personita. En cuanto se encontró solo con ella en un escondido rincón del bosque cayó a sus pies, atacándola con las más ardientes protestas de

amor que nunca salieron de un oficial en peinería. Züs intentó primero imponerle tranquilidad y, sin espantarle y hacer que se fuera de su lado, mantenerle a raya, poniendo en juego para conseguirlo todas sus gracias y toda su sabia experiencia. Pero cuando él le representó su pasión con mágicas palabras, que lo decisivo del momento sugirió a su excitado y apurado ingenio; cuando la abrumó con toda clase de ternuras, intentando adueñarse tan pronto de sus manos como de sus pies, y alabando su cuerpo y su alma y todo lo suyo con exageradas hipérboles, y a todo ello se añadió el dulce y silencioso ambiente del bosque, perdió Züs por completo el compás, como era natural que sucediese a una persona cuya inteligencia era en definitiva tan corta como sus sentidos. Su corazón pataleaba tan indefenso y asustado como un insecto puesto panza arriba, y Dietrich alcanzó sobre él la más completa de las victorias. Züs le había traído a aquella espesura para hacerle traición, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró conquistada por el suevo. No debe ello atribuirse a que fuera ella de natural sobrado amoroso, sino a que, con su cortedad de inteligencia y a pesar de la sabiduría que se imaginaba poseer, no veía más allá de sus narices. En tal agradable soledad permanecieron más de una hora, abrazándose de continuo y dándose millares de besos. Se juraron fidelidad eterna y sincero amor y convinieron en casarse en seguida, pasase lo que pasase.

Entre tanto había cundido por toda la ciudad

la noticia de la original aventura de los tres oficiales, hecha pública por el mismo maestro para aumentar su diversión. Se hallaban, por lo tanto, los seldwylenses encantados del inesperado espectáculo gratuito que se les proporcionaba y ansiosos de ver correr para su entretenimiento a los tres honrados y sensatos peineros. Un gran gentío se extendía fuera de las puertas de la ciudad a ambos lados de la carretera, como cuando se espera la llegada de un campeón de carreras. Los muchachos trepaban a los árboles y los ancianos se hallaban sentados sobre la hierba fumando tranquilamente sus pipas, muy satisfechos de encontrarse con un tan barato placer. Hasta las más importantes personas de la ciudad habían acudido a tomar parte en el general regocijo y discurrían alegremente por los jardines y cenadores de las hosterías cercanas a la carretera, haciendo multitud de apuestas sobre el resultado de la carrera. En las calles por las que tenían que pasar los corredores se hallaban abiertas todas las ventanas, y en las correspondientes a la sala de cada casa habían dispuesto sus propietarias rojos y blancos almohadones para apoyar sus brazos y los de las numerosas visitas femeninas que acudían a presenciar la carrera, formándose de este modo en cada casa alegres reuniones que dieron mucho trabajo a las criadas, las cuales tuvieron que preparar un sinnúmero de cafés e ir repetidas veces a buscar bollos y bizcochos. Los muchachos que a la entrada de la ciudad se hallaban subidos en altos árboles espionando la

llegada de los corredores vieron de repente a lo lejos una pequeña nube de polvo que iba acercándose, y comenzaron a gritar: «¡Ya vienen, ya vienen!», y, en efecto, poco tiempo después aparecieron Job y Fridolin corriendo como el huracán por en medio de la carretera y levantando una gran polvareda. Con una mano tiraban de su carretilla, que saltaba como loca por cima de las piedras, y con la otra sujetaban sus sombreros, que llevaban encajados y caídos sobre la nuca. Los faldones de sus casacas volaban tras ellos. Ambos estaban cubiertos de sudor y de polvo y abrían la boca para respirar anhelosamente. Corrían sin ver ni oír nada de lo que pasaba en torno suyo, y gruesas lágrimas, que no tenían tiempo de enjugar, resbalaban por sus mejillas. Iban casi pisándose los talones, pero el bávaro llevaba a Fridolin un palmo de ventaja. Grandes carcajadas y un espantoso griterío saludaron su llegada, extendiéndose por todos lados. La gente se puso en pie agolpándose a ambas márgenes del camino y por todas partes se oían burlas y frases de ánimo: «¡Bravo, bravo! ¡Corre más, Fridolin! ¡Bien por el bávaro! ¡Ya debe de haber caído uno, pues no vienen más que dos!» Las personas importantes que se hallaban sentadas en los jardines de las hosterías se subieron encima de mesas y bancos, pensando morir de risa ante el divertido espectáculo. Sus risas, resonando fuertemente y resaltando sobre el barullo del pueblo que llenaba la calle, dieron la señal para una alegría general como nunca se había visto en Seld-

wyla. Los chiquillos y toda la demás gentualla echaron a correr tras los dos pobres locos, formando un numeroso grupo que, levantando una terrible nube de polvo, se dirigió, siguiéndolos, hacia la puerta de la ciudad. Hubo hasta mujeres y muchachas que en su entusiasmo se adhirieron a este grupo mezclando sus agudas voces cantarinas con los gritos de la chiquillería. Llegaban ya a la puerta, cuyas torres estaban llenas de curiosos que agitaban gorras y pañuelos, y corrían como caballos desbocados, con el corazón angustiado por el miedo y el tormento, cuando un golfillo dió un salto al pasar Job por delante de él y cayó de rodillas sobre la carretilla, dejándose conducir cómodamente, entre el aplauso de la muchedumbre. Job volvió la cabeza y le suplicó que se apease, intentando, ante su negativa, darle un golpe con su bastón. Pero el muchacho esquivó los garrotazos y siguió en su sitio, haciéndole a Job burlonas muecas. Mientras tanto Fridolin había ganado algún terreno, y Job, al notarlo, le arrojó su bastón entre las piernas, haciéndole caer. Mas al querer adelantarle le agarró Fridolin de los faldones, levantándose con tal ayuda. Job le golpeó las manos, gritándole que soltase; pero el bávaro no le obedeció, y entonces agarró también él los faldones de la casaca de su adversario, y sujetándose así uno a otro traspasaron la puerta, girando penosamente sobre su eje y sin avanzar apenas. De cuando en cuando intentaban, sin conseguirlo, dar un salto hacia adelante y desasirse uno de otro.



Iban llorando, sollozando y aullando como niños pequeños, y, llenos de indecible angustia, se gritaban uno al otro: «¡Por Dios, suéltame! ¡Santo Dios, suéltame! ¡Déjame, Fridolin! ¡Suelta, Job! ¡Satanás, suéltame!» Mientras tanto se golpeaban con afán las manos, pero sin lograr nada ni avanzar mas que muy lentamente. Habían perdido ambos bastón y sombrero, y dos golfillos llevaban éstos colocados en la punta de aquéllos.

El grupo que los seguía entró con ellos por las calles de la ciudad. Todas las ventanas se hallaban ocupadas por el elemento femenino, que dejaba caer sus argentinas risas sobre el bramido de la marejada callejera. Hacía ya mucho tiempo que Seldwyla no había gozado de una tan general alegría. Tanto los emborrachó el regocijo a los espectadores, que a ninguno de ellos se le ocurrió señalar a los combatientes que habían alcanzado la meta, cuando en su angustiosa lucha pasaron por frente al taller. Tampoco ellos se dieron cuenta, pues su aturdimiento no les permitía ver nada, y así sucedió que después de atravesar toda Seldwyla volvieron a salir al campo por la puerta opuesta, seguidos siempre de su bullicioso cortejo. El maestro presenció riendo su paso ascumado a la puerta, y después de esperar una hora para ver si por fin aparecía el vencedor se disponía a marcharse para saborear los frutos de su chuscada, cuando tranquila e inesperadamente entraron Züs y Dietrich en el taller.

Mientras sucedía lo antes relatado habían embe-

aunado sus proyectos, decidiendo ir a ver al maestro, en la creencia de que éste, conocedor de que no podía sostener su negocio por más tiempo, se lo traspasaría contra una buena suma de dinero. Züs entregaba sus valores con tal objeto, y Dietrich añadía sus ahorrillos, y podían convertirse así en dueños de la situación y del taller y reírse de los otros dos. Expusieron su común plan al sorprendido maestro, y éste se alegró de poder cerrar el trato y percibir el dinero antes de tener que declararse en quiebra y que sus múltiples acreedores interviniesen el precio del traspaso. Rápidamente quedó todo arreglado, y antes de ponerse el sol era Züs Bünzlin dueña del taller de peinería y su prometido arrendatario de la casa en que aquél se hallaba. De este modo quedó Züs, que aquella mañana ni siquiera lo sospechaba, conquistada y encadenada por la habilidad del joven Dietrich.

Medio muertos de vergüenza, cólera y fatiga yacían mientras tanto Job y Fridolin en la posada a que los habían conducido cuando, extenuados, cayeron juntos, y sin soltarse aún, sobre la hierba. La ciudad entera, puesta en revolución por el regocijado espectáculo, había olvidado ya la causa de su alegría, pero continuaba festejando durante la noche el placentero día. Se organizaron bailes en muchas casas y en las tabernas se bebió y se cantó como en los mejores días seldwylenses, pues en aquella ciudad no se necesitaban muchos motivos para organizar con gran maestría ruidosos festejos. Cuando los dos pobres diablos vieron cómo

su ánimo de utilizar la general ligereza en provecho de su propio engrandecimiento no les había servido mas que para procurar un brillante triunfo a los livianos pecadores y convertirse ellos en motivo de burla y chacota generales, pensaron morir del disgusto, pues no sólo había fracasado y caído por tierra el sabio plan durante tantos años preparado, sino que ahora pagaban ellos toda su anterior fama de gente sensata y recta.

Job, que era el de más edad, y que habiendo permanecido siete años en Seldwyla no podía fácilmente salir de ella en busca de trabajo, se consideró totalmente perdido y no pudo recobrar sus ánimos. Lleno de melancolía salió a la mañana siguiente de la ciudad y se ahorcó de un árbol en el mismo sitio en que el día anterior habían estado sentados. Cuando Fridolin, el bávaro, pasó por allí una hora más tarde y le vió, sintió tal espanto que echó a correr como loco, y desde aquel momento quedó tan transformada su manera de ser que se convirtió en un hombre perverso y haragán, que nunca llegó a pasar de oficial ni tuvo jamás un amigo.

Solo Dietrich, el suevo, permaneció siendo justo y progresó logrando mantenerse a flote en Seldwyla; pero sacó de ello pocos placeres y alegrías, pues Züs se atribuía sus éxitos y le dominaba y le oprimía, considerándose a sí misma como la sola fuente de todo lo bueno.

EL GATO Y EL HECHICERO

(FABULA)

Cuando alguien en Seldwyla ha emprendido un mal negocio o ha sido burlado, chasqueado o estafado, dicen de él sus conciudadanos: «Ese le ha comprado las mantecas al gato.» Tal proverbio es de uso corriente en muchos lugares de Suiza, pero en ninguno se emplea con tanta frecuencia como en la expresada ciudad, cosa quizá debida a que en ella existe una vieja leyenda sobre su origen y significación.

Cuéntase que hace varios cientos de años residía en Seldwyla una anciana que vivía sola con un precioso gato gris y negro, el cual, lleno de prudencia y cordura, no se metía con nadie que no intentase turbar la plácida existencia que llevaba al lado de su ama. Su única pasión era la de la caza, pero aun en ella se comportaba razonable y mesuradamente, sin escudarse en el hecho de que al satisfacer dicha pasión realizaba algo útil y que su ama veía con gusto, para dejarse arrastrar a una excesiva crueldad. Por lo tanto, no cazaba y mataba mas que a aquellos impertinentes y descarados

ratores que se aventuraban a penetrar en un círculo idealmente trazado en derredor de su morada, y sólo raras veces traspasaba aquel círculo para perseguir a un ratón especialmente molesto y atrevido que había excitado su cólera. En estos casos solicitaba con toda cortesía el permiso de los vecinos para cazar en sus habitaciones, cosa que le era gustosamente concedida, pues nunca derribaba los pucheros ni saltaba sobre los jamones colgados de las paredes, sino que se dedicaba con silenciosa aplicación a su negocio, y una vez que daba término a él se alejaba con gran formalidad llevándose su ratoncillo en la boca. No era tampoco nuestro buen gato nada espantadizo ni huraño, sino al contrario, afable y cariñoso para con todo el mundo, y no huía de las buenas gentes, dejando que éstas le gastaran alguna mesurada broma y hasta que le tiraran un poco de las orejas, sin bufar ni arañarlas. No toleraba en cambio ninguna confianza a aquellas otras personas ininteligentes cuya tontería era efecto, según su particular opinión, de un alma seca y egoísta, y huía de ellas o las obsequiaba con una buena garfada en la mano cuando le importunaban con demasiada falta de tacto.

Espejo, que así era denominado el gatito, por la lisura y brillantez de su pelo, llevaba, pues, una vida alegre, elegante y contemplativa, sin que nada le faltase, mas sin envanecerse tampoco de su buena posición y excelentes cualidades. No saltaba siempre a las horas de comer, como lo hacen otros gatos irreflexivos, sobre el hombro de su ama para

atraparle los bocados al ir a llevarse el tenedor a la boca, sino que sólo lo hacía cuando veía que tal juego podía agradaarla, y tampoco se pasaba el día durmiendo sobre un almohadón junto al fuego, pues prefería permanecer avisgado y despierto y gustaba de escoger la estrecha barandilla de la escalera o el alero del tejado para echarse y entregarse a una filosófica contemplación del mundo. Sólo en primavera, cuando florecen las violetas, y después en otoño, cuando el veranillo de San Martín iguala en suave temperatura y dulce ambiente a los mejores días de mayo, se interrumpía por toda una semana aquella su tranquila y plácida existencia. Durante estos días se dedicaba *Espejo* a sus asuntos propios y vagaba por los más lejanos tejados lleno de entusiasmo amoroso, entonando bellísimos y apasionados cánticos. Hecho un completo Don Juan, se entregaba día y noche a las más equívocas aventuras, y cuando, por rara casualidad, aparecía por su casa en aquella temporada, era con un aspecto tan libertino, erizado, salvaje y lastimoso, que su silenciosa dueña no podía contenerse y exclamaba, casi indignada: «¡*Espejo*, por Dios! ¿No te avergüenzas de llevar esa mala vida?» Pero *Espejo* no se avergonzaba, pues era hombre de principios y sabía que aquel momentáneo cambio de costumbres era perfectamente lícito y natural. Por tanto, no se conmovía ante los reproches de su dueña y se dedicaba a restablecer el orden de su piel y recobrar la inocente elegancia de su aspecto pasándose por la cara sus

manitas, previamente humedecidas, como si nada hubiese sucedido.

Esta tranquila y regulada existencia tuvo de repente un triste fin. Hallándose *Espejito* en la flor de sus años murió su dueña, de puro vieja, y le dejó en el mayor abandono y más melancólica orfandad. Fué ésta la primer desgracia que cayó sobre el pobre gato. Con aquellos lamentos que expresan la asustada ignorancia de la real y natural causa de un gran dolor, acompañó *Espejo* el cadáver hasta la calle y vagó después todo el día por dentro de la casa y sus alrededores, sin saber qué partido tomar. Mas su razón y su filosófico natural le aconsejaron pronto aceptar con resignación lo irremediable y demostrar su agradecido apego a la casa de su fallecida dueña ofreciéndose para todo a sus regocijados herederos y disponiéndose a servirlos con hechos y consejos, tener a raya a los ratones y, además, ponerles al corriente de cierto secreto cuya revelación los hubiera llenado de alegría. Mas los herederos, que eran gente poco razonable y muy ligera de cascos, no le dejaron comenzar siquiera a poner en práctica sus buenos propósitos, pues cada vez que aparecía por la casa le tiraban las botas a la cabeza y una vez hasta arrojaron contra él el taburetito en que acostumbraba a colocar los pies su difunta dueña. A los pocos días comenzaron a pelearse entre ellos por el reparto de la herencia, surgió un pleito y todos abandonaron la casa, dejándola cerrada y solitaria.

El pobre *Espejo* quedó sentado sobre la piedra

del umbral, sin que llegase nadie a abrirle la puerta. Por la noche logró, tras mil rodeos, subir al tejado, y, penetrando por él en su antigua morada, permaneció escondido en ella la mayor parte del siguiente día, tratando de que el sueño le hiciera olvidar momentáneamente sus penas. Mas el hambre le hizo salir de nuevo a la calle, bajo el calor del sol y al lado de la gente, para acechar dónde y cuándo podría atrapar un escaso e insípido alimento. Cuanto más de tarde en tarde lograba satisfacer su hambre, más atención ponía el buen gato en sus pesquisas, de manera que esta continua atención llegó a absorber todas las demás cualidades morales de *Espejo*, transformando por completo su personalidad. Partiendo de su puesto en el umbral de la casa hacía frecuentes excursiones por la vecindad, escurriéndose subrepticamente por las calles y pasando mil angustias para no conseguir nada o, cuando más, un pequeñísimo y poco apetitoso bocado, en el cual meses antes ni siquiera se hubiese dignado reparar. Adelgazó a ojos vistas y se volvió ansioso, rastrero y cobarde, y perdió todo su valor, su elegante dignidad gatuna, su sensatez y su filosofía. A las horas en que los chicos salían de la escuela se ocultaba en un rincón en cuanto los oía llegar, y sólo asomaba el hocico para ver si alguno de ellos dejaba caer una pequeña corteza de pan que poder salir a recoger cuando se hubiesen alejado. Mientras que anteriormente había sabido mirar el peligro cara a cara y logrado vencer a grandes y perversos perros, huía ahora ante

la lejana aparición del más insignificante chucho, y si veía acercarse a alguna de aquellas secas y egoístas personas de las que antes huía con prudencia, permanecía ahora quieto esperándola, a pesar de que aun le quedaba un resto de conocimiento de los hombres que le hacía adivinar en seguida a los de duro corazón. Mas la necesidad obligaba al infeliz *Espejo* a engañarse a sí mismo y a esperar que por una vez desmentirían aquéllos su condición perversa haciéndole una caricia y dándole quizá algo de comer. Cuando en vez de esto era golpeado o le pellizcaban el rabo, ni siquiera arañaba, sino que se hacía a un lado sin protesta y miraba aún suplicantemente la mano que le había maltratado, olorosa a salchicha o arenque.

Habiendo ya llegado a tan miserable condición, se hallaba un día *Espejo*, todo conmovido y triste, tomando el sol en su puesto acostumbrado, cuando acertó a pasar por allí el señor Pineiss, hechicero mayor de la ciudad, y, viéndole, se quedó parado ante él en silencio. Esperando algo favorable, a pesar de conocer muy bien la equívoca personalidad del recién llegado, permaneció *Espejo* en actitud humilde, aguardando lo que el señor Pineiss se dignara hacer o decir. Mas cuando éste rompió el silencio diciendo: «¿Qué, quieres venderme tus mantecas?», perdió toda su esperanza, figurándose que el señor hechicero mayor quería burlarse de él aludiendo a su extrema delgadez. Pero, sin embargo, y para no ponerse a mal con nadie, respondió humildemente y sonriendo:

—¿El señor Pineiss se digna sin duda bromear conmigo?

—¡Nada de eso!—respondió Pineiss—. Hablo muy en serio. Necesito las mantecas de gato para mis conjuros; mas para ser eficaces tienen que serme cedidas voluntariamente; si no, no me sirven de nada. Creo que tú estás más que ningún otro gato en situación de que el tratar conmigo te sea ventajoso. Entra, pues, a mi servicio. Te alimentaré con salchichas y codornices asadas hasta que te pongas redondo como una pelota. Sobre el elevadísimo tejado de mi casa, que, dicho sea de paso, es para un gato el más delicioso tejado del mundo, lleno de interesantes rincones y paseos, crece, ondulando fina y esbelta en las soleadas alturas, a impulsos de la brisa, una excelente hierbecilla, verde como la esmeralda, que sólo espera que tú vayas a cortar sus más delgados tallos para curarte de las ligeras molestias digestivas que mi rica alimentación pueda ocasionarte. De este modo gozarás siempre de admirable salud y me legarás unas magníficas y eficaces mantecas.

Espejo prestó gran atención a todo este discurso, durante el cual se le hacía la boca agua; pero su debilitado entendimiento no había comprendido aún el asunto con toda claridad, y preguntó:

—Hasta ahora no me parece mal lo que me proponéis, señor Pineiss; pero quisiera saber cómo podré gozar del precio que pongamos a mis mantecas si para cedéros las tendré antes que perder la vida.

—¿Cómo podrás gozar del precio?—exclamó asombrado el hechicero—. ¿No comprendes que consiste precisamente en los ricos y sabrosos alimentos con que te cebaré hasta que llegue el momento propicio? Pero si no quieres, lo dejamos. No me gusta obligar a nadie.

E hizo ademán de seguir su camino. Mas *Espejo* le dijo presuroso:

—Por lo menos debíais concederme, después que me halle lo suficientemente gordo para sacrificarme, un plazo prudencial durante el que pueda gozar de tan feliz estado. Será si no muy duro el tener que abandonar este mundo en el momento en que me halle más dichoso y satisfecho.

—Sea—concedió el señor Pineiss con aparente benevolencia—. Cuando ya estés a punto te dejaré aún que vivas y te regocijes de tu agradable estado hasta que la luna llegue a su plenitud; pero ni un solo día más, pues si te matara en cuarto menguante perderían tus mantecas parte de su eficacia, y creo que, al comprártelas tan honradamente como lo hago y a costa de algunos sacrificios, tengo derecho a que me sean lo más útiles posible.

El gato se apresuró a aceptar la proposición de Pineiss y firmó con su elegante letra, que era lo único que aun le quedaba de tiempos mejores, un contrato que a prevención traía redactado el hechicero.

—Puedes venir hoy ya a almorzar a casa—le advirtió el brujo—. A las doce en punto se sirve la comida.

—Está bien—repuso *Espejo*—. No faltaré.

Y dando las doce se presentó en casa de Pineiss.

Desde aquel momento comenzó para *Espejo* una agradabilísima existencia. Su misión se reducía a devorar los apetitosos bocados que le eran servidos, presenciar si quería las mágicas operaciones de su amo y pasear por el tejado. Este afectaba la irregular forma de los grandes sombreros usados por los campesinos de Suevia, y así como tales sombreros suelen abrigar un cerebro lleno de socarronería y solapada simplicidad, cubría a aquél una amplia casa tenebrosa, llena de recovecos y escondrijos y trascendiendo a misteriosas prácticas de hechicería. El señor Pineiss era un sábelo-todo que ejercía mil y un oficios; era curandero y sacamuelas, tenía ocultos medios para limpiar las casas de chinches y otros molestos huéspedes y prestaba dinero a réditos. Era tutor y curador de todas las viudas y huérfanas de la ciudad, fabricaba una magnífica tinta, y en sus ratos de ocio aguzaba y cortaba plumas de ave que luego vendía a céntimo la docena. Comerciaaba con jengibre y pimienta, con grasa para las ruedas de los carros, con rosolí, con hebillas y con tachuelas para las botas; daba además cuerda al reloj de la torre y publicaba anualmente un calendario con el pronóstico del tiempo, consejos a los labradores y días más favorables para sangrar a los enfermos. Se ocupaba de diez mil cosas lícitas al día para ganarse un modesto pasar, y luego, en la obscuridad y

por particular afición, llevaba a cabo otras tantas absolutamente ilícitas. Pero aun a aquellas cosas que hacía a la luz del día les colgaba, antes de dejarlas de la mano, un pequeño rabito de ilicitud, tan diminuto como el de los renacuajos, pero que a sus ojos comunicaba a los asuntos una gracia que antes no poseían. Además de todo esto vigilaba a las brujas y hechiceras de la ciudad, y cuando veía que ya estaban maduras las mandaba quemar en la plaza pública. Particularmente se ocupaba de magia por afán científico y para uso íntimo, así como después de idear y redactar las leyes de la ciudad las quebrantaba y violaba subrepticamente para probar su resistencia. Como los seldwylenses necesitaban siempre un ciudadano que, como él, se encargase de todas las cosas grandes y pequeñas que no constituían una diversión, le habían elevado al cargo de hechicero mayor, el cual desempeñaba hacía ya muchos años con incansable aplicación y gran habilidad y acierto. Todo esto hacía que tuviese su casa atestada de arriba abajo con las más raras cosas imaginables, y *Espejo* halló un gran entretenimiento en irlo viendo y husmeando todo.

Mas en los primeros días no se dignó conceder su atención a nada que no fuese la comida. Tragaba glotonamente todo lo que Pineiss ponía a su alcance y apenas podía esperar con paciencia las horas que transcurrían entre comida y comida. Con este plan de vida logró cargarse el estómago, y tuvo, en efecto, que subir al tejado para poner fin

a sus molestias mordisqueando las verdes y jugosas hierbecillas que sobre él crecían. Cuando Pineiss se dió cuenta de aquel desordenado apetito se regocijó mucho, pensando que no tardaría *Espejo* en estar en situación de ser sacrificado y que cuanto más estimulase él su gula mejores mantecas obtendría, ahorrándose, vistas las buenas disposiciones del gato, mucho tiempo y no poco dinero. Por lo tanto, construyó para *Espejo* dentro de la casa un verdadero parque, en el que había un verde bosquecillo de diminutos abetos, pequeñas colinas de piedrecitas, cubiertas de musgo, y un precioso lago en el centro. De las ramas de los abetos colgaban, según la estación, alondras, pinzones, abejarucos o golondrinas asadas, despidiendo un succulento aroma, de manera que a todas horas tenía *Espejo* un exquisito bocado al alcance de sus uñas. En artificiales escondrijos practicados en las montañitas de guijarros se ocultaban magníficos ratones cebados por el hechicero con harina de trigo y asados luego, después de rellenos con tiras de tocino fresco. Algunos de éstos podía cogerlos el gato sin más que introducir su manita en el agujero, y otros, para que el placer de hallarlos fuera mayor, estaban más profundos, pero atados a un hilo que salía del escondrijo y del cual podía *Espejo* tirar hasta sacarlos a la superficie cuando quería proporcionarse el entretenimiento de un simulacro de caza. El lago, colocado en medio del deleitoso parque, estaba lleno de fresca leche destinada a calmar la sed de *Espejo*, y en ella

sobrenadaban pececillos fritos puestos por Pineiss, que sabía que los gatos gustan también a veces de la pesca. Con esta maravillosa existencia, en la que podía comer y beber cuanto le pidiese el cuerpo y hacer o no hacer lo que le viniese en gana, iba *Espejo* engordando a ojos vistas. Su piel volvió a ponerse tersa y brillante y su mirada recobró la perdida alegría; pero al mismo tiempo sus potencias espirituales adquirieron también su perdida fuerza y claridad. Signo de ello fué que volvió a su antigua buena conducta y moderadas costumbres. Dominó su salvaje gula de los primeros días, y como tenía tras de sí una triste experiencia, ganó mucho en inteligente cordura. Mesuró sus placeres, no comiendo más de lo que podía soportar sin ponerse enfermo y volvió a ocupar su cerebro en profundas y razonadas consideraciones filosóficas, sugeridas por su agudo espíritu de observación. Un día descolgó de las ramas de un abeto de su parque un lindo zorzal, y al estar descuartizándolo concienzudamente vió que tenía el buche muy inflado y repleto de comida, que aun no había pasado al estómago. Verdes tallos de hierba, negras y blancas semillas y una purpúrea mora se hallaban colocadas con todo orden en el pequeño buche, que semejaba una cesta de merienda preparada por una madre cuidadosa para el viaje de su hijo. Cuando hubo *Espejo* devorado el gentil cuerpecillo del zorzal contempló filosóficamente aquel repleto despojo que colgaba de una de sus uñas y se conmovió ante el triste destino del pobre pájaro,

que después de buscarse en toda paz el sustento tuvo que abandonar la vida con tal rapidez que no pudo ni aun digerir lo guardado en su buche.

—¿De qué le ha servido—meditó *Espejo*—afanarse tanto para reunir todo esto al final de una laboriosa jornada? Esta purpúrea mora fué la que seguramente le hizo salir del libre bosque y caer, atraído por ella, en la red del cazador. Mas al lanzarse sobre el rojo fruto creía el pobre pajarillo obrar para conservar su existencia, y en cambio, yo, que acabo de comérmelo a él, sé que al hacerlo me he acercado un paso más hacia la muerte. ¿Puede cerrarse trato más mísero y cobarde que el que yo he firmado, comprometiéndome a entregar mi vida después de una corta temporada de groseros placeres y por un irrisorio precio? ¿No hubiera sido preferible para un gato valeroso y decidido una rápida y voluntaria muerte? Mi única disculpa es que entonces mi inteligencia se hallaba nublada por el ayuno. Pero ahora que vuelvo a ver claro me doy cuenta de que mi próximo destino no difiere en nada del de este infeliz zorzal. En cuanto engorde tendré que morir, por la única razón de haber engordado. ¡Bonita razón para inspirar conformidad a un gato inteligente y amante de la vida como yo! ¡Ay, ojalá pueda salir con bien de esta trampa en que me he metido!

Dicho esto comenzó a meditar cómo podría librarse de su triste suerte; mas como no había aún llegado el momento de inmediato peligro, no halló salida ninguna y, a fuer de gato prudente, se

dedicó a las virtudes del ascetismo, que son siempre la mejor preparación para esperar el advenimiento de un peligroso suceso. Despreció el blando almohadón que había dispuesto Pineiss con el fin de que durmiendo sobre él entre comida y comida ayudase este continuo reposo a la producción de abundantes grasas, y volvió a su costumbre de echarse, cuando quería descansar, en sitios altos y peligrosos, como el alero del alto tejado. No volvió tampoco a tocar a los asados pajarillos y rellenos ratones que poblaban su parque, prefiriendo, ya que de nuevo tenía a su disposición un extenso cazadero, atrapar a fuerza de astucia y habilidad las golondrinas que se aventuraban sobre el tejado o los ratones que merodeaban en la despensa, y el alimento así conseguido le sabía doble mejor que las refinadas preparaciones culinarias de su amo y futuro verdugo. Este nuevo método de vida, que requería un continuo ejercicio físico, y el haber recobrado sus potencias espirituales, que devolvieron a su cerebro la actividad filosófica, impidió que *Espejo* engordara con excesiva rapidez, y aunque su aspecto rebosaba salud y su piel estaba tersa y brillante, pareció detenerse en un cierto grado de corpulencia, que no llegaba a aquel que Pineiss deseaba y procuraba que obtuviera, pues su ideal era que el gato llegase a estar hecho una bola, imposibilitado de moverse del blando almohadón y con todo el cuerpo convertido en mantecas. Mas aquí se había equivocado el hechicero al no tener en cuenta, a pesar

de todo su mágico saber, que un asno, por mucho que engorde, permanecerá siempre siéndolo, y que asimismo un astuto zorro no dejará de ser, por mucho que se le cebe, ni zorro ni astuto, dado que toda criatura crece y prospera sin apartarse de su ser natural. Así es que cuando descubrió que *Espejo*, aun sin estar flaco, permanecía siempre en un mismo grado de flexible y ágil esbeltez, no llegando nunca a la obesidad deseada, se encaró con él de repente una tarde y le dijo con rudeza:

—¿Qué es esto, *Espejo*? ¿Por qué no tocas ya a los excelentes manjares que con tanto cuidado y arte preparo para ti? ¿Por qué no cazas los asados pajarillos que pongo en los árboles de tu parque, ni buscas los apetitosos ratones que escondo en las cuevas de las montañas? ¿Por qué no pescas ya en el lago? ¿Por qué no te cuidas? ¿Por qué no duermes sobre el blando almohadón? ¿Por qué, en fin, corres, te fatigas y no engordas?

—La cosa es bien sencilla, señor Pineiss—respondió el gato—. Hago todo eso que habéis dicho porque es lo que me gusta y me agrada. ¿Acaso no puedo pasar la corta existencia que me resta del modo que mejor me plazca?

—¡Nada de eso!—exclamó el hechicero—. Tienes que vivir de manera que engordes y no adelgazando a fuerza de cacerías y locas carreras. Pero ya, ya veo lo que tú quieres. Piensas que puedes burlarte de mí manteniéndote eternamente en un estado medio hasta que yo me canse y te devuelva tu palabra. ¡No lo conseguirás! Tu deber es comer,

beber y cuidarte de manera que engordes pronto y eches buenas mantecas. ¡Renuncia inmediatamente a tu astuta templanza, que infringe lo concertado en nuestro contrato, o juro que te ha de pesar!

Espejo interrumpió el gatuno runrún que había estado produciendo durante todo el discurso de Pineiss para demostrarle que no le atemorizaban sus amenazas, y contestó:

—No sé que ninguna cláusula de nuestro contrato diga que yo haya de renunciar a la templanza ni a un saludable e higiénico ejercicio. Si el señor hechicero mayor contaba con que yo era un glotón perezoso e insaciable no debe culparme a mí de su error. Vos os ocupáis de mil cosas al cabo del día; dejad, pues, que tampoco yo permanezca ocioso. Así observaremos ambos fielmente nuestro contrato, pues ya sabéis que si lo quebrantáis en lo más mínimo forzando mi voluntad con alguna imposición de cosa no expresada en él mis mantecas quedarán desprovistas de toda eficacia mágica y no os servirán de nada.

—¡Charlatán!--gritó Pineiss, enfurecido—. ¿Quién eres tú para darme lecciones? ¡Ven aquí, vamos a ver cuánto has engordado ya! Quizá pueda sonar ya pronto tu última hora.

Diciendo esto agarró al gato por la barriga; pero *Espejo* sintió unas desagradables cosquillas y le obsequió con un cumplido arañazo en una mano. El hechicero se miró la herida y exclamó:

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos, bestia inmunda? Está bien; te declaro, pues, conforme a nuestro

contrato, lo suficientemente gordo para ser sacrificado. Me contento con las mantecas que ahora poseas y sabré sacar de ellas el mejor partido posible. Dentro de cinco días es luna llena. Hasta entonces puedes, como convinimos, gozar de tu existencia; pero ni un solo minuto más.

Dicho esto le volvió la espalda, dejándole entregado a sus pensamientos. Estos eran asaz melancólicos y tenebrosos al ver tan cercana la hora en que el buen gato tendría que entregar el pellejo. ¿Y no habría ningún medio de evitarlo poniendo en juego toda su astucia? Suspirando subió al tejado, que destacaba obscuramente sus irregulares contornos sobre el bello cielo de una noche otoñal. La Luna, vertiendo sus rayos sobre toda la ciudad, iluminaba las ennegrecidas tejas cubiertas de musgo del viejo tejado del hechicero. Un amoroso cántico resonó en los oídos de *Espejo*, y una gata blanca como el ampo de la nieve pasó por un alero vecino. *Espejo* olvidó sus lúgubres pensamientos y contestó con sus más apasionados acentos al laudatorio canto de la bella. Salió a su encuentro, y momentos después se halló en ardiente lucha con tres rivales, a los que con salvaje valor hizo emprender la fuga. Luego comenzó a hacer a la blanca dama una corte fogosa y rendida, pasando día y noche a su lado, sin acordarse de Pineiss ni parecer un solo momento por su casa.

Durante noches enteras cantó como un ruiseñor bajo el pálido claror lunar, corriendo tras de su amada por tejados y jardines y rodando más de

una vez, en su fogoso apasionamiento o en lucha con sus rivales, desde altos tejados a la calle, pero sólo para levantarse en seguida, sacudiendo su piel, y volver a empezar de nuevo la ardiente fiebre de sus pasiones. Las dulces horas silenciosas y las llenas de cánticos y endechas que para *Espejo* transcurrieron, los tiernos sentimientos y los violentos combates, los amables diálogos e ingenioso cambio de ideas con su dama, los ardidés y alternativas del amor y los celos, las caricias y las riñas, el poder del amor y las penas de la traición no dejaron al enamorado gato darse cuenta de que se acercaba su hora, y cuando la Luna llegó a su plenitud se hallaba tan estropeado por tantas inquietudes y pasiones que su aspecto era más mísero, flaco y lacio que nunca. En cuanto salió la Luna llena gritó Pineiss desde uno de los torreones que daban al tejado:

—¡*Espejo, Espejito!* ¿Dónde estás? Ven a casa un poquito.

El gato se despidió de su blanca amiga, que siguió satisfecha su camino maullando débilmente, y se presentó con arrogancia ante su verdugo, el cual, con el contrato en la mano, bajó a la cocina. *Espejo* le siguió y, flaco y destrozado, se plantó enfrente de él con mirada retadora. Cuando Pineiss vio cómo habían sido perdidos todo su trabajo y su dinero, comenzó a saltar como un loco y gritó lleno de ira:

—¡Qué es lo que veo! ¡Bribón, estafador sin conciencia! ¿Qué has hecho conmigo?

Fuera de sí agarró una escoba y quiso pegarle; pero el gato arqueó el lomo, erizó su pelo dejando fluir de él un misterioso resplandor, echó hacia atrás las orejas y maulló y bufó de tal manera que Pineiss, lleno de espanto, retrocedió de un salto al otro extremo de la cocina, creyendo habérselas con otro hechicero más poderoso que él y que hubiese tomado forma de gato para burlarle. Lleno de indecisión y temor ante tal sospecha, dijo respetuosamente:

—¿Acaso el honrado señor *Espejo* pertenece también al oficio? ¿Ha placido quizá a algún erudito maestro hechicero tomar forma exterior gata y con su elevado arte disponer sobre su físico de manera de no engordar mas que lo que bien le parezca, ni mucho ni poco, y quedarse de pronto más flaco que un esqueleto, para escapar a la muerte?

Espejo se apaciguó y contestó con franca sinceridad:

—No; no soy ningún brujo. El dulce poder del amor ha sido lo que me ha hecho enflaquecer, y para suerte mía os ha privado del precioso ingrediente de que hoy esperabais haceros dueño después de ejecutarme. Mas si queréis que demos al olvido lo pasado y comencemos nuevamente, yo me hallo muy dispuesto a comer todo lo que me pongáis por de'ante. Asad una buena morcilla y echádmela, pues estoy agotado y hambriento.

Pineiss recobró su valor al escuchar estas palabras, y asiendo colérico al gato por la piel del cuello le encerró en un corral vacío y le gritó:

—Vamos a ver si también ahora te ayuda a salir de ahí ese poder de amor de que me has hablado y si su fuerza es mayor que la de mi arte mágica y la de nuestro contrato. Ya no te queda otra solución que comer, engordar y morir.

Luego asó una larga morcilla de aroma tan apetitoso que no pudo menos de mordisquearla un poco por ambos extremos antes de arrojársela a *Espejo* por entre las rejas de su encierro. El gato se la comió de punta a cabo y, limpiándose los bigotes y lamiéndose el cuerpo para alisarse la piel, se dijo a sí mismo.

—¡Cuán bella cosa es el amor! El me ha librado por esta vez de la muerte. Descansemos ahora y veamos si la buena alimentación y la vida recógida y contemplativa nos inspiran alguna idea salvadora. ¡Toda cosa tiene su tiempo! Es bueno entregarse por unos días a las pasiones y luego volver a la tranquilidad y la meditación. Esta mi nueva cárcel no es del todo desagradable, y seguramente algo se me ocurrirá en ella para salvar la piel.

Desde aquel día, el hechicero, viendo que su provisión de unto de gato, voluntariamente entregado por sus difuntos poseedores, iba disminuyendo cada vez más y amenazaba concluirse, dejándole expuesto a tremendos peligros por no poder ejercer su tenebroso arte, extremó su vigilancia y preparó tan exquisitos y variados manjares que el prisionero *Espejo* no tuvo suficiente fuerza de voluntad para abstenerse de comerlos. Más, como ya

había sucedido antes, no logró Pineiss evitar que al mismo tiempo que se fortificaba el cuerpo del gato se afinase y fortaleciese su ingenio, fracaso que prueba la insuficiencia de las artes mágicas.

Cuando le pareció que su prisionero se hallaba ya a punto no quiso esperar ni un momento más, y ante los ojos del atento gato colocó todos los útiles para su ejecución y encendió un alegre fuego en el que cocer el unto que tanto ansiaba. Después cerró cuidadosamente la puerta de la cocina, afiló un gran cuchillo, sacó a *Espejo* de su prisión y le dijo con afabilidad:

—¡Ven aquí, bribonzuelo! Voy a proceder a cortarte la cabeza y a desollarte luego. ¡Por cierto que no había caído hasta ahora en que con tu piel puedo hacerme una abrigada gorra para el invierno! ¿O prefieres que te desuelle primero y te corte luego la cabeza?

—Ya que os dignáis consultarme—replicó el gato humildemente—, os diré que prefiero que me cortéis primero la cabeza,

—¡Tienes razón, pobrecillo!—dijo Pineiss—. No te martirizaré inútilmente. Hay que obrar bien en este mundo.

—¡Ay, sí!—exclamó *Espejo* con un profundo suspiro e inclinando la cabeza, como bajo el peso de un remordimiento—. Si yo hubiera obrado siempre bien y no hubiera dejado que mi ligereza me impidiese cumplir la importante misión que me fué encomendada, moriría ahora con la conciencia tranquila en vez de ver turbada mi última hora por

el remordimiento. Sin él la muerte me sería grata, pues ¿qué me ofrece ya la vida? Tan sólo ansiedad, penas y miserias o violentos arrebatos de pasión y libertinaje, peores aún que la angustia y el temor. Mas mi insensatez me ha quitado hasta la paz de mis postreros instantes.

—¿Qué dices? ¿A qué importante misión te refieres?—preguntó Pineiss, lleno de curiosidad.

—¡Ay!—suspiró el gato—. ¿Para qué hablar ya de ello? Lo pasado no tiene remedio. Ya es tarde para arrepentirse.

—¡Lo ves!—exclamó Pineiss—. ¡Ves cómo eres un empedernido pecador y cómo mereces mil muertes! ¿Qué mala jugada me has hecho? ¿Qué me has robado, ocultado o destruído? ¿Qué maldad has inventado contra mí que yo no sepa, presienta ni sospeche aún? ¿Estaría bueno que todavía me dices algún disgusto! ¡Confiesa en el acto lo que has hecho o te despellejo y te descuartizo vivo! ¿Hablas o no?

—Nada tengo que reprocharme contra vos—respondió *Espejo*—. Mi pecado se refiere a los diez mil florines de oro de mi difunta dueña... ¿Pero de qué sirve hablar ya de ellos?... Y sin embargo... cuando os veo, pienso a veces que quizá no fuera aún demasiado tarde. Vos sois un hombre lleno de atractivos y en la flor de la edad... Decidme, señor Pineiss, ¿no habéis sentido nunca el deseo de casaros honrada y ventajosamente? Pero ¿qué tontería! ¿Cómo iban a surgir tan ociosos pensamientos en la mente de un hombre tan sabio y

talentudo como vos? ¿Qué tiempo tiene un hombre tan industrioso y ocupado para pensar en insubstanciales mujeres? Cierto es que, a pesar de todo, la peor de ellas tiene siempre algo bueno y puede ser muy útil al que la haga su compañera. Eso no se puede negar. Y si se encuentra una buena se tiene en ella una gran ama para la casa, de blancas y suaves carnes y tierno corazón, cuidadosa y complaciente, económica en los gastos y pródiga en el cuidado de su esposo, corta de palabras y larga en agradables hechos y cariñosa en su trato. Llenará de besos a su marido, le acariciará las barbas y le abrazará y le rascará la cabeza cuando él lo desee. En fin, una tal mujer hará mil cosas placenteras que no son para despreciadas. Estará siempre junto a su esposo o se mantendrá a modesta distancia, según vea su bueno o mal humor, y cuando aquél salga a sus asuntos no le estorbará, sino que entonará alabanzas dentro y fuera de la casa, sin dejar que nadie murmure de él y elogiando todo lo que diga y haga. Pero lo más digno de amarse en ellas es la maravillosa estructura de su tierna forma corporal, que la Naturaleza ha construido tan diversa de la nuestra bajo una aparente igualdad humana, y que es un mar de sorpresas y maravillas en un feliz matrimonio y esconde en sí la más eficaz de las artes mágicas. ¡Pero qué es lo que estoy charlando como un loco en el umbral de la muerte! ¡Cómo ha de bajar su mirada un hombre tan sabio como vos hasta cosas tan vanas! Perdonadme, señor Pineiss, y cortadme pronto la cabeza.

Pero Pineiss gritó violentamente:

—¡Calla, charlatán, y dime pronto dónde puede encontrarse una mujer así y que posea además diez mil florines de oro!

—¿Diez mil florines?—preguntó *Espejo*.

—Sí, sí—exclamó Pineiss, impaciente—. ¿No acabas de hablar de ellos ahora mismo?

—Pero eso no tiene nada que ver con lo que después he dicho. Esos diez mil florines están enterrados en un sitio que yo conozco.

—¿Y por qué están allí? ¿A quién pertenecen?

—A nadie; y ello constituye precisamente mi remordimiento, pues yo debía haberlos entregado a quien les correspondieran. Mi misión consistía en entregarlos a aquel que se casase con una mujer como la que antes he descrito. Mas ¿cómo es posible reunir en esta ciudad, tan dejada de la mano de Dios, las tres cosas siguientes: diez mil florines de oro, una prudente, lista y honrada mujer de su casa, y un hombre sabio y honrado? No es, pues, muy grande mi pecado, porque el encargo era demasiado arduo para un pobre gato.

—Si ahora mismo no dejas las divagaciones y no me lo cuentas todo ordenada e inteligiblemente te corto, para comenzar, las orejas y el rabo. ¿Conque cuenta!—gritó Pineiss.

—Ya que me lo ordenáis lo contaré todo por su orden—dijo *Espejo*, sentándose cómodamente sobre las patas traseras—, a pesar de que retrasando así mi muerte por unos momentos sea más duradera mi angustia en esperarla.

Pineiss puso el afilado cuchillo sobre el tajo, entre el gato y él, y se sentó, lleno de curiosidad, sobre una orza para escuchar con toda calma. *Espejo* continuó:

—Ya conocisteis, señor Pineiss, a mi difunta dueña y visteis su tranquila y silenciosa vida de solterona vieja que no hace mal a nadie y sí muchas buenas obras. Mas lo que no sabéis es que no siempre había existido tanta paz y tranquilidad en torno suyo y que, a pesar de haber sido siempre honrada y buena, hubo una época en que fué causa de muchas penas y desgracias, pues en su juventud fué la muchacha más bella de toda la comarca y no hubo joven caballero ni audaz villano que, residiendo en estas tierras o cruzándolas de paso, no se enamorase de ella al verla y no se empeñase en contraer inmediato matrimonio. Ella, por su parte, no despreciaba el santo yugo y deseaba unirse a un hombre arrogante, honrado y de talento. Tampoco le faltaba donde escoger, pues compatriotas y extranjeros se disputaban su mano, saliendo por su causa más de una vez los aceros de sus vainas para enterrarse hasta la empuñadura en valerosos pechos. En torno suyo revoloteaban, pretendiendo su amor, hombres de todas clases y cualidades: valerosos y tímidos, astutos e ingenuos, ricos y pobres, comerciantes en grande escala y caballeros que vivían de sus rentas, habladores y callados, alegres y de ingeniosa conversación o meditabundos y con aire de tener un gran talento a pesar de su embarazo y escasa soltura

para el trato social. Podía, pues, escoger de entre una corte tan numerosa y completa como puede soñarla una joven casadera. Mas sucedió que además de su belleza poseía mi difunta dueña una bonita fortuna, consistente en diez mil florines de oro, siendo ésta la razón de que nunca llegara a decidirse a elegir marido, pues tenía tal apego a aquel dinero que, juzgando a todo el mundo por sus propias inclinaciones, cosa que siempre os sucede a los hombres, cada vez que se le acercaba un pretendiente digno de ella y que medio la complaciese se figuraba que su amor era interesado. Si era rico, creía que no la hubiese pretendido si ella no lo fuera también, y de los pobres, daba desde un principio como seguro que no venían mas que por sus florines y con el solo pensamiento de medrar y darse buena vida a costa de ella. De este modo la pobre joven, que tanto valor concedía al dinero, no pudo jamás distinguir en sus adoradores el amor a su fortuna del amor por su persona, y si es que realmente existió en todos ellos algo no por completo desinteresado, no supo tampoco despreciarlo o perdonarlo en gracia a la mucha pasión que algunos le mostraron. Varias veces llegó su corazón a interesarse y a estar ella casi prometida; mas siempre creyó descubrir en algún rasgo del elegido la impureza y el interés de su amor, y acto seguido rompía sus relaciones con él, llena de dolor, pero con implacable firmeza. A todos aquellos que lograban agradaarla los sometía a mil pruebas diferentes, preparándoles ar-

teras y hábiles emboscadas, que era preciso ser muy diestro para evitar. Por lo tanto, acabaron por no acercarse a ella los que se enamoraban de buena fe, y en cambio se vió rodeada de astutos y ladinos hipócritas que podían esperar engañarla, dificultándose así aún más su elección, pues tales hombres no dejan nunca, a pesar de toda su habilidad, de despertar una cierta inquietud en el ánimo de aquellos que los tratan. El medio principal de que se servía la desgraciada doncella para probar el desprendimiento de sus pretendientes era incitarlos diariamente a grandes gastos en costosos regalos o benéficas obras caritativas. Mas hicieran lo que hicieran nunca acertaban, pues si parecían desprendidos y dispuestos a sacrificarlo todo por ella dando brillantes fiestas y confiándole ricas sumas de dinero para que las repartiese entre los pobres y ofreciéndole ricos regalos, decía que todo aquello lo hacían tan sólo para pescar un salmón poniendo como cebo un mísero gusanillo, y distribuía los regalos o el dinero a conventos y fundaciones piadosas o daba una gran comida a los pobres, rechazando siempre inapelablemente a sus desdichados y burlados pretendientes. Si éstos eran, por lo contrario, económicos o roñosos, quedaban desahuciados en el acto, pues no había cosa que ella tomase más a mal. Como ya he dicho antes, con esta conducta consiguió tan sólo que, queriendo hallar un corazón puro y no rendido a nada que no fuera su bella persona, no se atrevieran a aproximarse a ella mas que hom-

bres ladinos e hipócritas, sobre cuyas intenciones no lograba nunca salir de dudas y que le amargaban la vida. Un día se sintió tan disgustada que cerró la puerta de su casa a todos sus adoradores y partió para Milán, donde residía una prima suya. Al pasar, montada en un burro, por la cumbre del San Gotardo su humor era tan negro y lúgubre como las obscuras rocas que desde los abismos subían hasta la cima, y sintió la violenta tentación de arrojarse por el Puente del Diablo a las espumantes aguas del Reuss. Tras de muchos esfuerzos lograron impedirselo y tranquilizarla las dos criadas que la acompañaban, a las cuales conocí yo después, pero que ya han muerto, y el guía. Pálida y triste llegó a la bella tierra italiana, sin que el puro cielo azul que la cobija pudiera aclarar sus tenebrosos pensamientos. Mas a los pocos días de hallarse en casa de su prima comenzó a cantar su corazón una dulce melodía y a florecer en su alma una suave primavera que nunca antes había conocido. La causa de todo ello fué un joven italiano que vino a visitar a su pariente y que fué, desde el momento en que le vió, tan de su agrado, que puede decirse que se enamoró entonces por primera vez en su vida. Era el galán un arrogante joven de esmerada educación y nobles maneras, ni pobre ni rico, pues poseía diez mil florines que había heredado de sus padres y con los que pensaba fundar un comercio de sedería.

Emprendedor y de clara inteligencia, tenía buena mano para los negocios, cosa que suele su-

ceder a aquellas personas que son ingenuas, honradas e inocentes, como en grado sumo lo era el joven milanés. A pesar de pertenecer al estado de los mercaderes llevaba su espada al cinto con igual apostura noble y arrogante que un ejercitado hombre de armas, y todas estas cualidades, unidas a su varonil belleza y florida juventud, se apoderaron de tal modo del corazón de la doncella que apenas podía ésta contener su contento y su amor cuando le tenía a su lado. Recobró la perdida alegría, y si aún la asaltaba la tristeza en algunos momentos ello era sólo debido al temor de no ser correspondida, sentimiento desde luego más noble que la penosa desconfianza e indecisión que antes, cuando se hallaba rodeada de pretendientes, turbaba y angustiaba su espíritu. Un único cuidado embargaba ahora todo su ser: el de agradar y enamorar al joven, y cuanto más bella se encontraba ante el espejo más humilde e insegura de ello se hallaba en aquella ocasión en que por vez primera había abierto a un amor verdadero las puertas de su alma. El joven, que jamás había visto una tal belleza o, por lo menos, nunca la había tenido tan cerca ni había sido distinguido y tratado con tan cortés afabilidad por ninguna mujer de tales atractivos, se enamoró perdidamente de la doncella. Mas quizá hubiera mantenido tímidamente oculto su amor si no hubiese notado en ella algo que apenas se atrevía a interpretar como correspondencia. Aun así permaneció algún tiempo sin osar hablarle de su pasión; pero como era in-



capaz de fingimiento, todo el mundo se daba cuenta de lo que le sucedía al ver su actitud cuando estaba al lado de la joven o su expresión cuando se la nombraba en su presencia. En pocos días llegó a amarla con toda la intensidad de que era capaz su puro espíritu e inexperto corazón, constituyendo para él su amada lo mejor y más alto del mundo y cifrando toda su felicidad en alcanzar su mano. Ella, por su parte, dándose cuenta de aquel infinito amor y viendo cuán distintos eran sus actos y palabras de los de sus anteriores pretendientes, no tardó en sentirse poseída de una recíproca pasión. Todos vieron claramente lo que estaba pasando en los corazones de ambos jóvenes, y se comentó públicamente entre chanzas lo repentino de aquel mutuo enamoramiento. El galán, en su amorosa turbación, hacía cosas tan ingenuas e infantiles que, demostrando lo sincero y puro de su cariño, transportaban a su amada al séptimo cielo; mas al enterarse él de que se conocía su amor y que todos los que los conocían seguían atentamente el desarrollo de la amorosa historia y esperaban llenos de curiosidad su desenlace, halló que aquello se iba convirtiendo en una comedia, para cuyo papel de protagonista le parecía su amada demasiado alta y sagrada. Unido esto a que creía también ofenderla y engañarla estando a su lado sin descubrirle su violenta pasión, se decidió a confesarle su amor, dispuesto a no insistir si no alcanzaba su felicidad en el acto, pues no podía pensar que una tan excelsa mujer fuera capaz de

coquetería alguna y no respondiera en seguida con un sí o un no definitivos e inapelables. Siendo su amor tan infantil como profundo y tan orgulloso como sincero e ingenuo, puso en aquel momento toda su felicidad, y su resultado significaba para él la vida o la muerte.

Pero en el mismo instante en que la doncella oyó su declaración, tan ansiosamente esperada, se vió poseída de nuevo por su antigua desconfianza, ocurriéndosele en hora funesta que su pretendiente no era al fin y al cabo mas que un comerciante que quería apoderarse de su fortuna para ampliar sus empresas. Si además de esto se hallaba un poco enamorado de su persona no constituía ello merecimiento alguno, sino más bien motivo de indignación al ver que se la consideraba tan sólo como algo que serviría de añadidura a los dorados florines. Por lo tanto, en vez de confesarle que correspondía a su amor y acogerle gustosa, como hubiera hecho dejándose llevar de su corazón, inventó una nueva astucia para probar su desinterés y, tomando un aire grave y casi triste, le confió que se hallaba ya prometida a un joven de su patria, al que amaba con todo su corazón. Había intentado decírselo varias veces, pues ya habría visto por su anterior conducta la mucha estima en que tenía su amistad; pero las bromas importunas de los conocidos le habían impedido entablar una íntima conversación con él. Ahora que había sido sorprendida por la declaración de su amor no podía dejar por más tiempo sin ponerle al tanto de su

situación, creyendo que la mejor manera de corresponder al bello sentimiento que le había confesado era hablarle con toda sinceridad y franqueza. Nunca podría pertenecer mas que a aquel a quien había elegido y jamás le sería posible amar a ningún otro hombre porque la imagen de aquél se hallaba grabada en su alma con líneas de dorado fuego. Ni el mismo amado, a pesar de conocerla bien, sabía la adoración que ella le tenía. Sin embargo, una mala estrella turbaba sus amores. Su prometido era también comerciante; pero, siendo pobre como las ratas, habían decidido fundar su negocio con los bienes de ella. Todo parecía marchar a pedir de boca, y la boda iba a celebrarse, cuando una inesperada desgracia hizo que toda su fortuna entrase en litigio, quedando ella imposibilitada para disponer de un solo florín y quizá arruinada para siempre en el preciso momento en que para su pobre novio vencían los pagos que debía efectuar a comerciantes milaneses y venecianos, con lo cual perdería todo su crédito y su honor y quedaría deshecho el venturoso enlace. A toda prisa había ella acudido a Milán, donde tenía ricos parientes, para buscar un medio de salvación; pero había llegado en mala hora, y hasta aquel día nada había podido hacer para auxiliar a su amado, estando ya cercano el día en que no habría ya remedio posible. Seguramente moriría ella de tristeza ante la quiebra de su prometido, pues era éste el más adorable y mejor de los hombres y llegaría a hacer con su gran talento una excelente fortuna

si se le ayudaba a salir de aquel mal paso. Para ella no había felicidad sobre la tierra fuera de la de llegar a ser su esposa. Cuando la cruel doncella hubo terminado su relación estaba ya su víctima pálida como un blanco lienzo. Pero no profirió una sola queja ni pronunció una palabra más sobre sí mismo o sobre su amor, y se limitó a preguntar a cuánto ascendían las obligaciones contraídas por el feliz y a un mismo tiempo desdichado prometido, respondiéndole ella, también con tristes acentos, que a diez mil florines de oro. El joven comerciante se levantó recomendando ánimo a su martirizadora y, diciéndole que tenía la certeza de que todo se remediaría, se alejó de su lado sin osar levantar los ojos hacia ella: tan conmovido y avergonzado se hallaba de haber puesto su amor en una persona que tan firme y apasionadamente amaba a otro, pues todo el relato de su dama lo creía palabra por palabra como si fuese el Evangelio. Luego, sin más demora, visitó a sus amigos del comercio, consiguiendo, a fuerza de ruegos y perdiendo una cierta suma, que retirasen todas las compras y encargos que había hecho, por valor de los diez mil florines que poseía, y que constituían la base sobre la que pensaba edificar su porvenir. Antes de que hubiesen transcurrido seis horas apareció de nuevo en casa de su amada con toda su fortuna, rogándola en nombre de Dios que aceptara aquel auxilio que se atrevía a prestarle. Los ojos de ella ardieron ante la alegre sorpresa y su corazón latió en su pecho con la fuerza de un marti-

llo que en manos del herrero golpea el yunque. Preguntóle de dónde había sacado aquel capital, y él respondió que se lo habían prestado confiando en su crédito y que, como sus negocios marchaban bien, le sería posible devolverlo pronto sin causarle ningún perjuicio ni incomodidad. Ella vió claramente que mentía y que aquello era todo su capital y su esperanza, que él sacrificaba a su felicidad; mas hizo como si creyera sus palabras. Dejó libre curso a sus alegres sentimientos y cruelmente le hizo ver como si su alegría no proviniese mas que de la dicha de poder salvar a su amado y casarse con él y no encontrase palabras para demostrar su agradecimiento. Pero de pronto recobró su serena calma y declaró no poder aceptar tan gran generosidad sino bajo una condición inexcusable, sin cuyo cumplimiento nada bastaría para vencerla a hacerse cargo de la suma. Preguntada en qué consistía dicha condición, demandó la sagrada promesa de acudir a su casa en un día determinado para asistir a su boda y ser el mejor amigo y protector de su futuro esposo, así como su amigo más fiel y su consejero y sostén. Enrojeciendo, suplicó él que renunciara a su deseo; mas fué en vano que apoyara su ruego con toda clase de razones y que le expresara que sus asuntos no le permitían hacer un viaje a Suiza, pues tal ausencia le acarrearía muchas pérdidas. Ella persistió en su demanda y llegó a decirle que se volviera a llevar el dinero si no quería acceder a su deseo. Por fin le dió él su palabra; però ella no se contentó con esto, sino que

le exigió que se lo jurara por su honor y su salvación eterna. Le señaló fijamente la hora y el día en que tenía que hallarse en Suiza, y todo esto tuvo él que jurárselo por su fe cristiana y su bienaventuranza. Sólo después que lo hubo jurado aceptó ella el sacrificio y mandó, llena de alegría, que llevaran el tesoro a su alcoba, donde lo encerró con sus propias manos en su baúl, guardándose después la llave en el pecho. A los pocos días salió de Milán, tras pasando el San Gotardo con alegría tan violenta como la tristeza que traía al venir. Al llegar al Puente del Diablo, por el que se había querido arrojar a su venida, se echó a reír como loca y tiró al Reuss con gritos y cánticos de júbilo de su voz armoniosa una flor de granado que en el pecho llevaba. No podía dominar su infinita alegría, y fué aquel viaje el más regocijado de su vida. Llegada a la ciudad abrió su casa, limpiándola y adornándola de arriba abajo como si esperase a un príncipe. A la cabecera de su lecho colocó el saco que contenía los diez mil florines, y por la noche colocaba su cabeza sobre él como si se tratase de una blanda almohada. Apenas si podía esperar el día convenido, estando segura de que acudiría, pues le sabía incapaz de faltar a la más sencilla promesa, cuanto más a los graves juramentos que le había hecho prestar, aunque en cumplirlos le fuese la vida. Mas llegó el día en que el amado debía acudir y no pareció, y pasaron muchos días y semanas sin que diera cuenta de sí. Entonces empezó a temblarle a ella todo su cuerpo y cayó en

el mayor temor e inquietud. Escribió a Milán carta tras carta, pero nadie supo darle de él la menor noticia. Por último, se enteró casualmente de que el joven comerciante se había mandado hacer un vestido de soldado con una pieza de damasco rojo sangre que tenía en su casa, y que había pagado y se había alistado entre los suizos que entraron a sueldo al servicio del rey Francisco I de Francia con ocasión de la guerra que éste mantenía en el Milanesado. Después de la batalla de Pavía, en la que murieron tantos suizos, se le encontró debajo de un montón de cadáveres españoles mortalmente herido y con todo su rojo vestido desgarrado y lleno de polvo. Antes de rendir su alma habló con un seldwylense que con leves heridas había caído a su lado y le encargó conservara en la memoria y escribiera, si escapaba con vida, el siguiente mensaje para su amada: «Amada mía: Aunque os prometí por mi honor, por mi fe cristiana y por mi salvación eterna acudir a presenciar vuestra boda, no he podido decidirme a veros otra vez y ser testigo de cómo otro hombre alcanzaba lo que yo considero la mayor felicidad imaginable. Hasta vuestra partida no había yo sabido ni aun sospechado el inmenso y doloroso poder que en sí tiene un amor como el que yo os profeso. ¡De saberlo me hubiera guardado muy bien de dejarlo albergarse en mi corazón! Mas una vez bajo su influjo y convertido para siempre en su esclavo, he preferido perder mi honor terrenal y mi salvación eterna, condenándome para siempre por haber jurado en fal-

so, a acercarme de nuevo a vuestro lado llevando en mi pecho un fuego más violento e inextinguible que el del infierno, y que seguramente apenas me dejará sentir éste cuando llegue la hora de mi condenación. No recéis por mí, adorada mía, pues sin vos nunca, ni en este mundo ni en el otro, podré considerarme bienaventurado. Vivid dichosa y recibid mi último saludo.» Así, pues, en aquella batalla tras de la cual decía el rey Francisco que «todo se había perdido menos el honor» perdió en realidad todo el joven amante, puesto que perdió la esperanza, el honor, la vida y la salvación eterna. Lo único que no le abandonó fué aquel amor que le consumía. El soldado seldwylense escapó de la muerte, y en cuanto se halló fuera de peligro escribió, para no olvidarlas, las últimas palabras de su compañero. De retorno a su ciudad natal fué a casa de la infeliz doncella y le leyó su mensaje con tan graves y guerreros continente y acento como el que usaba para leer las órdenes de sus superiores a la compañía que había mandado durante la campaña. La triste mujer, al recibir la noticia, comenzó a mesarse los cabellos, desgarró sus vestidos, y sus llantos y gritos se oyeron desde la calle, haciendo acudir a los vecinos. Encerrada en su alcoba desparramó por el suelo los diez mil florines del difunto y se echó sobre ellos abrazando y besando las doradas monedas. Fuera de sí, intentaba apiñar el tesoro, cuyas piezas se escapaban rodando, y estrecharlo contra su pecho como si fuese su perdido amado. Día y noche permaneció

en esta situación sin tomar alimento alguno, acariciando y besando de continuo el frío metal. Por fin, una noche se levantó del suelo y llevó el dinero a su jardín, arrojándolo a un profundo pozo y maldiciendo al que intentase algún día sacarlo, pues no debía ya pertenecer a ningún hombre.

Cuando *Espejo* llegó a este punto de su relato le interrumpió Pineiss diciendo:

—¿Y aquella hermosa suma sigue aún dentro del pozo?

—Claro—replicó el gato—. ¿Dónde si no? ¿No veis que soy yo el único que puede sacarla y aun no lo he hecho?

—Sí, sí; tienes razón—dijo Pineiss—. Con tu historia se me había olvidado lo que al principio me dijiste. ¿Sabes que cuentas muy bien, bribonzuelo? Antes, cuando me hablabas del matrimonio me entraron deseos de encontrar una mujercita como la que tú me describías. Pero, además, tendría que ser muy guapa para que yo me decidiera. ¿Y por qué me hablaste de esas cosas? ¿Qué tienen que ver con la historia de tu antigua dueña? Cuenta, cuenta.

—Transcurrieron muchos años—prosiguió *Espejo*—hasta que el vivísimo dolor de mi ama se suavizase lo bastante para dejarla aparecer exteriormente con el tranquilo aspecto de vieja solterona que tenía cuando yo la conocí. Puedo alabarme de haber llegado a ser durante toda su aislada vida y hasta su apacible final su único consuelo y su amigo más íntimo y fiel. Cuando vió

que su muerte se acercaba rememoró toda la historia de su lejana juventud y belleza y renovó con sentimientos más serenos las alegres inquietudes y las amargas penas del pasado, llorando seguidamente siete días con sus noches, hasta quedarse ciega poco tiempo antes de morir, por el amor del joven milanés perdido para ella por su extremada desconfianza. Luego, deplorando la maldición que había echado sobre el tesoro, me llamó para confiarme la ejecución de su voluntad con respecto a él. «He cambiado de idea, querido *Espejo*—me dijo—, y te confiero plenos poderes para ejecutar mi última voluntad. Investiga en torno tuyo y busca hasta que encuentres una bella y pobre muchacha que por su pobreza carezca de pretendientes. Si luego encuentras un hombre apuesto y honrado que tenga buenos medios de vida y desee hacer su esposa a la pobre joven atraído por su belleza, sin tener en cuenta su falta de dinero, y se comprometa bajo toda clase de juramentos a serle tan fiel, desinteresada e inmutablemente rendido como lo fué mi infeliz amante y a complacerla en todo, darás a la muchacha como dote los diez mil florines que yacen en el fondo del pozo, para que con ellos sorprenda a su esposo en el día de su boda.» Así habló mi difunta dueña poco tiempo antes de morir, y yo he descuidado, para mi remordimiento, el cumplir mi misión. Ahora temo que mi pobre ama no logre hallar la tranquilidad ni siquiera en el sepulcro, cosa que traerá quizá también para mí funestas consecuencias.

Pineiss miró al gato con desconfianza y dijo:

—¿Podrías quizá mostrarme el sitio donde está el tesoro y el tesoro mismo?

—Cuando gustéis—respondió *Espejo*—. Mas sabed, señor hechicero mayor, que no os será permitido sacar el dinero así como así. Si lo intentaraís, alguien que yo sé os retorcería en el acto el pescuezo. Los alrededores del pozo son parajes poco seguros y visitados por los espíritus. Tengo de ello indicios muy vehementes, pero que no quiero aclarar más por miedo a ser castigado por indiscreto.

—¿Quién habla de sacar nada!—exclamó el hechicero—. Condúceme al lugar donde está el tesoro y enséñamelo. O, mejor dicho, espérate que te ate con una cuerdecita para que no te me escapes.

—Como queráis—dijo *Espejo*—. Pero coged también otra cuerda muy larga y una linterna para iluminar el pozo, que es muy profundo y tenebroso.

Pineiss siguió este consejo y se trasladó con el astuto gato al jardín de la difunta. Saltaron el muro y *Espejo* enseñó al hechicero el camino hasta el viejo pozo, que se hallaba escondido y cubierto por espesos arbustos. Pineiss dejó colgar su linterna pozo abajo, mirando con ansia, pero sin soltar al gato de la mano. Mas, en efecto, vió brillar el oro en el fondo, bajo el agua verdosa, y gritó:

—¿Es verdad; lo estoy viendo; es verdad! ¡*Espejo*, eres un grande hombre!

Y luego, mirando nuevamente hacia abajo, prosiguió:

—¿Son realmente diez mil florines los que hay ahí?

—Eso no lo podría yo jurar—contestó el gato—, pues no he bajado nunca al fondo del pozo ni los he contado. Es posible que al traerlos se le cayeran a mi ama algunos, porque se hallaba aquella noche muy excitada.

—Bueno—replicó Pineiss—; por una docena o unos cuantos más que falten no he de apurarme.

Luego se sentó sobre el brocal del pozo, y *Espejo* saltó a su lado y se puso a lamerse tranquilamente una pata.

—He aquí el tesoro—prosiguió Pineiss, rascándose por detrás de la oreja—y he aquí también el hombre necesario. Sólo falta ya la mujer que sea bella y pobre.

—¿Cómo?—preguntó *Espejo*.

—Decía—continuó el hechicero—que no falta por encontrar mas que aquella que haya de recibir los diez mil florines en calidad de dote con la que sorprenderme el día de la boda y que posea además todas las agradables virtudes de que antes me hablaste.

—¡Hum!—respondió el gato—. La cosa no se presenta tan fácil como vos decís. El tesoro, en efecto, está aquí; la muchacha bella y pobre, os confesaré que ya la he descubierto yo; mas el hombre que quiera casarse con ella a pesar de su absoluta pobreza es algo muy difícil de encontrar. La

belleza hoy en día tiene que estar sobredorada, como las nueces que se cuelgan de los árboles de Navidad, y cuanto más huecas e incapaces son las cabezas de los hombres tanto más deseo tienen éstos de alcanzar con la dote de la mujer lo que nunca llegarían a poseer por industria propia. Estos cazadores de dotes, una vez casados, toman un aire atareado e importante para ir a examinar un caballo o comprar una pieza de terciopelo, corren y se fatigan para encargarse de una buena ballesta para matar inocentes avejillas y no hablan más que de almacenar sus vinos, podar sus árboles, limpiar sus toneles o retechar sus casas. A todo el que topan en su camino le cuentan que tienen que enviar a su mujer a reponerse a los baños y que ello les cuesta tanto y cuanto, que van a sacar su leña de sus almacenes para traer a ellos sus cosechas, que han comprado un par de galgos y han cambiado dos de sus podencos, que han vendido un aparador de nogal que tenían en el comedor y comprado una mesa nueva de encina, que han recogido sus judías, despedido a su hortelano, vendido su heno o plantado sus lechugas, y desde la mañana a la tarde no saben decir más que mío y más mío. Algunos de ellos llegan hasta hablar de que en la semana próxima harán la colada, que han hecho sus camas por la mañana, que van a buscar criada y cambiar de carnicero porque el que tienen les sirve muy mal, que han adquirido en una almoneda un magnífico hierro para hacer barquillos y que han vendido una cajita de plata en que guardaban la canela,

pero que por demasiado pequeña no les servía para nada. Claro está que todo esto son las cosas que hacen sus mujeres, pues ellos pasan el tiempo robándole a Dios Nuestro Señor día tras día, sin hacer mas que contar estas disposiciones caseras y sin poner mano en nada de provecho. Lo más que hace uno de estos haraganes es plegarse un poco a la realidad y decir «nuestras vacas» o «nuestros cerdos», pero...

Pineiss tiró con fuerza de la cuerda a que estaba *Espejo* atado, arrancándole un lastimero maullido, y gritó, mientras se le hacía la boca agua ante las cómodas y lucidas ocupaciones y maravillosa vida que el gato le había descrito:

—¡Basta, charlatán! Dime ahora mismo dónde se halla la mujer bella y pobre que has descubierto.

—Pero ¿de verdad queréis emprender el asunto, señor Pineiss?— respondió *Espejo* fingiéndose asombrado.

—¡Naturalmente! ¿Quién mejor que yo? Acaba, pues, de una vez. ¿Dónde está esa mujer?

—¿Para que vayáis a buscarla y os caséis con ella?

—Claro.

—Sabed—dijo *Espejo* sin perder su sangre fría y con indiferencia, mientras se pasaba las patitas por detrás de las orejas después de humedecerlas previamente—que el asunto sólo por mi conducto puede llevarse a término. Conmigo habéis, por tanto, de tratar si queréis la mujer y el dinero.

Pineiss meditó atentamente, suspiró y dijo:

— Veo que quieres anular nuestro contrato y salvar tu cabeza.

— Y si así fuese, ¿no os parecería natural y corriente?

— ¿Y si me estás mintiendo y tratas de engañarme, bandido?

— También eso es posible.

— Vete con cuidado y no me engañes — ordenó Pineiss con tono amenazador.

— Está bien. No os engañaré.

— ¡Mira que si me burlas...!

— Burlado quedaréis.

— No me atormentes, *Espejito* — rogó Pineiss casi lloroso.

Y *Espejo* respondió con gravedad:

— ¡Qué hombre más maravilloso sois, señor Pineiss! Me tenéis atado y prisionero y tiráis a cada momento de mis ligaduras hasta hacerme perder el aliento; dejáis flotar sobre mi cabeza la espada de la muerte desde hace ya más de dos horas, ¡qué digo!, desde hace medio año, y ahora salís diciéndome: «No me atormentes, *Espejito*.» Con vuestro permiso os diré concretamente que me complacerá mucho cumplir todavía mis deberes para con mi difunta ama encontrando para la joven que he descubierto un hombre de provecho, y que vos me parecís admirable para el caso. No es nada fácil conquistar a una mujer, aunque lo parezca, y os repito que me alegro también de que os halléis dispuesto a ello. Pero aquí me planto por ahora. Antes de hablar una sola palabra más,

antes de dar un solo paso, antes de abrir siquiera mis labios de nuevo, necesito poseer mi absoluta libertad y tener segura mi vida. Quitadme, pues, la cuerda que ata mi cuello y colocad vuestro contrato aquí en esta piedra sobre el brocal del pozo, o cortadme de una vez la cabeza. ¡Decidid!

—¡Loco!—dijo Pineiss—. No te precipites tanto, la cosa necesita ser tratada ampliamente, y de todos modos tendríamos que redactar un nuevo contrato.

Espejo no contestó y permaneció inmóvil y mudo tres o cuatro minutos. El hechicero, atemorizado, sacó su cartera, extrajo de ella, suspirando, el precioso documento, y después de leerlo lo puso, aún dudando, ante *Espejo*. En cuanto lo soltó lo atrapó el gato y se lo tragó, y aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo para que pasase por su garganta le pareció ser el mejor y más nutritivo alimento que había comido nunca, y estaba seguro que le sentaría divinamente, engordándole e inspirándole gran alegría. Cuando terminó la agradable comida saludó cortésmente al hechicero mayor y le dijo:

—No tardaréis en tener noticias mías, señor Pineiss. Estad seguro de que obtendréis la mujer y el dinero. En cambio preparaos a mostraros muy enamorado para poder jurar y cumplir aquellas condiciones de inquebrantable fidelidad a las caricias de la mujer que ya podéis considerar como vuestra. Y con esto me retiro, dándoos las gra-

cias por vuestros cuidados y vuestra magnífica cocina.

Así, pues, recobró *Espejo* su libertad, y emprendió su camino alegrándose de la tontería del hechicero, que creía engañarse a sí mismo y engañar a todo el mundo casándose con la esperada novia no por desinterés y amor a su sola belleza, sino sabiendo de antemano la circunstancia de los diez mil florines. Entre tanto ya tenía *Espejo* pensado qué mujer iba a hacer tragar al hechicero, en recompensa de sus abejarucos asados, sus ratones rellenos y sus salchichas.

Frente a la casa del señor Pineiss había otra cuya fachada estaba siempre limpiamente blanqueada y cuyas ventanas relucían de puro limpias. Los modestos visillos estaban siempre blancos como la nieve y parecían acabaditos de planchar, e igualmente blancas y planchadas se hallaban siempre las tocas que cubrían la cabeza de la vieja beguina que habitaba en la casa. Esta toca rodeaba su cuello y descendía por delante lisa y sin una arruga, igual a un pliego de papel, sobre el que se podría escribir tan bien por lo menos como sobre el pecho que cubría, y que era tan liso y duro como una tabla. Tan agudas cual las aristas de su planchada toca eran también la nariz y la barbilla de la beguina, así como su lengua y su perversa mirada. Mas, enemiga de todo gasto, hablaba poco y miraba menos, gustando de emplear las cosas a tiempo y meditadamente. Todos los días iba tres veces a la iglesia, y cuando con su blanca, tiesa y crujiente

toca y su blanca y puntiaguda nariz pasaba por las calles corrían los niños asustados y hasta las personas mayores se escondían detrás de las puertas, si podían hacerlo sin que ella lo advirtiese. Sin embargo, gozaba de buen renombre por su mucha piedad y el estrecho retiro en que vivía, y, sobre todo entre los curas, tenía muy alta consideración; pero aun éstos preferían tratar con ella por escrito mejor que de palabra, y cuando iba a confesar salía siempre el confesor sudando como si saliera de un horno. Así iba viviendo la piadosa beguina sin nada que la distrajera de su devoción. No se metía con nadie y dejaba que la gente hiciese lo que quisiese, siempre que no se atravesasen en su camino. Tan sólo parecía abrigar una violenta enemistad para con su vecino el hechicero mayor, pues cada vez que éste se mostraba a la ventana le dirigía una mirada de odio y corría en el acto los blancos visillos. Pineiss, por su parte, la temía como a la muerte y sólo bien encerrado en su casa se atrevía a burlarse algo de ella. Tan blanca y reluciente como aparecía en la parte que daba a la calle la casa de la beguina, tanto más negra, ahumada, equívoca y extraña era en su parte trasera, que nadie podía ver mas que los pájaros que por encima de ella volaban y los gatos que corrían sobre los tejados, pues estaba empotrada en un oscuro ángulo de una altísima muralla, sin ninguna ventana y por donde no asomaba persona viviente. Bajo el tejado de esta parte de la casa colgaban viejos refajos destrozados, cestos y sacos de hierbas, y

sobre él se elevaban verdaderos arbustos y espinos y una gran chimenea llena de hollín, que se alzaba misteriosa hacia el cielo. Por esta chimenea salía volando con frecuencia en las noches oscuras una bruja montada en su escoba, joven y guapa y completamente desnuda, como Dios crió a las mujeres y gusta de verlas el demonio. Cuando salía por la chimenea respiraba ansiosa el fresco aire de la noche con sus finas narices y sonriente boca de labios como cerezas, y se alejaba envuelta en el blanco resplandor de su desnudo cuerpo, mientras que su larga cabellera, negra como ala de cuervo, ondeaba tras de ella semejante a una bandera de la noche. En un agujero de la chimenea vivía una vieja lechuza, y a visitarla se dirigió *Espejo* llevando en la boca un gordo ratón que atrapó en el camino.

—Buenas noches, señora lechuza. ¿Siempre vigilando?—le dijo.

La lechuza respondió:

—Es mi obligación. Buenas noches. Hace mucho tiempo que no os dejabais ver, señor *Espejo*.

—Ha habido graves asuntos que me lo han impedido y que ya os contaré. Aquí os traigo un mal ratoncillo tal y como los da la estación, por si os dignais aceptarlo. ¿Ha salido el ama?

—Todavía no. Pero piensa salir un ratito a la madrugada. Muchas gracias por el magnífico ratón. Seguíis siendo tan amable y cortés como siempre. Tened; aquí he apartado una mala golondrina que se atrevió a volar muy cerca de mí. Si os gusta,

podéis probarla. ¿Y qué tal? ¿Cómo os ha ido en vuestra ausencia?

—Me han sucedido muchas cosas—respondió *Espejo*—y he estado a punto de perder la vida. Si queréis, os contaré mis aventuras.

Mientras cenaban tranquilamente contó *Espejo*, y escuchó atentamente la lechuza, todo lo que le había sucedido y cómo había logrado escapar de las garras del hechicero. La lechuza le dijo al terminar:

—Os felicito de todo corazón. La desgracia os ha hecho todo un hombre, y ahora, con vuestra experiencia, podréis llegar a donde os propongáis.

—Todavía no ha terminado el asunto—dijo *Espejo*—. Pineiss tiene aún que recibir su mujer y sus diez mil florines.

—¿Cómo! ¿Pensáis acaso hacer un bien al bribón que quiso arrancaros la piel?

—El caso es que lo podía hacer legalmente y según contrato por mí firmado, y ya que le puedo pagar en la misma moneda ¿por qué no he de hacerlo? Cierto es que la historia que le conté era pura invención mía y que mi difunta dueña era una sencilla mujer que no se enamoró nunca ni se vió en su vida rodeada de pretendientes. Los diez mil florines los heredó de alguien que los había ganado ilegal e injustamente, y los tiró al pozo para que no le trajeran la desdicha, pues sabía que sobre ellos pesaba la maldición de su legítimo poseedor, que caerá sin remedio sobre el que se apodere de ellos y los utilice. Por lo tanto, ya veis que el

beneficio que le hago a Pineiss es bastante relativo.

—Entonces ya varía la cosa. Pero ¿cómo pensáis hallar la mujer que os hace falta para casarla con el hechicero?

—Esa mujer saldrá dentro de poco por esta chimenea. Por eso he venido a hablar con vos de algo que supongo encontraréis razonable. ¿No quisiérais salir de una vez del poder de la bruja? Pues pensad de qué modo podemos hacerla prisionera y casarla luego con el viejo bandido de Pineiss.

—Sólo con acercaros, amigo *Espejo*, despertáis en mí magníficas ideas.

—Ya sabía yo lo inteligente que erais. Si no; no hubiera venido. Yo ya he hecho lo mío; ahora os toca a vos idear algo que nos dé fuerza para llevar a término el asunto. Entre los dos estoy seguro que lo conseguiremos.

—Ya que nuestros dos planes coinciden de manera tan admirable no necesito meditar mucho tiempo. Mi plan está ya forjado hace mucho.

—¿Cómo podremos hacer prisionera a la bruja?

—Con una red de cazar perdices tejida de fuertes y resistentes hebras de cáñamo. Tendrá que haberla tejido un hijo de un cazador que tenga veinte años y no haya visto todavía mujer ninguna. Sobre la red habrá de haber caído por tres veces el rocío nocturno sin que con ella se haya cazado aún ninguna perdiz, y la causa de no haberse estrenado en ninguna de las tres noches tie-

nen que ser tres buenas acciones. Una tal red es lo suficientemente fuerte para cazar a la bruja.

—Tengo curiosidad de saber dónde diablos podréis encontrar una red que cumpla todas esas condiciones—repuso *Espejo*—, pues sé que nunca habláis en vano.

—La tengo ya y como si hubiera sido hecha para nosotros. En un bosque no lejos de aquí vive un muchacho de veinte años cuyo padre se dedica a la caza. No ha visto todavía a ninguna mujer por la sencilla razón de que es ciego de nacimiento. Por ello también no puede ocuparse en otra cosa que en tejer redes, y hace algunos días acabó de tejer una magnífica destinada a cazar perdices. Cuando su padre, el viejo cazador, se disponía a utilizarla por vez primera, se acercó a él una mala mujer que quiso inducirle a pecar con ella; mas era tan horrorosa, que el anciano, lleno de espanto, echó a correr dejando en el suelo la red. De este modo cayó el rocío de un noche sobre ella sin que hubiese servido aún para cazar una sola perdiz, por causa de una buena acción, como lo es la de huir del pecado. A la mañana siguiente se disponía el cazador a tenderla, cuando pasó por su lado un jinete llevando a la grupa un pesado saco que por un agujero dejaba escapar de cuando en cuando una moneda de oro. Al verlo, dejó de nuevo la red en el suelo y corrió detrás del jinete, recogiendo afanoso las caídas monedas y echándolas en su sombrero, hasta que el jinete volvió el rostro y, dándose cuenta de su manejo, le amenazó, lleno de

cólera, con su lanza. El cazador, atemorizado, le saludó humildemente y, entregándole el sombrero, lleno de monedas, le dijo: «Tomad, señor caballero estas monedas de oro que habéis ido perdiendo, y que yo he recogido cuidadosamente para restituirlos.» Esto fué también una buena acción, pues el restituir lo encontrado es de las cosas más meritorias y más difíciles de hacer. Pero como al llevarla a cabo se había alejado mucho del bosque, dejó por segunda vez la red al sereno y volvió a su casa por el camino más corto. El tercer día, esto es, ayer, cuando se dirigía al sitio donde la red se hallaba, encontró a una comadre amiga suya que era muy de su gusto y a la que ya había regalado alguna que otra liebre. El encuentro y la sabrosa conversación y consecuencias le hicieron olvidarse por completo de la red y de las perdices, y a la mañana siguiente, al recordarlas, exclamó: «Por esta noche he regalado la vida a unas cuantas perdices. También hay que tener misericordia de los pobres animalitos.» Luego, viendo que en tres días había llevado a cabo tres buenas acciones, encontró que era demasiado bueno para vivir en este mundo e ingresó hoy al mediodía en un convento. Por lo tanto, la red continúa en el bosque sin haber sido utilizada y no tengo mas que ir a buscarla cuando quiera.

—Traedla en seguida—dijo *Espejo*—. Nos será muy útil para conseguir el éxito de nuestro plan.

—Así lo haré—respondió la lechuza—. Seguid vigilando por mí, y si la bruja grita por la chime-

nea preguntándoos si el aire es puro y transparente, imitad mi voz y respondedle: «No, todavía no hiede la brisa.»

Espejo se colocó en el nicho que ocupaba la lechuza y ésta voló sobre la ciudad en dirección al bosque. Poco tiempo después volvió trayendo la red y preguntó:

—¿Qué, ha dicho algo el ama?

—No; todavía nada—respondió *Espejo*.

Entre los dos tendieron la red sobre el agujero de la chimenea y se sentaron a un lado silenciosa y prudentemente. La noche estaba muy oscura. Sólo un par de estrellas brillaban en lo alto y una ligera brisa refrescaba la tranquila madrugada.

—Veréis—dijo la lechuza—con qué habilidad sabe salir volando por la chimenea sin tiznarse siquiera los blancos hombros.

—Nunca la he visto tan de cerca—respondió *Espejo*—. La cuestión es que logremos pescarla.

En esto gritó la bruja desde abajo:

—¿Está pura la atmósfera?

La lechuza respondió:

—Limpísima. La brisa hiede admirablemente.

Y en el acto salió la bruja por la chimenea, quedando prisionera en la red, que *Espejo* y la lechuza se apresuraron a atar y apretar.

—¡Agarra bien!—decía *Espejo*.

—¡Atala fuerte!—decía la lechuza.

La bruja se revolvía pataleando dentro de ella sin exhalar un grito, como un pez en la red, pero ésta resistió divinamente. Por entre sus mallas

salía tan sólo el palo de la escoba que servía de cabalgadura a la hechicera, y *Espejo*, que quiso agarrarlo, recibió un tal golpe en los hocicos que estuvo a punto de caer desmayado, viendo que no es prudente acercarse a una leona aunque ésta se halle prisionera. Por fin, fatigada, cesó la bruja de revolverse y dijo:

—¿Que queréis de mí, maravillosos animales?

—Que me permitáis dejar vuestro servicio y me devolváis mi libertad—replicó la lechuza.

—¡Tanto escándalo y tanta violencia para tan poca cosa!—exclamó su dueña—. Estás libre; ábreme la red.

—Aun no—replicó *Espejo*, frotándose todavía el hocico—. Tenéis que obligaros a casaros con vuestro vecino Pineiss, el hechicero mayor, de la manera que os digamos y para no abandonarle ya nunca.

Al oír esto comenzó la bruja a forcejear de nuevo y a bufar como el mismísimo demonio. La lechuza dijo:

—Nunca pasaré por ello.

Pero *Espejo* se dirigió a la rebelde y dijo, amenazante:

—Si no os estáis quieta y hacéis todo lo que deseamos colgaremos la red con su contenido de una gárgola del tejado para que todo el mundo os vea mañana y sepa lo que sois. Ahora, decid: ¿Qué preferís? ¿Ser quemada públicamente bajo la presidencia del señor Pineiss o asarle a fuego lento casándoos con él?

La bruja respondió suspirando:

—Explicadme lo que queréis.

Espejo le explicó con toda claridad sus deseos y lo que ella tenía que hacer.

—Puesto que no hay más remedio, acepto— dijo la bruja—. Después de todo, no es la cosa tan mala como me figuraba.

Y se entregó a discreción, obligándose bajo las fórmulas más severas que pueden ligar a una bruja. Los prudentes animales abrieron la red, devolviéndole su libertad.

Acto seguido cabalgó en su escoba llevando detrás a la lechuza sobre el palo y a *Espejo* agarrado al extremo más gordo y se dirigió al pozo, al cual descendió, sacando el tesoro.

A la mañana siguiente apareció *Espejo* en casa de Pineiss y le anunció que podía ver y hacer la corte a la joven en cuestión, pero que ésta había llegado a tal grado de miseria que, abandonada y rechazada por todo el mundo, se hallaba bajo un árbol en las afueras de la ciudad llorando amargas lágrimas. Pineiss se vistió a toda prisa un usado jubón de terciopelo amarillo que sólo se ponía en las grandes ocasiones, se cubrió con su mejor gorro de piel, ciñó su espada y tomó en su mano un viejo guante verde, un pomito de perfume, vacío ya, pero que conservaba aún algún aroma, y un clavel de papel de seda, y salió con *Espejo* hacia las puertas de la ciudad para cortejar a la bella desconocida. A pocos pasos de las puertas encontró sentada bajo un álamo y llorando copiosamente

a una joven de tan maravillosa belleza que pensó no haber visto nunca mujer que la igualase. Sus vestidos estaban tan desgarrados y harapientos que por mucho que intentase, vergonzosa y púdica, cubrirse por completo, siempre aparecían aquí o allá bellos trozos de su cuerpo, blanco como la nieve. Pineiss abrió los ojos con asombro, y su encanto fué tan violento que apenas si pudo pronunciar su amorosa declaración. Al oírla secó la bella sus lágrimas, le alargó sonriendo su mano y le dió las gracias por su generosidad con celestiales acentos, jurándole eterna fidelidad. Mas en el mismo momento se sintió Pineiss invadido por tan violentos celos que decidió no dejar nunca que la contemplasen ojos que no fueran los suyos. Se desposó con ella en la ermita de un anciano solitario y celebró la comida de bodas en su casa, sin más convidados que *Espejo* y, a ruegos de éste, la lechuza. Los diez mil florines de oro se hallaban colocados en una fuente sobre la mesa, y Pineiss hundía de cuando en cuando su mano en el dorado montón y luego miraba a su linda esposa, que estaba deslumbradora con un traje de terciopelo azul marino, una dorada redecilla adornada con flores sobre sus cabellos y rodeada de perlas la blanca garganta. Varias veces intentó besarla; pero ella supo contenerle, avergonzada y pudorosa, jurando con seductora sonrisa que no lo consentiría ante testigos y antes de la llegada de la noche. Esto le enamoró aún más, aumentando su amoroso ardor, y *Espejo* salpimentó la conversación con amables di-

chos, a los que la bella respondió tan ingeniosa, feliz y halagadoramente que Pineiss no cabía en sí de contento. Cuando se hizo de noche se despidieron la lechuza y el gato y se marcharon, prudentemente. El hechicero los acompañó con una luz hasta la puerta, dando de nuevo las mayores gracias a *Espejo*, al que dijo que era la más excelente y noble persona que nunca había conocido, y al volver a entrar en la casa vió sentada a la mesa a su enemiga la vieja y blanca beguina, que le miraba con ojos perversos. Aterrorizado dejó caer la luz, y su cara se puso tan pálida y angulosa como la de la bruja. Esta se levantó y, acercándose a él, le arrastró hasta la cámara nupcial, en la cual, con sus artes satánicas, le atormentó como nunca lo había sido hombre ninguno. Así, pues, quedó Pineiss unido para siempre a la vieja beguina, y cuando esto se supo en la ciudad dijo todo el mundo: «¡Fiaros, fiaros del agua mansa! ¡Quién hubiera pensado que la devota beguina y el señor hechicero mayor iban a llegar a casarse! Después de todo, han formado una honrada y recta pareja, aunque no muy amable.»

Pineiss llevó desde aquel día una vida miserable. Su mujer se posesionó en el acto de todos sus secretos y le dominó totalmente. No le era permitida la menor libertad ni el más corto reposo. Tenía que trabajar en la hechicería desde la mañana a la noche y cuanto pudiera resistir. Cuando *Espejo* pasaba por su puerta y veía sus afanes le decía afablemente:

—¡Siempre trabajando, señor Pineiss! ¡Acaba réis por enfermar!

Desde este tiempo se dice en Seldwyla: «¡Ese le ha comprado las mantecas al gato!», sobre todo cuando a alguien le ha salido su mujer mala y desagradable.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	<u>Páginas.</u>
La señora Régula Amrain y su hijo menor	5
Los tres honrados peñeros	77
El gato y el hechicero (fábula)	143

172210



LOS HUMORISTAS

TITULOS PUBLICADOS POR "CALPE"

- Julio Camba.—*La rana viajera*.—Cuatro pesetas.
- Arnold Bennet.—*Enterrado en vida*.—Trad. del inglés por Vicente Vera. Cuatro pesetas.
- *El «matador» de Cinco-Villas*.—Trad. del inglés por C. Rivas Cherif. Cuatro pesetas.
- *La viuda del balcón, y Otros cuentos de Cinco-Villas*.—Traducido del inglés por C. Rivas Cherif. Cuatro pesetas.
- René Benjamín.—*Gaspar*.—Trad. del francés por Manuel Azaña. Cuatro pesetas.
- Jorge Courteline.—*Los señores chupatintas*.—Trad. del francés por Nicolás González Ruiz. Cuatro pesetas.
- *Boubouroche*.—Trad. del francés por Nicolás González Ruiz. Tres pesetas.
- H. S. Harrison.—*Queed, el doctorecillo*.—Trad. del inglés por Juan de Castro.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas cincuenta céntimos.
- Eugenio Heltai.—*«Famly Hotel» y Mi segunda mujer*.—Traducido del húngaro por Andrés Révész. Cuatro pesetas.
- *Manuel VII y su época*.—Trad. del húngaro por Andrés Révész. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Gómez de la Serna.—*Disparates*.—Cuatro pesetas.
- Pedro Veber.—*Los cursos*.—Trad. del francés por José A. Luengo. Tres pesetas.
- Antón Chejov.—*Historia de una angulla, y otras historias*.—Trad. del ruso por Saturnino Ximénez. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Esteban Szomahazy.—*El dramaturgo misterioso*.—Trad. del húngaro por Andrés Révész. Tres pesetas.

PROXIMAMENTE

- Humoristas húngaros (Antología de)*.—Trad. del húngaro por Andrés Révész.
- Kálmán de Mikszáth.—*Gente de rumbo, y El caftán del sultán*.—Trad. del húngaro por Andrés Révész.
- Eugenio Heltai.—*Los siete años de hambre, y Cuentos*.—Traducido del húngaro por Andrés Révész.
- Gómez de la Serna.—*El Incongruente*.

LIBROS DE LA NATURALEZA

El contenido de las obras que forman esta serie de libros editados por CALPE es rigurosamente científico y está al corriente de los últimos progresos de las ciencias naturales. Garantía de ello son los autores de esas obras, todos los cuales figuran entre los naturalistas de mayor autoridad en nuestro país.

VAN PUBLICADOS

Los animales familiares, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 13 fotograbados en papel estucado.

La vida de la Tierra, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto-Escuela. Un volumen de 96 páginas, 21 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo alado, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 27 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los insectos, por *Antonio de Zulueta*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 41 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 12 fotograbados en papel estucado.

Los animales salvajes, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 24 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

El mundo de los minerales, por *Lucas Fernández Navarro*, profesor en la Universidad de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 43 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

Todas las obras de esta colección se venden al precio de **1,75 pesetas cada libro** y llevan artísticas cubiertas del gran dibujante Bagaría impresas a cinco tintas.

EN P R E N S A

La vida de las plantas, por *J. Dantín Cereceda*.

Peces de mar y de agua dulce, por *Angel Cabrera*.

La vida de las flores, por *J. Dantín Cereceda*.

Los animales microscópicos, por *Angel Cabrera*.

ACTUALIDADES CIENTÍFICAS

DE ESTA COLECCIÓN HA PUBLI-
CADO CALPE LAS SIGUIENTES
OBRAS, DE PALPITANTE INTE-
RÉS EN EL MUNDO CIENTÍFICO

Freundlich.—**Los fundamentos de la teoría de la gravitación de Einstein.**—Un tomo, 8 pesetas.

He aquí el primer libro publicado en castellano sobre esta famosa teoría que tanto interés ha despertado en el mundo entero. El éxito alcanzado en todos los pueblos de habla española ha sido enorme; cosa natural, por otra parte, si se considera la importancia de esta teoría, según la cual resultan inciertas muchas leyes físicas que se tenían por inmutables.

Agotada. Está en reimpresión.

T. H. Morgan.—**Evolución y mendelismo.** (Crítica de la teoría de la evolución.)—Un tomo, 6 pesetas.

Magnífico estudio del cautivante problema de la herencia mendeliana, visto desde los trabajos de investigación hechos por la escuela de Morgan.

W. B. Scott.—La teoría de la evolución.—
Un tomo, 8 pesetas.

Exposición y crítica del estado actual del problema de la evolución, siempre candente.

Schlick.—Teoría de la relatividad. (Espacio y tiempo en la Física actual.)—Un tomo, 6 pesetas.

Este libro es la más clara exposición, al alcance de todos, de la famosa teoría de la relatividad de Einstein. En él se encuentran clarísimos los fundamentos de la teoría, su evolución histórica, desde los primeros hechos experimentales que dieron lugar a la nueva concepción.

El estilo es sencillísimo, y la lectura del libro no exige conocimientos especiales de matemáticas.

PROXIMAMENTE

Eddington.—Espacio, tiempo y gravitación.

Libro admirable para conocer la teoría de la relatividad.

Neumann.—Introducción a la Estética actual.

E. Rignano.—Psicología del razonamiento.

LIBROS DE AVENTURAS

de los mejores autores clásicos y modernos.

COLECCIÓN DE OBRAS DE ALTO VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO PARA LOS MUCHACHOS, EDITADAS POR CALPE Y TRADUCIDAS CUIDADOSAMENTE DEL IDIOMA ORIGINAL

VOLUMENES PUBLICADOS

- Los tramperos del Arkansas, por Gustavo Aimard. — Un tomo. Cuatro pesetas.
- Aventuras del capitán Corcorán, por Alfredo Assollant. — Un tomo. Cuatro pesetas cincuenta céntimos.
- El cazador de ciervos, por Fenimore Cooper — Dos tomos. Cada uno cuatro pesetas.
- Los tiradores de rifle, por Mayne Reid. — Un tomo. Cuatro pesetas.
- La isla del tesoro, por Roberto L. Stevenson. — Un tomo. Cuatro pesetas.
- De la Tierra a la Luna, por Julio Verne. — Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Los mercaderes de pieles, por Ballantyne. — Un tomo. Cinco pesetas.
- Salvado del mar, por Kingston. — Un tomo. Cuatro pesetas.
- La marina mercante, por Marryat. — Un tomo. Cinco pesetas.
- El jinete sin cabeza, por Mayne Reid. — Dos tomos. Cada uno cinco pesetas.
- Dos años al pie del mástil, por Dana. — Un tomo. Tres pesetas.
- El último mohicano, por Fenimore Cooper. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- Alrededor de la Luna, por Julio Verne. — Un tomo. Tres pesetas.
- La isla de coral, por Ballantyne. — Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Robinson Crusoe, por Defoe. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- Aventuras de Román Kalbris, por Malot. — Un tomo. Tres pesetas.
- Propiedad del Rey, por Marryat. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- A lo largo del Amazonas, por Kingston. — Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- El Robinson suizo, por Wyss. — Un tomo. Cuatro pesetas.
- Viajes de Gulliver, por Swift. — Un tomo. Tres pesetas.
- El matador de leones, por Gérard. — Un tomo. Tres pesetas.
- David Balfour, por Stevenson. — Un tomo. Tres pesetas.

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 640 números publicados desde julio de 1919
— — a julio de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEEL (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13